

EL AMIGO
DE
LOS NIÑOS

ESCRITO EN FRANCÉS

POR EL ABATE SABATIER

TRADUCIDO POR

D. JUAN DE ESCOÍQUIZ

NUEVA EDICIÓN

*esmeradamente corregida y adicionada con algunas fábulas
de Samaniego, Esopo e Iriarte*



CASTELLÓN

Imprenta y librería de la viuda de Perales

1837



Francisco

Gil de Nevilla

Carneta del

Regimiento

Infantería de

Otinamba n.º 29

2.º Batallón

B

Blanca 14 de Julio 1931

amigo de los niños para

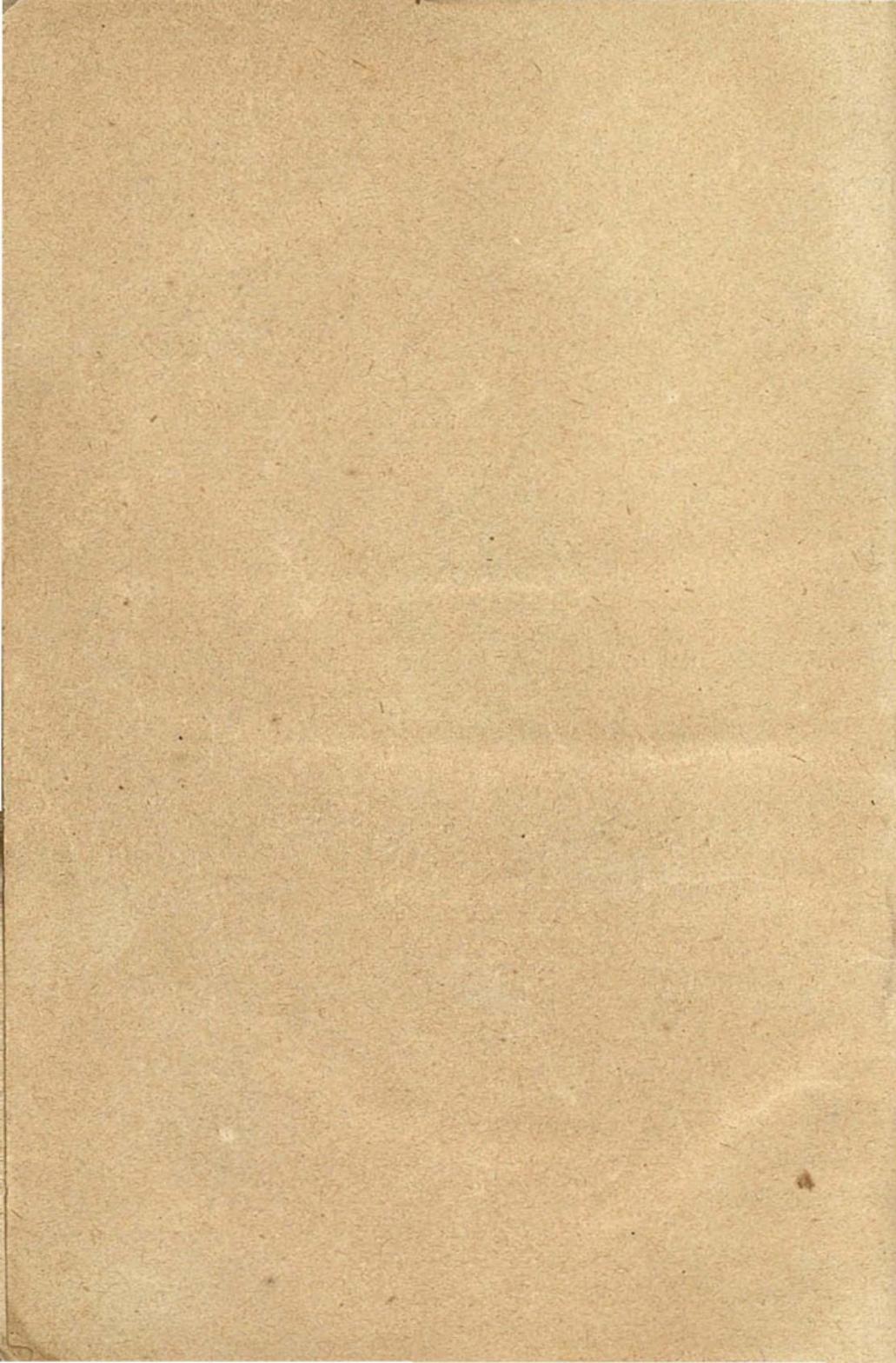
uso de

Bencha Soriano Ferrer

EL AMIGO



DE LOS NIÑOS



EL AMIGO
DE
LOS NIÑOS

ESCRITO EN FRANCÉS

POR EL ABATE SABATIER

TRADUCIDO POR

D. JUAN DE ESCOQUIZ



NUEVA EDICIÓN

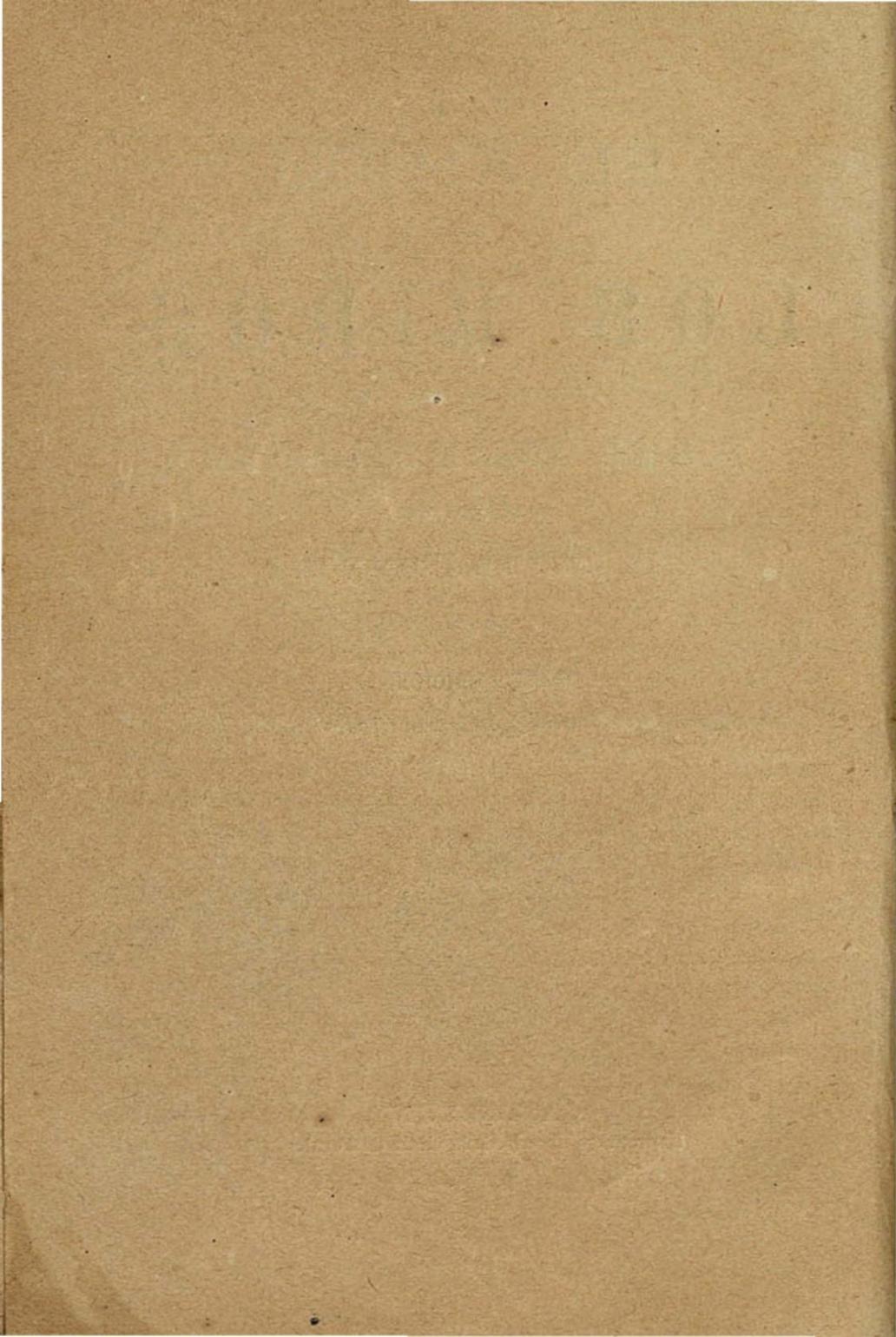
*esmeradamente corregida y adicionada con algunas fábulas
de Samaniego, Esopo é Iriarte*



CASTELLÓN

Imprenta y librería de la viuda de Perales

1887



PRÓLOGO DEL AUTOR

Han salido sucesivamente al público el *Amigo de los hombres*, el *Amigo de las mujeres*, etc., pero ninguno hasta ahora se ha declarado amigo de los niños. ¿Cuál será la causa de semejante indiferencia respecto de este precioso plantel de la sociedad? ¿Será acaso el desdeñar su pequeñez, ó el pensar que no necesita del socorro y de las luces de un amigo ilustrado y prudente? Pero ¿quién ignora que esta porción importante de la sociedad es la base sobre la que toda ella se funda, y que los niños han nacido para reemplazarnos con el tiempo en el teatro que ahora ocupamos, para representarnos á sus descendientes, y para perpetuar en el mundo nuestros nombres, nuestros títulos y nuestras costumbres? ¿Ignora alguno, además de esto, que el tiempo de la niñez es el de la debilidad, el más sujeto á creer, el más necesitado de socorro, siempre rodeado de lazos y de peligros, y más expuesto que otro alguno á las impresiones del vicio ó de la virtud?

Consideraciones son éstas que en un siglo tan dedicado como el nuestro al mayor bien del linaje humano, debieran haber producido algún sabio Mentor que hubiese tomado con empeño la formación de un código de moral para los niños, capaz de descubrirles los caminos que deben seguir, y los escollos que tienen de evitar.

Estoy muy lejos de atribuirme semejante título, y mucho más el mérito que se requiere para desempeñarle; sé muy bien lo apreciable del talento de un verdadero Mentor, y lo difícil que es se encuentren juntos en un sugeto: no se me oculta que quizá es más dificultoso de manejar el corazón de un niño, que el de una persona adulta y dotada completamente de razón; pero el deseo de ser útil á la sociedad me ha hecho atropellar sin detención las dificultades de esta empresa, y no he reparado en exponerme á zozobrar en este peligroso golfo, con tal que mi ejemplo, feliz ó desgraciado, pueda servir de estímulo á otro émulo más hábil y más dichoso que yo.

Dirá alguno que otros muchos lo han surcado ya con felicidad. Me citará por ejemplo los *Consejos de un padre á su hijo*, el *Almacén de los niños*, obras que, ciertamente, han merecido del público la mayor estimación y aplauso, y con mucha razón. Desde luego celebro como él estas útiles producciones; pero los *Consejos de un padre*, aunque excelentes, se dirigen á un hijo que, ya fuera totalmente de las sendas de la niñez, empieza á pisar las del mundo. Por esta razón sólo son útiles para los que se hallan en la misma edad y en la propia situación. En cuanto al *Almacén de los niños*, aunque lleno, por decirlo así, de provisiones excelentes, contiene, quizá, mayor porción de joyas propias para adornar su entendimiento, que de

alimentos capaces de mantener y formar su corazón. ¿Y por qué no he de decir con franqueza, y sin perjuicio de la estimación que por otra parte merece, que sus instrucciones se presentan sobradamente disfrazadas bajo el velo de la ficción y de la alegoría?

Es ciertísimo que debe suavizarse la austeridad de la moral para presentarla á los ojos de los niños, y que es necesario, por decirlo así, bañar de miel la orilla de la copa que contiene el remedio saludable que se les ha de dar. Nadie mejor que yo está persuadido de la importancia de esta discreta preocupación; pero me parece que se ha llevado hasta el extremo, porque aunque es innegable que se debe usar de condescendencia para no herir la delicadeza de esta tierna edad, también lo es que no se debe dejar ignorar la verdad con el pretexto de inspirarla su amor; y este es el escolio en que incurren regularmente los que se manifiestan siempre bajo el emblema ó simbolismo. La comprensión de los niños es demasiado débil para rasgar el velo de la ilusión, y así las más veces se detienen en la corteza y no descubren lo que oculta.

Sea lo que fuere acerca de esto, yo he creído que más convenía seguir otro método. En lugar de presentar á los niños la moral que les conviene, rodeada de un montón de ficciones, cuyo falso resplandor los deslumbra, y les impide con frecuencia ver la verdad que bajo de ella se encubre, me he esmerado en ponerla delante de sus ojos sin tales adornos y coloridos. Para lograr esto he procurado con la mayor atención evitar aquellas frases estudiadas, metáforas y alegorías, que sólo puede entender un entendimiento cultivado, y que ofuscan á los niños en vez de ilustrarlos. Todos los adornos de esta obrita se reducen á senci-

llez, claridad, brevedad y algunas comparaciones familiares. No aspiro á los elogios de los eruditos. Mi trabajo se dirige únicamente á introducir la luz en los entendimientos sencillos que acaban, si puedo explicarme así, de salir de las manos de la naturaleza; para esto es menester acomodarse á sus limitados alcances, y sería impropio valerse del idioma del arte para hablar á la naturaleza.

No obstante, aunque he omitido en esta obra todo lo que sobrepaja á la capacidad de aquellos á quienes se dirige, no he dejado de hermosearla con todos los ornamentos que me han parecido más del caso para hacerla agradable y útil. Tales son varios pasajes de la historia, de que tanto gustan los niños, y que tanta impresión pueden hacer en su ánimo, principalmente cuando van unidos á los preceptos. He puesto el mayor cuidado en no separar jamás los unos de los otros. Cuando no he encontrado en la historia ejemplos propios á mi intento, he suplido su silencio por medio de algunas fábulas, cuya moraleja lo desempeñase. Nadie ignora que ha sido siempre general el uso de las fábulas para instruir á los niños, y que Platón era de dictamen de que fuesen su mayor alimento. Aun dura esta costumbre; pero sucede muchas veces que los apólogos que se les enseñan, contienen una moralidad indeterminada, que no es para ellos, y de la cual no sacan fruto alguno.

No se hallará este defecto en mis fábulas. Todas se ciñen y dirigen á la situación en que se encuentran los niños, y no les presento sino lecciones que puedan servir para su uso. A fin de que les fuesen más agradables, me hubiera valido de las de nuestros mejores fabulistas; pero como he hallado muy pocas que sean análogas á mi asunto, me he visto precisado á suplir

esta falta aventurándome á traducir algunas del latín, y á inventar otras. No encontrarán los literatos aquel gusto fino y delicado, aquella facilidad y aquella naturalidad que tanto aprecian en esta clase de poesía; pero los niños hallarán máximas saludables é instrucciones propias para formar su entendimiento y su corazón. Este ha sido el único objeto de mi trabajo, y el único fruto que he podido lograr.

No me queda que añadir sino una sucinta idea del orden que he seguido en la obra. La he dividido en capítulos de poca extensión, pareciéndome este método más del caso que otro alguno para tener suspensa la atención de los niños, que no son capaces de permanecer mucho tiempo fijos en un solo objeto, y que, semejantes á las mariposas, gustan de revolotear continuamente de flor en flor. He creído que este rodeo era más interesante, más propio para mover la sensibilidad, y más análogo al carácter y título de un *Amigo* que he adoptado, usando de las cariñosas expresiones que le pertenecen, persuadido de que los niños, igualmente que los hombres, ceden con más facilidad á las halagüeñas voces de la amistad, que al tono severo de la razón. Nada en fin he omitido, á mi parecer, para hacer útil esta obra á esta preciosa porción del género humano.

Este es un libro pequeño, pero lleno de excelentes principios, verdades y consejos, que acomodados á la tierna capacidad de los niños, podrán producir, y aun grabar eficazmente en su corazón la dulce placentera idea de que no han recibido la existencia sino para consagrarla al servicio de Dios, de su patria y de su familia, que son los importantes objetos á que debe dirigirse la buena educación.

La claridad, el orden, la brevedad y la sencillez con

que se describen estas máximas, la amenidad de los sucesos históricos de que están entrelazadas, y la oportunidad en que se encuentran colocadas y aplicadas las varias fábulas que contiene, tan análogas al gusto de los niños como proporcionadas á su tierna comprensión, será un agradable aliciente y servirán de poderoso estímulo, que promueva á esta amable porción de la sociedad á ejercitar la sana moral, amar la virtud y aborrecer el vicio.

Siendo éste el principal objeto del autor, que habiendo conocido el inestimable valor de la educación se ha dedicado en esta obrita á formar dignos ciudadanos, buenos parientes y verdaderos amigos, no podrá dudarse del justo aprecio, estimación y reconocimiento de que se ha hecho acreedor: porque ¿qué mayor beneficio, y qué servicio más importante puede ofrecerse á la patria, que el instruir, enseñar y dirigir á la juventud? El cielo proteja sus deseos y permita que el fruto corresponda á sus benéficas intenciones.





INVOCACIÓN

¡Oh Dios del tiempo y de la eternidad! ¡Oh Dios de excelsa omnipotencia, de bondad infinita! Tú eres el eterno y soberano principio de todas las inteligencias, la fuente incorruptible é inagotable de cuanto puede desearse en el cielo y en la tierra, la interminable medida de mi existencia y duración: tú me tienes destinado desde la eternidad á vivir para siempre contigo, aun después de la ruína de los imperios y de los astros, y cuando ya toda esta máquina visible haya vuelto á entrar en la tenebrosa noche de su destrucción; tú me tienes prometido que si soy constante en amarte y servirte, me veré irrevocablemente incorporado en la sociedad de tu reino y de tu gloria.

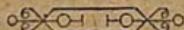
¡Hombre ingrato, que duermes tranquilo, reclinado en su seno parteral, pero olvidado de la mano poderosa, benéfica y protectora

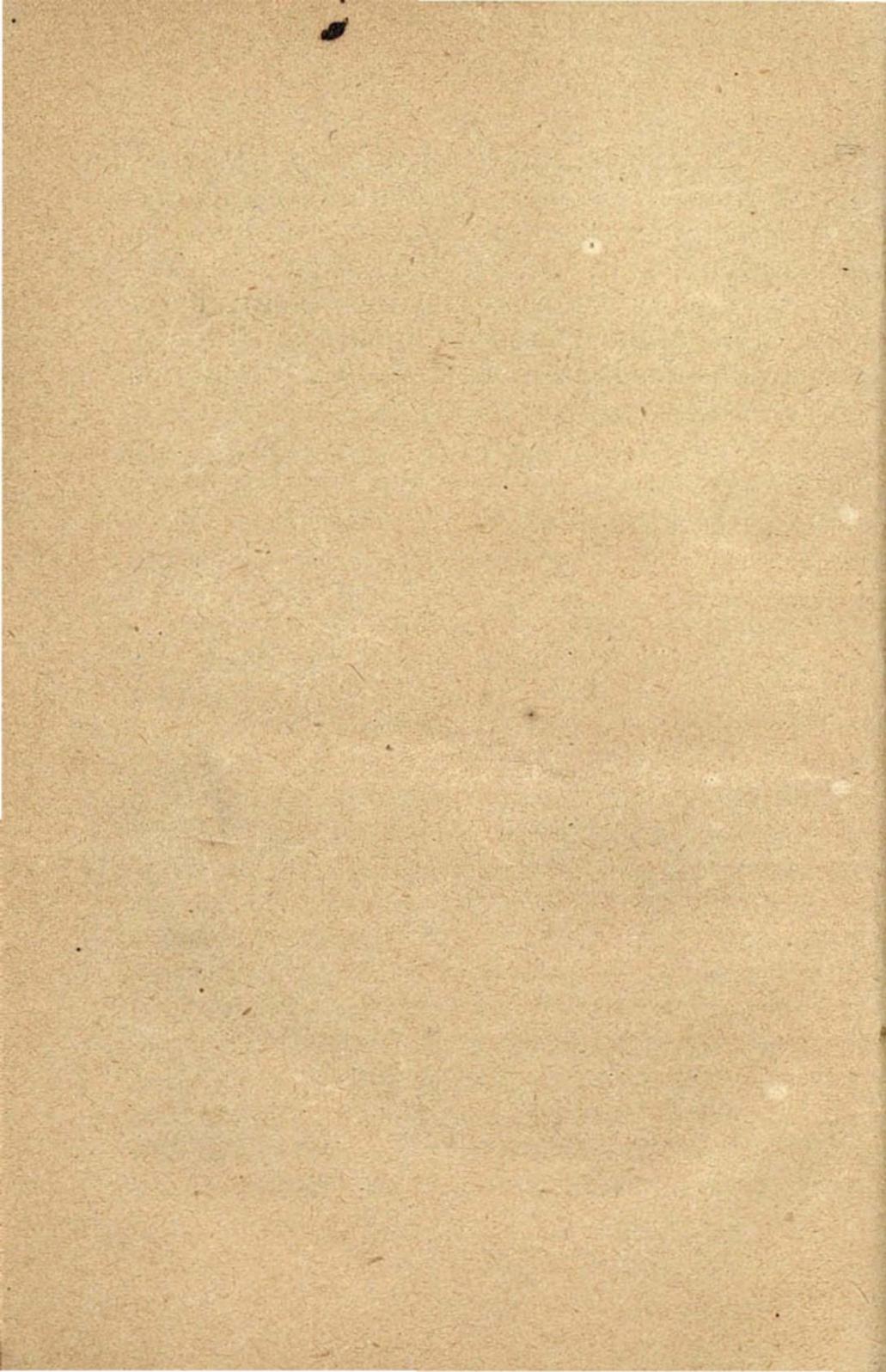
que te sostiene, ¿por qué te entregas á los delirios de esos sueños engañosos que te halagan con falsas ilusiones para hacerte infeliz para una eternidad? ¿De qué te aprovecha esta inquietud de imaginación, ese cúmulo de ideas y de pensamientos, y esa infatigable variedad de deseos? ¿Serás tan necio é insensato, que te ensordezcas á los repetidos impulsos de tu corazón, que te demuestran la ilusión de esos espacios en que corres siempre vago é inquieto, y nunca tranquilo y satisfecho?

Si deseas ser feliz, busca á tu Dios, que siempre está cerca de tí. Toda la naturaleza te lo demuestra, toda ella publica su eterno y santo nombre. Todas las criaturas llevan grabada la indeleble expresión de su divino Autor. Tú mismo participas continuamente de esos preciosos dones que con tanta liberalidad te franquea, y que indican y señalan la omnipotente y bondadosa mano de donde vienen. Tu propia vida comprueba su infinita bondad y amor, pues que te conserva. ¡Oh dulce Dios mío! dichoso el mortal que te adora y busca, y más dichoso el que te halla cuando tu blanda mano enjuga su tierno y amoroso llanto, y llena el pecho de inestimables consuelos.

Dignaos, Señor, comunicar al tierno corazón de la juventud aquel torrente de fuego de amor de que habla el Profeta; franquead los

tesoros de vuestra infinita bondad á esas tiernas y débiles plantas, para que fecundadas con el rocío de la divina gracia, crezcan y se robustezcan en la virtud, aborrezcan y detesten el vicio, y gozando de una vida dulce y tranquila, afiancen los premios destinados y preparados desde la eternidad para las almas virtuosas.





EL AMIGO DE LOS NIÑOS

INTRODUCCIÓN

DE CUÁNTA IMPORTANCIA ES EL ACOSTUMBRARSE DESDE
LOS PRIMEROS AÑOS Á LA VIRTUD

Has llegado por fin, amado Teótimo, á la edad dichosa en que la razón comienza á desenvolverse y á manifestar sus primeros resplandores. Libre ya de las tinieblas de los primeros años, vas á entrar en una nueva senda y empiezas á vivir. Feliz situación para tí; pero al mismo tiempo delicadísima, y que por consiguiente requiere de tu parte las mayores precauciones, persuadiéndote de que todo el decurso de tu vida depende de los primeros pasos.

Sí, amado Teótimo: te has de considerar en este momento como un caminante que emprende un largo y penoso viaje. Si uniendo la

felicidad con la prudencia logra tomar desde el principio el mejor camino, llega fácilmente al término; pero si tiene la desgracia de equivocarse, escogiendo alguna senda extraviada, anda mucho y adelanta poco, ó por mejor decir, cuanto más se adelanta, más se aparta del término; se pierde y se embosca entre espesas selvas, ó va á parar á horribles precipicios, de donde muchas veces no se puede salir á pesar de todos los esfuerzos.

Esta es justamente la situación en que te hallas. Estás, por decirlo así, á las puertas de la vida. Se presentan á tus ojos dos caminos bien distintos: el del vicio y el de la virtud. ¡Desgraciado de tí si tomas el primero! Confuso en tal caso, descaminado, darás tantas caídas como pasos; te verás precipitado de abismo en abismo, para terminar en fin en un funesto paradero, que será el cúmulo de todas tus desgracias. Si emprendes, al contrario, el segundo, alégrate anticipadamente de la feliz suerte que te espera. Caminarás por él sin temor y sin peligro, á la luz pura de la razón y de la religión. Gozarás una vida dulce y tranquila, afianzarás los premios que Dios tiene destinados á las almas virtuosas. Reflexiona, pues, cuánto te importa la elección entre esos dos caminos que tienen distintos términos.

No me cansaré de repetirlo. Todo depende de

esta elección, y de tu conducta durante los primeros años de la vida; porque así como los niños criados con buena leche logran en adelante salud y robustez, así los que en su edad temprana toman el gusto á la virtud, lo conservan toda su vida, y son por decirlo así naturalmente virtuosos. Les sucede con poca diferencia lo que á un arbolito tierno, que bien dirigido desde el principio y cuidado con esmero desde que empieza á medrar y á extenderse, continúa después sin auxilio alguno siempre recto, prosiguiendo las ramas por sí solas en crecer con la misma simetría. Cierta poeta antiguo propone un símil muy del caso, para dar á conocer la importancia de estos primeros pasos. Cualquiera vasija nueva, dice, conserva largo tiempo el olor de aquel licor que primero se echó en ella. Lo mismo pasa en nuestro corazón. Casi siempre duran en él las primeras impresiones de su juventud, los primeros hábitos que ha contraído.

La siguiente fábula te hará palpable esta verdad y te dará á conocer, aun con más claridad, que todo depende de los principios.

FÁBULA I

LOS DOS BARQUEROS

Siguiendo la corriente arrebatada
De un río, por las lluvias aumentada,

En dos barcas bajaban dos barqueros
Unidos como buenos compañeros:
El uno jovencillo, en el oficio
Totalmente novicio,
Aun del río las burlas ignoraba.
El otro, perro viejo y muy machucho,
Estaba en sus revueltas ya tan ducho
Que el camino del puerto nunca erraba.
Llevados de rápida corriente
Al principio viajaban felizmente,
Sin hallar en el río dilatado
Tropiezo que les diese algún cuidado;
Mas hé aquí que á lo lejos ven un puente,
Sobre firmes estribos construído,
Por cuyos arcos necesariamente
Habían de hallar paso.
Era en verdad apretadillo el caso:
El viejo marrullero, persuadido
De la dificultad, y receloso
De la poca destreza del mozuelo
Para salir del lance peligroso,
Le grita: «Camarada, no seas lelo,
Enfila desde luego la corriente,
Si no darás de hocico contra el puente,
Y el barco y tú os haréis dos mil pedazos.
Ni aun yo me fío de mi destreza y brazos:
Así, ojo alerta, mira cómo guío,
No me hagas llevar luto antes de tiempo.»
«¡Qué cobarde es el tío!
(Responde el desbarbado)

¡Cuán de lejos anuncia el contratiempo!
Si tanto teme de morir calzado
Prevéngase desde ahora,
Que yo cuando sea hora
Sabré del gran peligro libertarme!»
«¡Válgame Dios! (exclama el viejo) dudo
Que haya un hombre en el mundo más tozudo.
Ya verás si no quieres escucharme
Y enfilarse la corriente desde luego,
Lo que te pasa.» El joven con sosiego
Deja que grite el viego,
Sin hacer cuenta de su buen consejo:
Y al viento y á las aguas entregado,
Se burla de sus voces descuidado.
Llega el temido lance finalmente
De ir á pasar aquel tremendo puente;
Ya al remo, ya al timón su vida fía;
Mas es tarde, á pesar de su porfía
A dar contra un estribo va derecho.
Al impulso violento
Queda el barco deshecho,
Y él va á ser de los peces alimento.
El niño que no cuida con esmero
Desde el principio á vencer el vicio,
La corriente fatal, como el barquero,
Irá á dar sin remedio al precipicio.

La experiencia confirma siempre esta verdad. Rara vez vemos que se corrijan los que desde niños han sido mal inclinados; la edad,

lejos de disminuir el amor al vicio, lo aumenta, y del estado de niños viciosos, pasan al de impíos y abandonados. Esto se verificó completamente en la persona de Juliano apóstata. Desde su más tierna edad dió á conocer lo que había de ser con el tiempo. San Gregorio y san Basilio, colegas suyos en los estudios de Atenas, pronosticaron bien presto por su fisonomía y su traza el desorden de su ánimo. Tenía los ojos vivos, pero atravesados; el modo de mirar, furioso; el gesto, desdeñoso é insolente. Movía la cabeza y hacía de continuo ademanes ridículos sin venir al caso; se reía sin moderación, y daba grandes carcajadas; proponía cuestiones impertinentes, y respondía con oscuridad y confusión á los que le preguntaban. El deseo de adelantar en una filosofía gentílica era su pasión dominante, cuidando muy poco de instruirse en la religión cristiana, y gastando el tiempo en estudiar la astrología, la magia y todas las vanas supersticiones del gentilismo. Junto todo esto con otras faltas que no podía disimular, aunque procuraba cubrirse con el velo de la hipocresía, fué bastante para que san Gregorio anunciase que el imperio romano alimentaba en su seno un monstruo. El trascurso del tiempo dió á conocer la verdad de esta conjetura y la exactitud del pronóstico. Las malas inclinaciones que se habían notado en Juliano durante su ju-

ventud, resaltaron con el tiempo á la vista de todo el mundo. Llegó á ser el enemigo más declarado y más irreconciliable de la religión cristiana, y tan impío, que expidió un edicto general para que se abriesen los templos gentílicos; y ejerció por sí mismo todos los oficios del sumo pontífice de los ídolos, con todas las ceremonias acostumbradas, esforzándose cuanto pudo en borrar el carácter de su bautismo con la sangre de los sacrificios profanos.

Debes, pues, mirar tu conducta durante la juventud, como un pronóstico casi infalible de la que has de tener en todo el curso de tu vida: si desde ahora abrazas la virtud; si gobernado por la prudencia, plantas en tu corazón el amor á la piedad, á la inocencia y al estudio, ¿qué no puedes esperar en adelante? Pero al contrario, si te dejas vencer de las malas inclinaciones, si te pierdes en las erradas sendas del vicio, precipitado de uno á otro extravío, serás toda tu vida el infeliz juguete de tus desordenadas pasiones.

Procura, pues, reprimirlas desde luego. Hasta ahora no son más que chispas, que pueden apagarse con facilidad. Son pequeñas fieras que pueden aun fácilmente domarse y domesticarse. Pero Dios te libre de que crezcan, pues excitarán en tu corazón un funesto incendio, ó lo despedazarán. Te dominarán, te

sujetarán, y te será casi imposible recobrar el imperio que ahora tienes sobre ellas.

Sus progresos son como la mayor parte de nuestras enfermedades. Al principio no consisten más que en una indisposición ligera y fácil de remediar; pero si no hacemos caso de esta mala levadura, y la dejamos fomentar y corromper la masa de la sangre, vanamente recorreremos á los socorros del arte; llegan tarde los remedios y son totalmente inútiles, de modo que venimos á ser víctimas de un mal, que sin trabajo se hubiera remediado, procurando cortar desde el principio.

Quiera Dios, amado Teótimo, que lo se verifique en tí la descripción que acabo de hacer; tu naturaleza, como la de todos, está inficionada de un sutil veneno, que infaliblemente la corromperá, si no lo destruyes antes que tome cuerpo y explaye su actividad. Esto consiste en las inclinaciones viciosas que naturalmente tendrás. Examina, pues, si eres inclinado á la cólera, al deleite, á la soberbia, al regalo, etc., y si descubrieras en tu corazón alguna de estas inclinaciones perversas, míralas como á otros tantos enemigos que debes temer; y dedícate á destruirlas mientras aun son endebles. Este consejo nos da un antiguo poeta, y quisiera yo verlo grabado en tu corazón con caracteres indelebles:

*Es fácil de sofocar
El vicio recién nacido,
Mas después que ha crecido
No se puede remediar.*

Para hacerte más notoria esta verdad, vaya esta juiciosa lección que daba un padre á su hijo, y aplícatela á tí mismo.

FÁBULA II

EL ROBLE VIEJO Y EL ARBOLITO

Después de haber gastado la mañana
No de muy buena gana
En hojear á Nebrija y Calepino,
Un hijo con su padre se paseaba
Por un jardín ameno y muy contento
El trabajo pasado desquitaba.
Hallan en esto en medio del camino
Un arbolito, que al furioso viento
Hizo por no reñir tal cortesía,
Que inclinado hasta el suelo se veía.
Reparólo al instante el sabio anciano,
Y por dar á su amado jovencillo
Con un símil sencillo
Un consejo muy sano,
«Vé, le dice, hijo mío, y endereza
De ese árbol tan torcido la cabeza
Hasta dejarlo recto enteramente.»
El niño al punto, lleno de alegría,
Lo pone como el padre lo quería.

«Muy bien, dijo el Mentor (1), pues igualmente
Aquel antiguo roble, que hacia un lado
Desde pequeño está inclinado,
Necesita del vicio corregirse;
Haz, hijo, lo que hiciste al primero.»
Se echa á reir el joven y responde:
«¿Usted se burla, padre, ó se le esconde
Que eso fuera imposible conseguirse
Aunque de Sancho mismo el brazo fiero
Tomase por su cuenta enderezarlo?
De este vicio cuando era pequeño
Como el otro era fácil libertarlo;
Yo sólo me obligaba al desempeño:
Pero ahora, que es tan viejo, endurecido,
Ya no puede dejar de estar torcido.»
«Dices muy bien, replica el buen anciano,
Todo esfuerzo al presente fuera vano;
Pues lo mismo sucede
En todos los humanos corazones.
Fácilmente se puede
Dar dirección á sus inclinaciones
Cuando son tiernos; mas si incautamente,
Las dejamos crecer mal dirigidas,
Por la costumbre y el tiempo endurecidas,
No hay fuerza á enderezarlas suficiente.»

Sí, amado Teótimo, apenas se llega á la
edad de siete años, cuando la voluntad, aun-

(1) Mentor, nombre del famoso ayo de Telémaco, hijo del rey Ulises, que se suele aplicar por alabanza al que ejerce bien dicho cargo.

que muy niña, pero inclinada al mal, y el entendimiento esclavo de la frivolidad no contempla sino bagatelas y fruslerías, entonces todo encanta, y todo, menos la razón, parece admirable á la vista de los niños. Los caprichos, los gustos, los placeres y las terquedades, son los primeros instrumentos que emplea la concupiscencia para apoderarse de una alma tierna y establecer en ella el imperio de los vicios. ¿Cuál, pues, será la suerte de la infancia en medio de este desorden? Se extraviará infaliblemente si una luz proporcionada á su débil vista no le alumbra, le guía y le dirige.

CAPÍTULO I

DE LA PIEDAD Y DEL CULTO DE DIOS

No dudo, amado Teótimo, que las sabias instrucciones de tus padres y de tus maestros te habrán hecho concebir la más alta idea de la piedad cristiana. Con todo, como éste es el asunto más importante de todos los que he de tratar, y el cimiento sobre el cual todos ellos deben fundarse, he juzgado conveniente comenzar, poniéndote á la vista todo lo concerniente á tan sagrada obligación, para que creciendo la estimación y concepto respecto de

ella, te animes á trabajar con total fidelidad en cumplirla.

Reflexiona que Dios no te ha colocado en el mundo sino para servirle, ni te ha dado el corazón que tienes sino para amarle, y por consiguiente, es justo que le consagres sus primicias. Te tendrías por el más malvado hijo, si no amases á los autores de tu nacimiento. Tendrías razón; merecen tu amor por todos títulos. Pues repara, hijo mío, que tienes en el cielo otro Padre infinitamente más digno de tu amor. Este tierno y perfectísimo padre es Dios, que aunque tan grande y tan poderoso, no se desdeña de este título. Al contrario, le exige, y sobre todo aprecia los cultos de un corazón tierno, que aun conserva la pureza y la castidad. Por esta razón, queriendo un día los Apóstoles apartar los niños que se acercaban á Jesucristo: *Dejad*, dijo este divino Maestro, *dejad que los niños se acerquen á mí*. Recibo gustoso los testimonios de su amor, y con igual gusto les doy señales del mío.

Acércate, pues, al Señor, por medio de una tierna y sincera piedad. Esta es nuestra primera obligación, y en esto consiste nuestro verdadero mérito. Todos estos bienes que tanto aprecian los hombres, el nacimiento, el talento, las riquezas, deben reputarse por nada, si no tienen á Dios por principio y por fin. Sólo la piedad es la que nos hace agradables á sus

ojos, y atrae sobre nosotros sus gracias. Por medio de ella, mereció el joven David trocar el estado de pastor por el de rey, y subir á un brillante trono desde una humilde cabaña.

Habiendo resuelto Dios dar un nuevo rey á su pueblo en lugar de Saul, quien había incurrido en su desagrado, mandó á Samuel que pasase á la casa de Isaí, para ungir en ella como rey á aquél que entre sus hijos juzgase más digno de su elección. Obedeció el Profeta; presentó Isaí delante de él á su hijo mayor Eliab, que por su majestuosa presencia y hermosura parecía nacido para el trono. Así lo creyó el Profeta, pero no tardó Dios en desengañarle; lo mismo sucedió con los seis siguientes. Al paso que se presentaban, daba el Señor á entender al Profeta que ninguno de ellos era el escogido. Llamaron en fin á David, que era muy joven y estaba guardando un rebaño. Apenas se presentó, cuando el Señor habló á Samuel, y le dijo: *Levántate y derrama el óleo santo sobre su cabeza, porque este joven es el que he escogido para reinar sobre mi pueblo.* ¿Y por qué piensas que entre tantos que parecían más propios para el trono, fué David el preferido? Dios mismo satisfizo sobre esto á su Profeta, cuando quiso escoger á Eliab: *Los hombres, le dijo, no ven más que lo exterior, pero Dios ve lo que pasa en los corazones.* No juzgan, en efecto, los hombres el mérito de

cada uno, sino por cosas exteriores; pero Dios, por las inclinaciones del corazón, y sólo la piedad puede conseguir su complacencia.

Aunque tengas el más perspicaz talento, aunque lluevan sobre tí bienes y honores, si la piedad no mora en tu corazón, nada eres á los ojos de Dios. Pero al contrario, si esta sola prenda posees, aunque carezcas de todos los dones de la naturaleza y fortuna, eres á los ojos de Dios mayor que todos aquellos famosos héroes que el universo admira, pero que el Señor reprueba, cuando no es la piedad el fundamento de su heroismo. Así, aunque deseo de todas veras que logres cuanto pueda contribuir á tu bienestar, más querría verte privado de la ciencia, de las riquezas y de todas las demás ventajas naturales, que falto de piedad. Esta sería la mayor pesadumbre que pudieses causarme, y para tí la mayor desgracia.

Procura estar íntimamente persuadido, de que no hay felicidad alguna fuera del servicio de Dios. La inquietud y el remordimiento, son los compañeros inseparables del vicio. *No hay paz para los impíos*, como nos lo asegura el Espíritu Santo. Siempre son tristes víctimas de su impiedad. Testigo de esta verdad es aquel hijo pródigo de quien nos habla el Evangelio. Determinó abandonar la casa de su padre; se lisonjeó de hallar completa felicidad, haciendo

una vida vagamunda y disoluta. Para conseguirla, hizo que su padre le entregase toda su legítima; fué á vivir en un país apartado, para vivir sin freno alguno. ¿y en qué paró? Después de haber consumido todo lo que tenía, en disoluciones y convites, se vió precisado á vender él mismo su propia libertad de que estaba tan celoso; experimentó los caprichos y mal trato de un amo cruel y bárbaro, y se vió reducido á envidiar el alimento de los más viles animales.

Tal es la triste suerte de todos aquellos que se apartan de Dios, nuestro verdadero padre, para entregarse á sus desordenados deseos. Esperan hallar la dicha sumergiéndose en el centro de los placeres y del desorden, pero no hallan otra cosa que inquietudes y amarguras. La piedad, únicamente, puede hacernos felices; así nos lo declara Salomón, después de haberlo reconocido por una larga experiencia. Este rey era el más rico, el más poderoso de cuantos le precedieron ó vivieron en su tiempo. Desde las más apartadas regiones de la tierra acudían las gentes á contemplar los prodigios de su sabiduría. Vivía querido y respetado, no sólo de sus vasallos, sino de todas las naciones y reyes de la tierra. Todo lo abrazaba su ciencia. Había penetrado muchos secretos de la naturaleza. Rebosaban de oro y plata sus palacios. Con todo, aunque rodeado

de tantos bienes, se vió precisado á exclamar: *No hay cosa fuera del amor, el temor y el servicio de Dios, que no sea vanidad y aflicción del ánimo.*

Sea, pues, la piedad el principal objeto de tus deseos, ya que es la primera de nuestras obligaciones, y el único manantial de nuestra felicidad.

Dedícate á servir al Señor, y á tener una vida cristiana, con preferencia á todas las demás cosas. No te desanimes, aunque encuentres para esto dificultades que vencer. Aunque la piedad exige penosos sacrificios, ninguno de ellos, con todo, sobrepuja á tus fuerzas. He visto niños de tu edad que han practicado todas las obligaciones que trae consigo, y con la más exacta fidelidad. Tal fué el joven Tobías, que desde su niñez no conoció otra ambición que la de servir al Señor, y de ir á ofrecerle sus adoraciones en el templo, cuando los demás iban á postrarse delante de los ídolos. Tal el joven Samuel, que trasladado al templo desde sus más tiernos años, llegó á ser tan agradable á Dios por sus virtudes y piedad, que á la edad de doce años mereció verse elevado á la suma dignidad de profeta. Tales fueron también, en la ley nueva, san Bernardino de Sena, san Pedro de Luxemburgo y otros mil santos jóvenes; que siendo de tu misma edad, no tenían mayor deleite que

el de conversar con Dios, por medio de la oración, y darle en todas ocasiones las más vivas señales de su amor y piedad. Pues, ¿por qué no has de poder tú hacer, con el auxilio de la gracia, lo mismo que ellos han hecho? No estás tú menos obligado que ellos á la piedad; tanto derecho tiene Dios á tu corazón, como á los de aquellos virtuosos niños. Trabaja, pues, para que halles en tí la felicidad, y veamos revivir en tu persona las virtudes que en ellos se admiraron.

Sí, amado Teótimo, te encargo y ruego con lo íntimo de mi corazón, que imprimas en el tuyo las importantes máximas que se contienen en este capítulo y en la invocación. Méditalas y reflexionalas, y no podrás menos de confesar que hay un Dios, autor de todo lo criado, y dispensador de cuantos bienes gozamos; que debemos amarle, adorarle y ofrecerle el tributo de nuestra gratitud. En el primer precepto de su santísima ley, se manda honrarle como á nuestro Criador y á nuestro soberano Señor; y esto es lo que se llama adorar. Por la fé, le honramos creyendo firmemente lo que ha enseñado su Iglesia. Por la esperanza, aguardamos con confianza los bienes que nos ha prometido. Por la caridad, amándole de todo corazón, y observando exactamente sus mandamientos: tenemos, pues, una obligación estrechísima de obedecer á Dios; de no tributar

honor á criatura alguna, si no es con relación á Dios, y de honrarle en la misma forma y modo que prescribe nuestra verdadera religión.

CAPÍTULO II

DE LOS VARIOS EJERCICIOS DE PIEDAD

La profundidad en las ciencias no se consigue sino á fuerza de estudiarlas. No se logra la perfección en las artes, sino á puro ejercitarse en ellas; y del mismo modo, no se puede conseguir una piedad eminente, sino practicando con esmero los ejercicios correspondientes. A estos ejercicios, pues, te has de aplicar principalmente, si quieres hacer algún progreso en ella.

El más esencial y necesario es el de la oración; por su medio ofrecemos á Dios uno de los más agradables cultos que podemos tributarle. Glorificamos su poder y su bondad, reconocemos humildemente que Él solo es el manantial de todos los bienes, que sin Él nada podemos. Pero este culto que damos á Dios, no es estéril para nosotros. La oración nos atrae los beneficios de este supremo Señor. Es una especie de conducto por donde nos comunica sus gracias y sus favores. Orando, logró santa Mónica la conversión del joven Agustín, su hijo. A

la oración debió también Salomón aquella sabiduría extraordinaria que admiró el universo. Por medio de la oración, que san Agustín llama llave del cielo, conseguiremos nosotros igualmente todos los auxilios que necesitamos, pues Jesucristo mismo se ha obligado á condescender con nuestro ruego.

Si fuera posible, debiéramos, como aconseja san Pablo, orar incesantemente. En ninguna otra cosa podremos emplear mejor el tiempo. Los ángeles en el cielo, no tienen otra ocupación que la de alabar y bendecir al Señor. ¿Y qué mayor felicidad podemos apetecer, que la de imitarlos en la tierra? Pero ya que no puedes consagrar á la oración la mayor parte del tiempo, no dejes cuando menos de emplear en ella los primeros y últimos instantes del día, y en estas oraciones de mañana y tarde, haz que sobresalga el dar gracias á Dios por los innumerables beneficios que te ha dispensado, en pedirle las gracias que necesites, en ofrecerle tus acciones, y en rogarle que te llene de bendiciones y que no permita que caigas, por medio de algún pecado, en desgracia suya. Tus oraciones sobre este tenor, jamás pueden dejar de agradar á Dios y serte útiles, y así vemos regularmente que los que son exactos en estas santas prácticas, reciben muchas más gracias y hacen una vida más regular que los que las omiten.

Pero, además de estas oraciones, que por ninguna razón debemos omitir jamás, mira como una obligación para tí, el asistir todos los días al santo sacrificio de la misa. Jesucristo renueva en él el que ofreció á su eterno Padre en el Calvario, implora su misericordia á favor de los hombres, y derrama, por decirlo así, á manos llenas sus gracias. El reconocimiento que le debes, tu propio interés y la misma gloria del Señor, son motivos suficientes para que no faltes á este adorable sacrificio; pero acuérdate de que no sirve que estés corporalmente presente, si tu ánimo no está atento á lo que allí se hace. No imites á la mayor parte de los niños, que asisten á él sin modestia ni respeto y sin atención. Te guardarías muy bien de presentarte delante de un monarca de la tierra sin atención y en postura indecorosa, ¿pues cuánto más respeto debes á Jesucristo, Rey del cielo, ante cuyo acatamiento se cubren con sus alas los serafines, para dar á conocer su profunda veneración? La veneración de los mismos idólatras en las varias ceremonias de su falso culto, debería avergonzarte. Hé aquí un ejemplo de los más extraordinarios:

Cuenta san Gregorio, que ofreciendo Alejandro Magno un sacrificio á sus falsas deidades, cayó en la manga de uno de sus pajes una ascua encendida. Sintió desde luego un

dolor muy vivo, pero se dejó casi abrasar la mano sin prorumpir siquiera en un gemido, por no turbar el sacrificio. *De este idólatra, concluye el santo, debéis aprender hasta qué límite ha de llegar vuestro decoro y vuestro respeto. cuando asistís al santo sacrificio del altar.*

No te es menos necesaria la frecuencia de Sacramentos que la oración. Los Sacramentos son para nuestra alma lo mismo que los alimentos para nuestro cuerpo; la conservan, la fortifican y la alimentan. ¿Cuánto cuidado no tendrías de no dejar tu cuerpo muchos días sin el alimento necesario? Temerías con razón que le faltasen las fuerzas, y que llegase totalmente á perecer. Pues lo mismo has de temer por tu alma. Si la privases de la frecuencia de los Sacramentos, caería en la mayor flaqueza, se iría debilitando cada día y perdería al fin todo vigor. Mira, pues, como una de tus más importantes obligaciones es el frecuentar los Sacramentos, y llegarte á lo menos una vez al mes al tribunal de la penitencia y á la sagrada mesa; pero jamás te aventures á esto sin que precedan las disposiciones necesarias. Debes saberlas muy bien. No debes ignorar que para hacer una buena confesión, no basta decir sincera y exactamente todos los pecados cometidos, siendo absolutamente necesario sentir un vivo dolor de haber ofendido á Dios, y un propósito firme de jamás

ofenderle. Debe estar igualmente persuadido, de que para participar dignamente del adorable sacramento de la Eucaristía, en que Dios se digna entregárenos, es menester que estemos en gracia suya, y penetrados de los más vivos impulsos de fé, de respeto, de amor y de humildad. No me quiero detener ahora en explicarte estas diferentes disposiciones; pero sí en exortarte á que no omitas la más mínima, para participar de los frutos que saca de los Sacramentos todo aquel que los recibe dignamente, y para evitar las desgracias que se atraen los que no se acercan á ellos con las disposiciones necesarias. Porque así como los Sacramentos son alimentos saludables para aquellos que sanamente los reciben, puede decirse que se convierten en veneno para los que los profanan. La confesión, por ejemplo, no produce otro efecto en el penitente mal dispuesto, que hacerle más culpado; y san Pablo nos advierte, que el que recibe indignamente el cuerpo de Jesucristo, come su propia condenación. Para conocer la severidad con que Dios acostumbra castigar á los que abusan de las cosas sagradas, no es menester más que acordarse del modo con que trató á los que faltaron al respeto debido al arca del Testamento. Oza no hizo más que extender la mano para sostenerla, é inmediatamente fué herido de muerte. No cometieron otro delito los betsa-

mitas, que el de mirarla con una curiosidad temeraria, y con todo, en el instante fueron exterminados. ¿Pues con qué rigor no castigará Dios á aquellos que se atrevan á profanar su cuerpo y sangre preciosísimos, de los cuales no fué el Arca más que una imperfectísima figura? Con todo, estos ejemplos espantosos no han de impedirte que llegues á ellos, sino sólo moverte á que te dispongas con el mayor cuidado que puedas para recibirlos, seguro de que si santamente los recibes, serán para tí un manantial de gracias y bendiciones.

Para disponerte á recibir con fruto los Sacramentos, y para conservar en tu ánimo la religión y la piedad, no hay cosa más útil que la elección de buenos libros. Sus instrucciones saludables te pondrán á la vista tus obligaciones y te animarán á cumplirlas. Serán otros tantos predicadores que fortalecerán tu alma contra los atractivos de los vicios y de los malos ejemplos. San Agustín debió su conversión á los buenos libros que leía. Hallándose un día en un huerto recostado al pie de una higuera, oyó una voz que repitió muchas veces estas palabras: *tolle, lege, esto es, toma y lee*. Estaba á la sazón lleno de dudas y de confusiones, nacidas de la resistencia de su corazón para convertirse, y acordándose al oír dichas palabras de que san Antonio se había convertido leyendo el Evangelio, tomó el libro de las

Epístolas de san Pablo, que tenía allí mismo, leyó el primer capítulo que se le presentó, y tropezó precisamente con uno en que se le reprendían sus desórdenes, y se le hacía patente la obligación de vivir santa y cristianamente. Esto bastó para desvanecer todas sus incertidumbres: sintióse inflamado de un extraordinario valor, y empezó desde aquel punto á renunciar al mundo y á sus pasiones para consagrarse totalmente al servicio de Dios. ¿Y en qué hubiera parado si hubiese resistido á la voz milagrosa que le hablaba? Quizás ¡ay Dios! hubiera quedado para siempre en el camino de la perdición, y jamás se hubiera convertido. Haz, pues, cuenta, que la religión y la piedad te dirigen las mismas palabras que á san Agustín; *tolle, lege*. Imita su docilidad; consagra lo menos un cuarto de hora al día á leer un buen libro, y los frutos que este corto trabajo te producirá, te convencerán mejor que todas mis ponderaciones, de la utilidad de este santo ejercicio.

Otra piadosa práctica que quisiera yo inspirarte, y á la cual te debieras entregar con el mayor esmero, es la devoción á la Virgen Santísima. Esta Señora es madre de Dios y madre de los hombres, y por consiguiente madre tuya, y así es muy justo que la honres, y singularmente implóres su poderosa protección. Todos los santos se han distinguido en tener pa-

ra con esta Señora la más tierna devoción, y han conseguido por su medio los más señalados favores. Santo Tomás de Aquino aseguró al tiempo de morir, que jamás había dejado de lograr cosa alguna que hubiese pedido á Dios por la intercesión de María. De Alberto el Grande se cuenta que debió á esta misma devoción los rápidos progresos que hizo en las ciencias. Cansado de las dificultades que hallaba en el estudio, pensó en renunciar al estado religioso y volverse al mundo; pero la Virgen Santísima, á quien singularmente veneraba, se le apareció en sueños, y prometiéndole que no hallaría en adelante su entendimiento los mismos obstáculos en el estudio de las ciencias, para hacerle ver que únicamente debía este favor á su intercesión, le anunció que llegaría algún día á olvidar todo lo que hubiese aprendido; lo que se verificó al pie de la letra; pues dicho sabio, después de haber brillado mucho tiempo por su erudición, perdió de tal manera la memoria, que no le quedó el menor recuerdo de todo cuanto había aprendido. Sería necesario un volumen entero para manifestarte las gracias particulares que han debido á María sus fieles devotos. Algunos, ilustrados por su medio con celestiales luces, han reconocido claramente el estado á que Dios les llamaba. Otros, con su auxilio, han conservado su inocencia en medio de las más violentas tenta-

ciones. Todos, en fin, á proporción de sus necesidades, han experimentado los saludables efectos de su protección. ¿Y por qué no los has de experimentar tú igualmente? ¿Qué no debes esperar de una madre tierna, si la invocas con humilde confianza? Los niños son singularmente objeto de su predilección; se complace en admirar sus progresos y en abrigar su inocencia bajo su poderoso amparo. Procura, pues, merecerlo con una fiel y continua devoción. No dejes pasar día alguno sin honrar á María por medio de algunas particulares oraciones, y celebra todas sus fiestas con la más tierna devoción. Jamás la invocarás en vano; y si te portas con esta Señora como un hijo obediente y celoso en servirla, encontrarás en ella el cariño de una tierna madre.

El ángel que Dios ha destinado para asistirte y para velar en tu conservación y salvación, debe también tener parte en tus cultos. Ya sabes lo que en otro tiempo hizo el arcángel san Rafael con el joven Tobías. Le guió en su largo viaje, le libertó del furor del monstruoso pez que iba á devorarle, le dió los más prudentes consejos para que no cayese en los lazos que le armó el ángel de las tinieblas, por último le volvió sano y alegre á casa de sus padres. Pero Tobías por su parte, lleno de agradecimiento, miró como su primera obligación, luego que estuvo en su casa, el corres-

ponder á su santo conductor, y le ofreció inmediatamente la mitad de sus bienes. Tú también has recibido, aunque de un modo invisible de tu Angel custodio los mismos favores que Tobías en otro tiempo. No ha dejado un momento de protegerte y de velar en beneficio tuyo. Mil veces te ha librado de la cruel garganta del pecado, monstruo infinitamente más funesto que el que acometió á Tobías. Mil veces, inspirándote saludables pensamientos, te ha hecho evitar los lazos del demonio, y siempre está dispuesto á hacerte experimentar los saludables efectos de su protección. Imita, pues, la juiciosa conducta de aquel piadoso israelita, y profesa á tu Angel custodio el mismo reconocimiento y amor que él manifestó á su santo protector. No exige el santo Angel parte alguna de tus bienes, pero sí desea y merece tu reconocimiento, tu respeto, tu amor y tu confianza. No se lo niegues ni dejes de implorar su asistencia todos los días, especialmente por la mañana y por la noche. No omitas en fin, amado Teótimo, cosa alguna de las que puedan alimentar y aumentar tu piedad. Acuérdate que sin ella no hay nada sólido, y que de ella depende tu felicidad en esta vida y en la otra.

Los ejercicios de piedad, amado Teótimo, son unos remedios establecidos para perseverar en el propósito firme de no ofender á Dios.

A este fin se han explicado los saludables efectos que produce la oración devota y frecuente, por cuyo medio, pidiendo fortaleza y gracia contra el pecado, y gustando de las dulzuras del Espíritu Santo, se consigue fácilmente dejar las ilusorias del mundo, alcanzar el espíritu de la devoción que nos dispone para todo bien, y conservar la amistad de Dios. También es necesario huir de todas las ocasiones del pecado, y de las malas compañías, juegos, conversaciones y comunicaciones sospechosas: acostumbrarse al uso de los santos Sacramentos, que son eficaces remedios para curar los pecados cometidos, y preservar los del porvenir: ocuparse en obras de piedad, en la práctica de los ejercicios honestos, y en la lectura de libros devotos: *porque el joven ocioso es como la tierra viciosa que no produce otros frutos que espinas y abrojos.*

CAPÍTULO III

DE LA INOCENCIA

No tengo otra cosa que encargarte con más encarecimiento, oh amado Teótimo, después de la piedad, cuya importancia y necesidad te he demostrado, que la conservación de la inocencia. Esta virtud es el adorno principal del

hombre, que le iguala en algún modo á los espíritus celestes. Por ella mereció san Juan Evangelista ser el favorito de Jesucristo, y descansar sobre su pecho. En una palabra, en ella consiste nuestra gloria y nuestra felicidad. Nada son las ventajas más preciosas en comparación de este tesoro inestimable que posees. Así si fuese necesario, todo lo deberías perder por conservarlo; mientras lo poseas, serás sobradamente rico, pero si lo pierdes lo perdiste todo.

Adán y Eva gozaron de la suerte más feliz mientras se mantuvieron en estado de inocencia. Libres de las pasiones, de las enfermedades y de la muerte, lograban la vida más tranquila en un jardín delicioso y fértil, que sin necesidad de cultivo producía todo género de frutos. No les incomodaba el calor del estío ni el frío del invierno. Gozaban de una primavera continua, y todos los animales estaban obedientes á su imperio; nada faltaba á sus deseos, nada se oponía á sus inclinaciones. Pero apenas perdieron la inocencia, cuando fueron arrojados del delicioso vergel; se esterilizó la tierra; experimentaron los rigores de todas las intemperies; se desenfrenaron sus pasiones para atormentarlos; quedaron sujetos á las enfermedades y á la muerte, y en lugar de su pasada felicidad, llovieron sobre ellos todos los males.

Hé aquí, amado Teótimo, una descripción exacta de lo que te sucederá también si llegas á perder el precioso tesoro de tu inocencia. Te cerrarás tú mismo las puertas del cielo, quedarás privado de la amistad de Dios, y hecho esclavo del demonio y del pecado. Dios te libre de experimentar jamás tan funesta desgracia. Hijo mío, decía en otro tiempo la reina Blanca á san Luís cuando era de tierna edad; ya ves lo que te quiero; pues á pesar del amor con que te miro, más querría verte espirar delante de mis ojos, que incurrir en un solo pecado mortal. No tengo reparo, amado Teótimo, en repetirte lo mismo; sí: por grande que sea la amistad que te profeso, más quisiera verte privado de la vida que de la inocencia; porque la pérdida de la vida interesa solamente al cuerpo, pero la inocencia interesa al alma y la expone á una desgracia eterna.

Por esta razón vemos que todos aquellos que han estado penetrados de verdadero amor á la religión y de temor de Dios, han preferido, cuando ha sido necesario, los suplicios y la muerte al pecado. Así leemos que José más quiso exponerse á ser calumniado, maltratado y encerrado en un oscuro calabozo, que cometer el delito que se le proponía. Una infinidad de jóvenes de uno y otro sexo le han imitado, y han padecido los mayores tormentos por no perder la amistad de Dios. En confirmación de

esto, me contentaré con citarte el memorable ejemplo que dieron al mundo los siete hermanos Macabeos.

Queriendo obligarles el impío Antíoco á comer de un manjar prohibido entonces por la ley de Dios, respondieron unánimes los generosos hermanos, que más querían morir que ofender al supremo Dueño del universo. El tirano, al oír esta respuesta, mandó preparar todo género de instrumentos para atormentarlos; pero ni los potros, ni las ruedas, ni las calderas encendidas pudieron hacer titubear la constancia de los seis primeros, muriendo todos sucesivamente gozándose en su dichosa suerte. Quedó el más joven; y viendo Antíoco que no habían cedido los otros á los tormentos, se valió para con él de las caricias y de las más lisonjeras promesas. Hizo venir al mismo tiempo á su madre para que le exhortase á obedecer sus órdenes, pero la virtuosa madre, en lugar de coadyuvar á las intenciones del tirano, no habló á su hijo sino para animarle á seguir el ejemplo de sus hermanos, y morir como ellos en defensa de las sagradas leyes, mostrándole el cielo, donde antes de mucho había de recibir el premio debido á su valor. No fué inútil la exhortación; el piadoso joven, mirando con igual desprecio promesas y amenazas, protestó sin rebozo que no obedecería á las órdenes de Antíoco, sino á la ley

de Dios; irritó esto de tal manera al impío monarca, que soltando las riendas á todo su furor, mandó á los verdugos que agotasen su rabia sobre aquella tierna víctima, que sufrió la muerte con la más heroica constancia.

Hé aquí lo que costó á aquellos jóvenes mártires la conservación del precioso tesoro de la inocencia. Regularmente no tendrás tú que padecer tales combates, ni que hacer tan grandes sacrificios para conservar la tuya. Pero no debo disimularte que necesitarás del mayor cuidado para no perderla. Es esta virtud una hermosa flor adornada de los más vivos colores, que esparce muy lejos el más agradable olor, pero el menor vaho puede marchitarla, y el más leve soplo basta para derribarla ó troncharla. Una conversación indecente, un mal ejemplo, una mala compañía, son bastantes para despojarte de la preciosa túnica de la inocencia. A pesar de esta delicadeza, estás obligado á conservarla pura y sin mancha. Si Dios te ha revistido de ella, ha sido con esta precisa condición, y llegará el día en que de la misma te pida cuenta.

Después que los hijos de Jacob vendieron su hermano José á unos mercaderes ismaelitas, para ocultar este delito á los ojos de su padre, que le amaba con particular cariño, se quedaron con su túnica, y manchándola con la sangre de un cordero, se la enviaron por un

criado, diciéndole por su medio: *Esta túnica hemos encontrado, mira si es la de tu hijo. ¡Triste de mí exclamó el padre, demasiado la reconozco. ¡Pero en qué estado la veo! No hay remedio, José ha perecido, alguna fiera lo ha devorado.* Interrumpieron los suspiros y sollozos estas tristes palabras, y no hubo medio de calmar el dolor del afligido padre.

Pues haz tú también cuenta que llegará día en que los ángeles presenten la túnica de tu inocencia ante el tribunal del supremo Juez, diciéndole como á Jacob: Mirad, Señor, si esta es la túnica de vuestro hijo. ¡Y qué desgracia sería la tuya si la vieses manchada y teñida en sangre? Estarías perdido para siempre, porque en el reino de Dios no puede entrar cosa manchada, y para ser admitido en él es preciso haber conservado la inocencia ó haberla recobrado por medio de la penitencia. Cuida, pues, de que no se diga de tí lo que de José: *alguna fiera lo ha devorado.* El monstruo cruel que puede devorarte es el pecado. Continuamente te rodea para sorprenderte. Huye de él con el mismo cuidado que de una serpiente venenosa, y usa para librarte, de los medios que Jesucristo nos propone para conservarnos en la inocencia, esto es, de la oración y vigilancia.

Como nada podemos sin el socorro de Dios, y á cada paso damos las más crueles caídas si

no nos sostiene su gracia, es preciso que la pidas continuamente, y no dejes pasar día alguno sin rogar muchas veces al Señor, sobre todo por la mañana y por la noche, por medio de esta corta y adecuada oración de que continuamente usaba el joven Ubaldino, muerto en opinión de santo á los diez y siete años de edad: *Quitadme antes la vida, Señor mio, que permitir se pierda mi inocencia.* Añade la frecuencia de Sacramentos á la oración. Todos los Santos Padres han mirado el sacramento de la Eucaristía como uno de los medios más eficaces para conservar la inocencia: este divino Sacramento, al paso que nos hace impenetrables al fuego de las tentaciones, obra en las almas de los que le reciben dignamente, lo que obró en otro tiempo en el cuerpo de un niño libertándole del furor de las llamas. Hé aquí cómo cuentan este suceso muchos historiadores eclesiásticos:

Era costumbre antigua de la Iglesia griega el consagrar el sacratísimo cuerpo de nuestro Señor Jesucristo con pan fermentado, como el que comemos ordinariamente, y cuando, después de comulgar los fieles, sobraban algunas partículas de este pan consagrado, llamaban algunos niños pequeños de la escuela, y se las hacían comer: vino para este efecto un día, entre los demás, un hijo de un vidriero judío. Este niño, que ignoraba nuestros santos mis-

terios, después de haber recibido como los demás en la iglesia la sagrada Eucaristía, volvió á su casa. Preguntóle su padre por qué había tardado tanto en volver, y el niño le contó sencillamente lo acaecido. Bastó esto para irritar al fanático judío de tal manera, que cogiendo enfurecido al niño, le arrojó en el horno encendido que servía para fabricar el vidrio. La madre, echando menos al hijo, ignorando lo que había sucedido, corrió toda la ciudad buscándole, derramando un río de lágrimas, é implorando el socorro del cielo con voces interrumpidas por sus sollozos; al tercer día, desesperando ya de hallarle y encontrándose llena de dolor á la puerta de la vidriería de su marido, repetía continuamente el nombre de su hijo, que oyéndola le respondió de dentro del horno. La pobre madre llena de gozo rompe la puerta, y viendo á su hijo sin la menor lesión encima de las ascuas, le pregunta cómo es que el fuego no le había dañado. A lo que el niño, contándole el suceso, satisface diciendo: Una mujer vestida de púrpura ha venido á visitarme muchas veces, me ha dado agua para apagar las llamas que me rodeaban, y me ha traído de comer cuando lo he necesitado. Habiendo llegado este milagro á oídos del emperador Justiniano, mandó que bautizasen á la madre y al hijo que lo deseaban, é hizo castigar con pena de muerte al

padre que de ningún modo quiso hacerse cristiano.

¶ Pero no basta orar y frecuentar los Sacramentos, Dios no lo ha de hacer todo. Es menester que por tu parte veles sobre tí mismo, y guardes con especialidad tus sentidos para no ver ni oír cosa alguna que pueda perjudicar tu inocencia. Una mirada sola bastó para perder á David. Hasta entonces había sido un modelo de inocencia y de piedad: pero por desgracia suya se puso á considerar con atención un objeto peligroso, y esta sola imprudencia fué suficiente para hacerle cometer dos delitos enormes. Y si este santo rey se dejó seducir tan fácilmente, ¿qué no debes temer tú si no haces como Jacob, un pacto con tus ojos para no mirar cosa alguna que pueda inclinarte al pecado? Esta vigilancia es el único medio para librarte de los tropiezos en que caen todos los días tantos jóvenes, que apenas llegan al uso de razón, cuando se sirven de ella para ofender á Dios.

○ No puedo persuadirme, amado Teótimo, que hasta ahora hayas incurrido en tal desgracia. Tengo demasiado buen concepto de tu religión y de tu virtud para creerlo; pero si por desdicha hubieses manchado la preciosa túnica de tu inocencia con algún pecado grave, ya sabes que Dios en el sacramento de la Penitencia nos ha dejado un remedio saludable para purificar-

nos, y así acude inmediatamente á él. Si vieres tu cuerpo acometido de alguna enfermedad peligrosa, ¿qué prisa no tendrías en llamar al médico y tomar los remedios necesarios á fin de recobrar tu salud? ¿Pues cuánto más debes apresurarte para remediar los daños de tu alma? La herida que en ella hace el pecado, es mil veces más peligrosa y funesta que todas las enfermedades del cuerpo. A cada instante estás expuesto á que te sorprenda la muerte; y ¿qué sería de tí si murieses en pecado?

Espero en el Señor, que no experimentarás tan triste suerte, persuadido de que aun posees el precioso tesoro de la inocencia, ó que á lo menos si has tenido la desgracia de caer en pecado, habrás tenido cuidado de purificar tu alma por medio de una sincera penitencia. Así me contentaré con esforzarme á precaverte contra los escollos que estás expuesto á encontrar, y que pueden ser funestos á tu inocencia. Estos escollos son los amigos viciosos y los malos libros. En los dos capítulos siguientes verás cómo debes pensar acerca de ellos.

Considera, amado Teótimo, que la inocencia es un don del cielo, y una gracia especial que no podemos atribuirle á nosotros mismos; que debemos por lo tanto suplicar á Dios nuestro Señor de continuo, y de lo más profundo de nuestro corazón, se digne afirmarla y radicarla más y más en nuestra alma. Con este divi-

no auxilio, el hombre justo é inocente, será como el león valiente que no conoce el miedo; todos los placeres y riquezas del mundo las mirará con hastío y desprecio, atenderá y cuidará sólo de poseer y disfrutar tan precioso tesoro, se hallará siempre contento y tranquilo sin que las agitaciones del mundo sean capaces de turbar su reposo, ni la nube densa de las pasiones de oscurecer el resplandor de su inocencia, y se verificará aquella sentencia del Espíritu Santo: *El que vive con inocencia y sencillez se salvará; el que anda por caminos torcidos, al fin caerá.*

CAPÍTULO IV

DE LAS MALAS COMPAÑÍAS

El Espíritu Santo nos asegura que no hay tesoro por precioso que sea, que pueda compararse á un amigo prudente y virtuoso. El que lo es, toma parte en nuestros trabajos, nos consuela en nuestras aflicciones, nos ilumina con prudentes consejos, y nos inclina á la virtud con su ejemplo. Tal era Jonatás respecto á David, y David para con Jonatás.

Pero si es tan útil la amistad con los buenos, no hay cosa más perjudicial que la que se contrae con los malos.

Menos debes temer á un enemigo declarado, que á un amigo vicioso. Del primero, siquiera desconfiarías, y tomarías precauciones para evitar sus asechanzas. Del segundo, al contrario, no recelándote de él y tratándole familiarmente, aprenderías insensiblemente las máximas más perniciosas, imitarías su perverso ejemplo, y poco á poco te harías semejante á él. El ejemplo de Nerón basta para hacernos palpable esta verdad.

Mientras este joven príncipe se gobernó por los consejos de Burrho y Séneca, que estaban encargados de su educación, fué admirado de todo el mundo por su mansedumbre y clemencia. Habiéndosele presentado un día uno de sus ministros para que firmase una sentencia de muerte, dijo estas admirables palabras: *Ojalá no supiese escribir*. En otra ocasión escribió á uno de los gobernadores de sus provincias que había aumentado considerablemente los impuestos, que era menester esquilar las ovejas pero no desollarlas, dándole á entender con esto, que no era razón incomodar y arruinar los puebllos imponiendo contribuciones demasiado crecidas. Pero apenas empezó á dar oídos dicho príncipe á los cortesanos aduladores y viciosos que le rodeaban, cuando dejando á un lado la humanidad y clemencia, se convirtió en un tigre furioso que no podía alimentarse sino con sangre y matanza. La no-

bleza y el pueblo, y especialmente los cristianos, fueron sacrificados sucesivamente á su crueldad. Dió muerte, no solamente á Burrho y á Séneca, sino á su misma madre Agripina, y á Octavia su mujer. Llegó al extremo de decir muchas veces, que deseaba que todo el género humano no tuviese más que una cabeza para tener el gusto de cortarla. Fué tal, en fin, su barbarie é inhumanidad, que hizo pegar fuego á Roma para tener el gusto de contemplar desde una alta torre el incendio, entreteniéndose á cantar un poema sobre las ruínas de Troya, mientras que las llamas devoraban la ciudad.

No fué menos funesto para Joas, rey de Judá, el trato con los malvados. Este joven príncipe gobernó con el mayor juicio mientras siguió los consejos de Joiáda, que además de haberle libertado del furor de Atalía, le había colocado en el trono. El trato con este hombre virtuoso le hizo tomar gusto á la piedad y á la virtud. Pero muerto Joiáda, tardó poco en mudar de conducta, y dió á conocer con su ejemplo, que somos buenos ó malos según con quien tratamos, porque habiendo venido á hacerle la corte los grandes de su reino, se dejó seducir por sus viles adulaciones y colocó á algunos de aquellos hombres viciosos en el número de sus amigos.

Esta fué la época de sus desórdenes. Aban-

donando desde entonces el culto del verdadero Dios, se entregó al de los ídolos, y llegó á tal extremo su depravación, que quitó la vida al hijo del mismo Joíada, á quien debía la corona.

Estas mutaciones te parecerán quizás extraordinarias; pero no debes admirarte. Un amigo vicioso es como un hombre que adolece de una enfermedad contagiosa; la trasmite á todos los que se le acercan, y así del mismo modo que huirías con la mayor precaución de cualquiera que padeciese una enfermedad epidémica, debes evitar el trato y la amistad de los que tienen costumbres depravadas.

Este era el concepto que hacían de las malas compañías san Basilio y san Gregorio, cuando estudiaban en Atenas, siendo de tu misma edad. *Huíamos, dice san Gregorio, cuidadosamente de todo trato con aquellos compañeros que eran insolentes y violentos y de malas costumbres, y sólo teníamos amistad con aquellos que por su modestia, su moderación y su juicio podían ayudarnos y mantenernos en los buenos propósitos que teníamos de hacer una vida arreglada: conocíamos muy bien que los malos ejemplos se comunican fácilmente como las enfermedades contagiosas. ¿Quiéres ver un símil palpable que te haga conocer mejor el peligro de las malas compañías? Mezcla frutas sanas con otras corrompidas; verás como en todas se in-*

roduce la podredumbre y quedan enteramente perdidas. Éste fué el símil de que se valió un prudente padre para retraer á su hijo de las malas compañías.

FÁBULA III

LAS NARANJAS

De la orilla del Tajo un buen vecino
Tenía un hijo, á quien unió el destino,
Sin ejemplar, talento y hermosura,
Al candor, la inocencia y la dulzura.
Un fénix en su tiempo era el chiquillo;
Mas por desgracia suya había dado
En tratar con algunos calaveras
De su edad, cuyo ejemplo depravado
Su corazón sencillo
Podía corromper muy fácilmente.
El padre procuró con todas veras
Cortar esta amistad; mas vanamente,
Pues de su justo celo
Y sus sermones se burló el mozuelo.
«¿Por qué, le dijo un día,
Me exhorta usted á dejar tal compañía?
Si usted á mis amigos conociera,
Para otro sus consejos guardaría;
Son buenos, y aunque alguno no lo fuera,
Frecuentándome á mí se corrigiera.»
Así hablaba el tontuelo
De una falsa confianza prevenido;

Su padre cada vez con más recelo
Al ver al niño en tal peligro puesto,
Hizo el desentendido,
Y buscó otra ocasión más favorable
Para darle el consejo saludable.
Estando ausente el joven llenó un cesto
De fruto delicado:
Naranjas que á la vista parecían
De oro puro, que en nada cederían
A las que presentó la fabulosa
Huerta de las Hespérides (1) famosa;
Entre ellas dos ó tres puso el anciano
Expofeso, que, ya descoloridas,
Mostraban estar dentro corrompidas;
Y entregó el cesto al joven, quien ufano
De tal regalo comenzó á mirarlas,
Y viéndolas que ya iban á perderse,
«Padre, exclamó de sentimiento lleno,
¿Qué ha hecho usted? Si estas van á corromperse
Con estas buenas, ¿para qué mezclarlas?
Así se volverán todas veneno.
«No, dijo el padre, tu temor es vano.»
Verás todas las malas componerse
Con el suave aroma de las buenas.»
«Al contrario, señor, lo que está sano
Se podrirá, replica el desbarbado,
Al lado de estas tres que están dañadas.»
Redúcese por fin á duras penas,

(1) Huerta fabulosa colocada por los poetas en España, en la que dicen que había árboles que daban manzanas de oro.

Aguardar por un tiempo limitado.
Coge el padre una llave, y bien cerradas
Las deja hasta que el tiempo suficiente
Para lograr su intento haya pasado.
Parece un siglo al joven impaciente;
Llega en fin el instante suspirado;
Dále el padre las llaves, él se apresura,
Apenas puede hallar la cerradura:
Abre por fin, y encuentra, ¡oh vista horrible!
Todo hecho una confusa podredumbre.
Lleno de pesadumbre,
Murmura de su padre, se lamenta:
«¿No dije (exclama) á usted que era imposible?
Pero usted de mi dicho no hizo cuenta.»
El sabio padre al ver tal batahola,
«Sosiégate, le dice, hijo de mi alma,
Tu sentimiento calma;
Si yo de tus prudentes reflexiones
Tocando á las naranjas no hice aprecio,
Tú con igual desprecio
Trataste mis consejos y razones
Cuando pronostiqué que llegaría
Tiempo en que tus amigos corrompiesen
Tu pureza, á no huir su compañía.
Esta fruta pérdida es fácil cosa
Resarcirla con otra más hermosa;
Mas si en tu corazón se introdujesen
Los vicios y manchasen tu inocencia
¡Cuál mi dolor sería!
¡Cómo desgracia tal remediarla?»

Esto bastó para que comprendiese
El joven el enigma y la advertencia;
Y este lance instructivo
Fué antídoto y total preservativo
Para que de los malos siempre huyese.
El ejemplo á vosotros se dirige,
¡Oh jóvenes! grabad esta importante
Máxima en la memoria,
Que está harto acreditada por la historia.
Rara vez el malvado se corrige
Aunque esté con los buenos, y es constante
Que siempre el bueno se pervierte y daña
Cuando con los malvados se acompaña.

No me cansaré de exhortarte á que te acuerdes á menudo de este suceso. Ningún símil hay más propio para dar á conocer el peligro de las malas compañías, pero con todo, aun hay alguna diferencia entre las frutas pasadas y los amigos viciosos, pues aquellas á lo menos manifiestan claramente su mal estado. Las manchas lívidas de que las vemos cubiertas, nos dan á conocer fácilmente su interior podredumbre, cuando los amigos viciosos parecen muchas veces muy distintos de lo que son. Ocultan los desórdenes de su corazón bajo el velo de la hipocresía y de la honradez. Son lobos hambrientos que se cubren con pieles de oveja para poder devorar con más facilidad los tiernos corderitos. No te fíes, pues, de su exterior enga-

ñoso: no juzgues por sus modales de sus costumbres; antes bien, tente al concepto de los que les conocen, y te avisan que evites su trato. La fábula siguiente te dará á conocer cuán peligroso es escoger un amigo sin precaución.

FÁBULA IV

EL RATÓN Y EL GATO

Un ratoncillo joven é inexperto
En las cosas del mundo,
Cansado ya de vivir en un profundo
Abismo con sus padres encerrado,
Comenzó á corretear con alegría
El campo dilatado
Que á su admirada vista se ofrecía.
Descubrió no muy lejos casualmente
Otro animal de admirable gesto:
Su mirar inocente
Y grato su magnífico ropaje,
Y aun su modo de mirar grave y modesto
Dejaron al bobillo embebecido,
Y deseoso de amistad y trato
Con tan benigno y santo personaje;
Y era no menos que un famoso gato,
Por nombre Ratizamba, conocido
Por el Nerón de ratas y ratones,
Que á pesar de su santa catadura
Sin piedad á docenas se zampaba.
Mas nuestro ratoncillo, que ignoraba

Sus tretas y perversas intenciones,
Totalmente fiado en su dulzura
Y humildad aparente,
En su lengua ratona interiormente
Decía: «¡Qué señor tan apreciable!
¡Qué trato será el suyo tan amable!
Por feliz me tendría
En gozar su amistad y compañía.»
Se acerca al oír esto reverente
Al santo, que dejando de repente
La mansedumbre á un lado,
Fiero sobre él se arroja, y al cuitado,
Sin mascarle en el vientre lo sepulta.
Jamás fíemos sólo en la apariencia,
Que muchas veces la maldad se oculta
Con capa de virtud y de inocencia.

Imprime cuidadosamente en el fondo de tu corazón estas saludables máximas, y procura conformarte á ellas. De este cuidado depende principalmente la conservación ó la pérdida de tu inocencia: porque, según el oráculo infalible del Espíritu Santo, *serás bueno con los buenos, y malo con los malos*. Por más virtuoso que hayas sido hasta aquí, una mala compañía bastaría para perderte. La experiencia nos enseña todos los días que la mayor parte de los jóvenes naufragan en este escollo; yo mismo he visto perecer en él á infinitos; y si no te hace fuerza mi testimonio, mira lo que dice Ger-

son del trágico fin de un joven ilustre por su nacimiento.

Había sido dicho joven por mucho tiempo un modelo de inocencia y de piedad; pero por desgracia suya contrajo estrecha amistad con un sugeto vicioso y entregado á la mayor disolución. Las conversaciones y los malos ejemplos del perjudicial amigo tardaron poco en contagiar su entendimiento y su corazón; en lugar de aquella moderación y de aquella modestia que hasta entonces le habían hecho admirar, se notó en él un total abandono á los más vergonzosos desórdenes. No anhelaba otra cosa que juegos, diversiones y deleites. Todos los esfuerzos de sus padres, amigos y maestros para apartarle del camino del vicio, fueron vanos: los mismos obstáculos que hallaba, servían de nuevo incentivo á sus pasiones: y en fin, perseveró impenitente hasta la muerte. Sobrecogido de una violenta enfermedad, habiéndose presentado un sacerdote para exhortarle á reconciliarse con Dios, se negó totalmente á oírle; y avivando el caritativo eclesiástico sus exhortaciones, al paso que le veía más endurecido, el desgraciado joven atormentado por los remordimientos más crueles, se volvió al fin á mirarle con semblante furioso, y le dijo estas terribles palabras: *Infeliz del que me ha seducido! Son demasiado grandes mis delitos para esperar su perdón. Veo ya el*

infierno abierto para recibirme. Después de haber pronunciado estas palabras se volvió del otro lado para no oír la voz del sacerdote, y al cabo de un instante espiró lleno de la más terrible desesperación.

Hé aquí, amado Teótimo, el fruto de las malas compañías. Así se cumple el oráculo del Espíritu Santo, que dice: *el que ande con la pez se manchará los dedos*, esto es, que el que trate con amigos viciosos, contraerá sus vicios y defectos. No extrañes, pues, que me haya detenido tanto en un asunto de suma importancia. Me lisonjearía de haber asegurado tu inocencia, si supiera de fijo que te había inspirado un eficaz horror á las malas compañías.

Advierte, amado Teótimo, que un mal amigo nos precipita en todo género de desgracias; los golpes que descarga son tanto más peligrosos, cuanto que decien den con nosotros al abismo que nos labra. La complacencia arrastra; y cuando llegamos á conocer que hemos sido engañados, no tenemos valor para librar nos del estrago. No te dejes seducir por el rostro agradable, por la conversación elocuente, ni por el ingenio brillante: *la experiencia del mundo enseña que no hay cosa tan falsa como la lengua y la fisonomía.* Procura, pues, huir de la brillantez de estas aparentes exterioridades. Observa que aquellos que se crían en el libertinaje, y que se entregan á los placeres,

deleites y disipaciones, son malos amigos, y se complacen en formar discípulos de sus disoluciones. Ellos son los más exaltados en sus opiniones, y aunque procuran disfrazarlas para hacer más eficaz el veneno, concluyen siempre hablando de cosas que ofenden á la religión, á la sana moral ó á las buenas costumbres. Sus vicios los pintan como si fuesen virtudes; y así es que el incrédulo te dirá que no hay otra dicha como el deleite, otra alma que los sentidos, ni otro Dios que el mundo: el jugador te persuadirá que el juego es muy á propósito para la reunión de las mejores sociedades, que es agradable y seguro asilo contra las desgracias y el enojo; y por este orden coonestan y disfrazan los demás vicios *para lograr la presa de la inocente víctima*. Con todo, queda aun otro escollo, que deben evitar con igual cuidado: este es el de leer malos libros, de lo que ahora te voy á hablar.

CAPÍTULO V

DE LOS MALOS LIBROS

Son los libros para el alma lo que los alimentos para el cuerpo. La sustentan y la fortalecen; pero así como hay alimentos que en lugar de contribuir á la salud del cuerpo, sólo

sirven para debilitarle y arruinarle, del mismo modo, amado Teótimo, hay libros que en lugar de ilustrar y perfeccionar nuestra alma, no sirven más que para corromperla y cegarla. Tales son las novelas, las poesías amorosas, y generalmente todos los escritos perjudiciales á la religión y á las costumbres. Sí, amado hijo, todos los libros de esta clase contienen un veneno sutil, que se insinúa insensiblemente en los corazones de los que los leen, y producen en ellos el mayor fastidio hacia todos los actos de piedad, y el amor á los deleites, que destruye todas sus buenas inclinaciones. Pudiera citarte muchos ejemplos en confirmación de esta triste verdad. Conozco bastantes jóvenes que lo han experimentado á costa suya. Me acuerdo en particular de uno á quien los malos libros pervirtieron totalmente. Estaba lleno de la más sincera piedad; pero al mismo tiempo era aficionadísimo á leer, y leía sin discernimiento cuantos libros caían en sus manos: tropezó lastimosamente con alguno de aquellos que parecen haber sido vomitados por el infierno para pervertir la juventud. Al principio los manejaba sin conocer el peligro; pero poco á poco se aficionó á ellos y comenzó, digámoslo así, á tomarles el gusto. Desde esta época empezó á enfriarse en la piedad, dejó de acudir á los Sacramentos con aquella frecuencia que solía: y al cabo abandonó todas sus de-

vociones, y mudó enteramente de conducta. Los que velaban sobre su educación no sabían á qué atribuir tan repentina mudanza, y mucho más viendo que no iba con malas compañías, hasta que un día él mismo declaró impensadamente el motivo, propalando en la conversación una perniciosa máxima que había leído en un libro malo que citó. El superior del colegio que le oyó, fué inmediatamente á registrar su estante, en el que halló varias novelas y escritos escandalosos. Reprendióle severamente, y le hizo presente las funestas consecuencias de semejantes lecturas: convino en ello el joven, y aun confesó con sinceridad, que la lectura de estos libros perniciosos eran el origen de su depravación; pero como somos más inclinados al mal que al bien, se habían impreso tan profundamente en su ánimo las malas ideas que había absorbido de aquellos libros, que le costó muchísimo trabajo borrarlas de él, ó quizá jamás lo consiguió.

Me lisonjeo, amado Teótimo, que no te sucederá lo que á este infeliz joven; pero no respondo de tu virtud sino con tal que evites cuidadosamente la lectura de todo libro vicioso; porque producirá en tí los mismos efectos que ha producido en tantos jóvenes cuya perdición ha ocasionado.

La fábula nos cuenta que había en otro tiempo una fuente que volvía frenéticos á los que

bebían de sus aguas: esta fuente representa á lo vivo los malos libros, cuya lectura corrompe nuestro entendimiento y nuestro corazón.

Huye, pues, de ellos con el mismo horror que de un vaso emponzoñado. Míralos como otros tantos lazos armados contra tu inocencia; y si alguna vez llega alguno á tus manos, imita la conducta de aquel santo joven, que habiendo hallado un día una novela, apenas leyó su título cuando la arrojó al fuego, corrió á lavarse las manos sólo por haberla tocado por el forro, dando á entender con esto cuán persuadido estaba de que no hay cosa más perniciosa y más funesta á la inocencia, que los malos libros.

No faltará quien te diga para inclinarte á leerlos, que contienen cosas curiosas y bien escritas. Pero el veneno, por agradable que aparezca á los sentidos, no deja de ser veneno, y por esta misma circunstancia más peligroso; así, aunque sean capaces de excitar la curiosidad, debes huir de ellos como del fuego. Más te valdría permanecer toda tu vida en la más crasa ignorancia, que comprar la sabiduría á costa de tu inocencia; pero por mejor decir, no hallarás que aprender en esos malos libros, sino cosas que para siempre debieras ignorar. Te sucedería cuando los hubieses leído, lo que á nuestros primeros padres después de comer la fruta vedada. Creían que aquel fatal bocado

ilustraría su entendimiento. La infernal serpiente se lo había persuadido. *Seréis*, les había dicho, *como dioses y alcanzaréis la ciencia del bien y del mal*. Adán y Eva, fiados en su promesa, cogieron la dañosa fruta; pero apenas la probaron, cuando se vieron despojados de su inocencia y sumergidos en un abismo de ceguedad y miseria.

Tales serían igualmente, oh amado Teótimo, las consecuencias de tu curiosidad. No te dejes, pues, seducir como nuestros primeros padres por las vanas promesas del espíritu tentador. Tienes como ellos delante de tus ojos mil frutas exquisitas: esto es, una infinidad de buenos libros, de que puedes lícitamente disfrutar y que serán para tu alma un excelente alimento. Cíñete á estos; los demás son como la fruta vedada del paraíso terrenal, y puede decirse de ellos lo que Dios dijo á Adán de la tal fruta: *En el instante que la pruebes morirás*. Esto es, perderás la inocencia, que es la vida de tu alma.

Pero como á veces son estos libros perniciosos difíciles de distinguirse, y está oculto su veneno bajo un título engañoso que disimula su malicia, el partido más prudente para no engañarte, es el no leer ningún libro sin consultar antes con alguna persona ilustrada y virtuosa para saber si su lectura te será útil ó dañosa, y conformarte enteramente con su dic-

tamen. Sin esta sabia precaución te alucinaría fácilmente el falso resplandor de algunos libros que, al parecer, no pueden contener cosa alguna perniciosa; te aficionarías á ellos sin sospechar el peligro, y experimentarías la misma suerte que el imprudente niño, cuyo suceso voy á contar.

FÁBULA V

EL LABRADOR Y EL NIÑO

Lejos de maestros
Y libre del aula,
Contento un muchacho
El campo paseaba.

Viéndole cubierto
De bellas y extrañas
Flores, á cogerlas
Alegre se baja.

Llega á echar la mano
A una de las plantas,
Cuya flor hermosa
Los ojos encanta.

Un labrador viejo
Que al chico miraba,
Viéndole en peligro
De alguna desgracia,

Le grita al instante:
«Digo, camarada,
No toques las flores,

Que te saldrán caras.

Que hay muchas culebras
Bajo de las matas,
Y á los que las tocan
Dan crueles picadas.

¡Y cuántos muchachos,
Por tenerlo á chanza,
Sacaron las manos
Bien ensangrentadas!»

Al oír estas voces
El niño se espanta,
Y del prado ameno
Muy lejos se aparta.

Mas vuelto del susto,
Cobrando confianza,
Del rústico juzga
Que el dicho es patraña.

Que para burlarse
De su edad temprana
Lo inventó el buen tío,
Y así se abalanza

A coger las flores
Dando vueltas varias
Como mariposa
Que de una á otra pasa.

Una violeta
Va á coger gallardo,
Cuando una culebra
Su aguijón le clava.

Llorando se vuelve

El tontuelo á casa,
Dando con su ejemplo
Lección adaptada
 A jóvenes necios
Que su tiempo gastan
En leer libros llenos
De máximas malas,
 Que como las flores
A la vista agradan
Con hermoso estilo,
Con frases limadas;
 Mas debajo esconden
Sierpes enconadas,
Que á los que se acercan
Muerden y maltratan;
 Y al que se descuida,
Y luego no escapa,
Quitán venenosas
La vida del alma.

Me parece, amado Teótimo, que no debes hacer otra cosa más acertada, que entregarte al estudio, y sacrificar en su obsequio todo aquel tiempo de que puedas disponer: *el alma que no se ilustra, es como el cuerpo que no se alimenta.* La lectura recrea el espíritu, adorna la memoria y enriquece la imaginación; mas debes considerar, que el acierto consiste en la buena elección de los libros que has de leer, entre tantos como se reproducen en el teatro

del mundo. Te encargo, pues, no compres ninguno sin consultar al menos con un sugeto instruído, honrado y virtuoso; y ten entendido, *que la buena elección, y no la multitud de libros, es la que adorna y rectifica el entendimiento.*

CAPÍTULO VI

DE LAS OBLIGACIONES DE LOS NIÑOS PARA CON SUS PADRES

Tienes, oh amado Teótimo, un Dios á quien servir y una inocencia que conservar. Estas son dos obligaciones indispensables; pero aun hay otra no menos necesaria; esta es la de honrar á los padres, que te han dado la vida. Poco tendré que trabajar sin duda, para moverte á cumplir con ella: sé que lo contrario repugna á tu corazón. Por consiguiente, no trataré de esta importante materia precisamente para despertar en tí los afectos naturales en todo hijo bien inclinado, sino para animarte á conservarlos durante toda tu vida, porque no es de temer que faltes á esta obligación por ahora sino en adelante. Demasiado comunes son los ejemplos de hijos ingratos, que por su indocilidad y desagradecimiento han llenado de amargura la vida de aquellos á quienes debían la suya. No quiero citártelos; son monstruos que

horrorizan y merecen quedar sepultados en perpetuo olvido. Me mereces demasiado buen concepto para creerte capaz de imitarles. ¡Infelices! Más les valdría haber perecido en el vientre de su madre, que llenar su vida de amargura con una conducta indigna de un buen hijo.

Acuérdate, pues, que después de Dios á nadie debes amar y honrar tanto, como á los autores de tu nacimiento. Dios ha impuesto á todos los hombres esta obligación por medio de mandamiento expreso; pero, aun cuando no lo hubiera mandado de este modo, bastaba para hacerlo, saber que después de Dios les debes la vida, que te han cuidado en la niñez, que te han llevado en sus brazos, han enjugado tus lágrimas, te han alimentado y criado, que continúan velando sobre tu educación, destinando sus trabajos y sudores á prepararte un establecimiento ventajoso. Todos estos beneficios son otras tantas voces sonoras, que te dan á entender que debes excederte en amarlos, honrarlos y obedecerles. Jesucristo mismo nos ha dado este ejemplo de filial obediencia. Siendo dueño de cielos y tierra, estando todo sujeto á su imperio, lo estaba El mismo, como nos dice el Evangelio, á José y á María, su madre, habiendo pasado los primeros treinta años de su vida en su compañía, y únicamente ocupado en obedecerles.

Isaac, había dado ya en la antigua ley un ejemplo admirable de esta obediencia filial; porque habiéndole llevado su padre, Abraham, á un monte para sacrificarle, conforme á la orden que Dios le había dado, el virtuoso hijo luego que lo supo, se sujetó humildemente á su voluntad, se dejó atar sobre la pira, pronto á sufrir el golpe mortal que su padre iba á darle; pero Dios no quiso que recibiese la muerte en pago de tan generosa obediencia. Contento del sacrificio de su corazón, hizo oír su voz á Abraham, en el instante en que levantaba el brazo para herir aquella inocente víctima. Le prohibió sacrificarla, y en premio de su fidelidad, le prometió que derramaría sus bendiciones sobre Isaac, que le daría una descendencia tan numerosa como las estrellas del cielo, y que todas las naciones serían bendecidas en uno de sus descendientes.

Así se complace Dios en recompensar la sumisión de los hijos obedientes á sus padres; cuando, al contrario, hace llover castigos y maldiciones sobre aquellos que faltan á esta sagrada obligación. El ejemplo de Absalón prueba demasíadamente esta verdad. Este ingrato hijo llegó á tal extremo de indocilidad y de rebelión, que tomó las armas contra su padre, con ánimo de quitarle la vida. David se opuso á sus designios con las tropas que le quedaron fieles, recomendando con todo al ge-

neral de su ejército, que cuidase de conservar la vida á Absalón, en caso que se consiguiese alguna ventaja contra él; chocaron ambos ejércitos, y el de Absalón, aunque más numeroso, fué derrotado enteramente; el mismo joven príncipe se vió obligado á ponerse en salvo; pero al pasar montado en una velocísima mula, por debajo de un roble muy frondoso, su cabello, que era sumamente largo, se enredó en las ramas, y siguiendo la mula adelante quedó colgado de ellas, hasta que Joab, á pesar de las órdenes de David le atravesó con tres dardos el corazón, habiendo sin duda permitido Dios esta desobediencia del general, para castigar la rebelión y la ingratitud del malvado hijo.

Por aquí podrás conocer, amado Teótimo, cuán culpable es el hijo que desobedece á sus padres, y con cuánto horror has de mirar semejante conducta; pero no debes evitar con menos cuidado todo lo que puede ser contrario al respeto que merecen; tal fué el delito de Cam y el origen de todas sus desgracias. Este ingrato hijo tuvo el atrevimiento de burlarse de su padre, á pesar del ejemplo de sus hermanos que se portaron con el más profundo respeto; pero no quedó impune su delito, porque habiendo sabido Noé, luego que despertó, lo que había sucedido, fulminó las más terribles maldiciones contra el temerario Cam, pronosticando que se arrastraría siempre á los pies de sus

hermanos; y por el contrario, bendijo para siempre á Sem y á Jafet, y les prometió las mayores prosperidades. No dejó el Señor de ratificar las maldiciones y las promesas de Noé. Cam arrastró una vida miserable, oprimido de desgracia, que se extendió á toda su descendencia, al paso que sus hermanos fueron felices durante toda su vida y dejaron su dicha en herencia á sus descendientes.

Rara vez prosperan los malos hijos. No solamente son el objeto del desprecio y del aborrecimiento de los hombres de bien, sino que los vemos muchas veces experimentar calamidades, que son el justo castigo del poco respeto que han tenido á sus padres. Dios, al contrario, parece que se complace en derramar á manos llenas sus bendiciones sobre los hijos dóciles y virtuosos. Procura, pues, conseguirlas por medio de una conducta de buen hijo; ten presente que el que falta al respeto debido á sus padres, falta de algún modo al que debe á Dios, pues hacen sus veces respecto de nosotros.

Pero no basta obedecerles y respetarlos, además es preciso amarlos tierna y sinceramente, evitar en consecuencia lo que puede desagradarles; procurar de complacerles, consolarlos en sus aflicciones y asistirles en sus necesidades, siempre que hayan menester socorro. Los gentiles mismos nos han dado los más admirables ejemplos de este amor filial. Podrás cono-

cerlo por este rasgo que se halla en la historia del Japón, en el cual, prescindiendo de la mentira de que se echó mano, y que no puede aprobarse, brilla la mayor heroicidad.

Una mujer quedó viuda con tres hijos varones, y no tenía otro socorro que el que ellos le suministraban con su trabajo. Los tres eran idólatras, y viendo estos jóvenes, que, ó por falta de ocasión, ó por no haberse acostumbrado desde pequeños al trabajo, no ganaban lo suficiente, tomaron la más extraña resolución. Se había publicado, poco había, un edicto, declarando que cualquiera que prendiese á un ladrón y lo presentase al magistrado, se le daría una suma considerable. Los tres hermanos, aun más afligidos por la miseria de su madre que de la suya propia, convinieron entre sí que uno de los tres haría el papel de ladrón, y que los otros dos le presentarían al juez. Echan suertes para ver cuál de ellos ha de ser víctima del amor filial: cae sobre el más joven, que se deja atar y llevar como un delincuente; tómasele declaración, confiesa que ha robado, condúcesele inmediatamente á la cárcel, y reciben sus hermanos la prometida suma; éstos, antes de volver á su casa, hallan medio para entrar á verle en la prisión, y creyendo estar solos, comienzan á abrazarle tiernamente, derramando infinitas lágrimas antes de separarse de él. El magistrado, que por casualidad estaba en pa-

raje en donde sin ser visto era testigo del lance, se admira extraordinariamente de ver á un delincuente tan estrechamente unido con los que le habían entregado á la justicia: llama inmediatamente á uno de sus dependientes, le da orden de que siga á los delatores hasta la casa donde fuesen á parar, y que no les pierda de vista hasta que esté completamente instruído de todo lo necesario, para descifrar un suceso tan extraordinario como el que acababa de presenciar. El ministro obedece puntualmente, y hechas todas las diligencias que había mandado, vuelve á decir á su superior, que habiendo visto entrar á los dos hermanos en una casa, y acercándose á escuchar, le había oído contar á su madre todo lo que acabo de decir: que la pobre mujer al oír esta noticia, prorrumpiendo en las más lastimosas quejas, había dicho á sus hijos que devolviesen inmediatamente el dinero recibido, porque más quería morir de hambre que conservar la vida á costa de la de su hijo. El juez, más admirado al oír esta relación, manda venir al preso, le toma nueva declaración sobre los supuestos robos, y le hace varias preguntas para ver si se corta en alguna. Viendo, en fin, que todas sus respuestas concordaban perfectamente y que era inútil su trabajo, le declara lo que sabe y le obliga con esto á confesarlo todo. Apenas oye la verdad, cuando pasa á hacer relación de todo al Empe-

rador, que admirado de tan heroica acción, quiso ver á los tres hermanos, los llenó de agasajos, señaló al más joven mil quinientos escudos de renta anual, y quinientos á cada uno de los otros.

El pasaje que voy á contar, no es menos admirable que el que acabas de leer. Durante la guerra civil que dividió á los romanos en tiempo de Augusto y Marco Antonio, Metelo y su hijo se separaron, y abrazaron distintos partidos. El padre siguió á Marco Antonio, y el hijo se declaró por Augusto. Habiendo éste vencido al primero en la batalla de Actium, Metelo fué hecho prisionero con otros muchos y presentado con ellos á Augusto. Estaba tan desfigurado con las fatigas de la guerra y con las incomodidades de su prisión, que apenas parecía el mismo; pero su hijo no le desconoció; apenas le vió se arrojó á sus brazos, le bañó en lágrimas el rostro, y temiendo que Augusto le hiciese experimentar todo el rigor de su venganza, le habló de esta manera: *Señor, aquí tenéis mi padre á vuestros pies: convengo desde luego, en que ha merecido vuestra indignación por haber tomado las armas contra vos; pero también sabéis que por mi parte merezco algún premio por haber seguido fielmente vuestras banderas; dignaos, pues, concederme la gracia que voy á pedir. No pretendo que dejéis de satisfacer vuestra venganza ni que quede impune su delito;*

lo único que os suplico es que deis á mi padre el premio que á mí se me debe, y que me hagáis sufrir en lugar suyo los castigos y la muerte que habia de padecer. No fueron vanos los ruegos y las lágrimas de este buen hijo; porque Augusto, enternecido del amor que manifestaba á su padre, aunque muy irritado contra Metelo, inmediatamente le perdonó y le concedió la libertad.

Pudiera traer aquí otros muchos sucesos semejantes de que hace mención la historia; pero es inútil amontonarlos. No necesito persuadirte que sería cosa indigna de un cristiano el ser tan inferior á los gentiles en el cumplimiento de tan sagrada obligación; pues que además de la voz de la naturaleza, que nos habla como á ellos, tenemos el mandamiento expreso de Dios que nos obliga á honrar los autores de nuestro nacimiento. No es regular que te encuentres en tales circunstancias, que te veas precisado á exponer la vida para conservar la de tus padres, como los generosos hijos de que acabamos de hablar, y por lo mismo no trato de esto; lo que quiero de tí es que les obedezcas prontamente, que oigas sus consejos con entera docilidad, que jamás les hables sino con un profundo respeto, que te esmeres en complacerles en todo, y que evites cuidadosamente lo que pueda desagradarles.

Tal era la conducta del joven príncipe á

quien perdió hace algunos años la Francia, y cuya pérdida jamás llorará bastante. Se resistía un día á hacer una cosa que se le mandaba, y habiéndosele dicho que su desobediencia desagradaría quizás á su padre, bastó esto sólo para que venciése su repugnancia y exclamase al instante: *Que papá no se enfade, que no se enfade, que ya haré todo lo que quiera.*

Tal debe ser la conducta de todo hijo bien criado. Cualquiera que falta al respeto, á la obediencia y al amor que debe á los que le han dado el ser, no merece el título de cristiano ni el de hombre; debe ser mirado como un aborrecible monstruo, indigno de vivir entre los hombres.

CAPÍTULO VII

DE LAS OBLIGACIONES DE LOS NIÑOS PARA CON AQUELLOS
QUE ESTÁN ENCARGADOS DE SU EDUCACIÓN

Las obligaciones de un discípulo para con los que están encargados de su educación, son á poca diferencia las mismas que las de un hijo respecto de sus padres, pues el maestro debe considerarse como un segundo padre. Tal era el concepto en que tenía Alejandro á su preceptor Aristóteles: decía muchas veces que no debía menos á éste que á Filipo su padre, pues que si éste le había dado la vida, Aristóteles

le había enseñado á usar bien de ella. En los mismos términos hablaba el hijo de Cicerón de su maestro Gratipo. *Sabe, escribía á uno de sus amigos, que profeso á Gratipo el mismo amor que un hijo á su padre; no sólo tengo el mayor gusto de oírle hablar en público, sino que miro como una de mis obligaciones el conversar particularmente con él, y paso muchas veces días y noches en su compañía.*

Con esta misma disposición debes, oh amado Teótimo, mirar á tus maestros. Has de considerarlos como tus bienhechores, y profesarles el amor más sincero y el más vivo reconocimiento; sería preciso no tener corazón ó tenerlo pervertido para faltar á esta obligación. La educación es el mayor de todos los beneficios: cuando salimos de manos de la naturaleza, somos como un pedazo de jaspe en bruto y sin forma alguna: para ser tales como debemos ser, es menester que nos dirijan, que nos instruyan y que nos ilustren, del mismo modo que para hacer una hermosa estatua es preciso que trabajen y pulan el jaspe; y siendo así que nuestros maestros nos hacen una buena obra, inspirándonos virtudes que dan forma á nuestro corazón, y comunicándonos conocimientos que ilustran nuestro entendimiento, ¿qué amor, qué reconocimiento no les debemos por tan importante beneficio? El emperador Marco Aurelio estaba tan penetrado de este agradeci-

miento, que se dejó llevar de él hasta el extremo muy reprehensible, como el de hacer colocar las estatuas de sus preceptores entre las de sus dioses, y sacrificar todos los años víctimas sobre sus sepulcros. Hasta los mismos animales nos han dado muchas veces ejemplos del amor y del agradecimiento que debemos á nuestros maestros. Vióse en otro tiempo en Roma un león hambriento acariciar y defender en el anfiteatro á un esclavo que había sido sentenciado á ser devorado por las fieras. Preguntado por el emperador, que estaba presente, la causa de un suceso tan extraordinario, declaró el esclavo, que habiendo encontrado algunos años antes en un bosque de Africa á aquel león que entonces era joven, estropeado, y que no podía andar sino arrastrando, á causa de tener una espina clavada en el pie, se determinó á sacársela: de resultas de lo cual el animal le hizo mil caricias, y con ellas le obligó, hallándose como estaba fugitivo y sin recursos, á acompañarle á su cueva, en donde se alimentó algún tiempo de la caza que el león le traía; que después, cansado de aquella vida silvestre, se separó del animal, y vino á parar al estado en que se hallaba; que el león le había conocido, y que esta era la razón de las caricias que le había hecho y del amor con que le miraba. El emperador enternecido dió vida y libertad al esclavo, y le regaló el león.

¿Y qué es el beneficio hecho al león en comparación de los que recibes de tus maestros? ¿Cuántas espinas y abrojos no arrancan de tu corazón? ¿Qué diligencia omiten para alimentar tu entendimiento y tu voluntad con las más saludables máximas? ¿No serías, pues, más insensible que los mismos animales, si correspondieses á sus beneficios con la indiferencia y la ingratitud? ¿Si siguieses el ejemplo de tantos jóvenes, que apenas han acabado sus estudios cuando se precian de desconocer, y muchas veces de despreciar á aquellos que no han perdonado cuidado ni fatiga para educarlos? ¿Si hicieses, como ellos, uso de la lengua, que por decirlo así ellos han desatado, para zaherirlos y despedazarlos? ¡Ah! Si yo te creyera capaz de semejante vileza, no te miraría ya sino como á un infame; pues que no hay cosa más indigna del hombre que la ingratitud, y sobre todo respecto de aquellos de quienes se ha recibido un beneficio tan grande como el de la educación.

Pero no; tengo demasiado buen concepto de tí para dar acceso á una sospecha tan injuriosa á tu corazón. Me contento solamente con precaverte contra una cosa que podría entibiar el amor y reconocimiento que debes profesar á tus maestros: esta es la severidad de que quizás se verán precisados á usar contigo; porque como ya es sabido que una ligera re-

prensión basta para hacer olvidar los favores recibidos, su justa severidad es también suficiente para que sin motivo, los miren más como enemigos que como á bienhechores. Hé aquí una fábula que te dará á conocer cómo debes pensar en este punto, si alguna vez te hallas en semejante situación.

FÁBULA VI

LA VIÑA Y EL LABRADOR

Cierto día una viña se quejaba
Al labrador que en ella trabajaba
De que cortase sin reparo alguno
Los vástagos que lejos de servirla,
Sólo crecían para destruirla
Y ocupar el terreno inútilmente.
Llorábalos la pobre uno por uno
Como hijos malogrados; impaciente
Al labrador volviéndose decía:
«¿Por qué conmigo usar tal tiranía?
Si me estimas, si yo de tus sudores
Soy objeto, ¿por qué de los mejores
Renuevos de mis vástagos lozanos
Me despojan tus brazos inhumanos?
Tú sin duda no me amas,
Pues no haces de mis lágrimas aprecio.»
El rústico prudente le responde:
«¿Qué mal tu amarga queja corresponde
A mi bondad! Tú juzgas que esas ramas

Corto yo por malicia ó por desprecio;
Pues á esta operación tan dolorosa
Tu interés sólo mi cuchilla guía:
Si ese ramaje inútil no cortase,
Quedando al parecer bella y pomposa,
Te hallarías estéril algún día
Sin poder producir frutos ni flores
Y expuesta á que tu dueño te arrancase;
Cuando por el contrario, padeciendo
Esos breves dolores,
Te encontrarás sana,
Tan fértil y lozana,
Que juzgará que Baco por su mano
A cuidarte y labrarte está atendiendo.»
En este símil tan sencillo y llano
Ved, jóvenes, lo que hacen los maestros
Que cuidan de educaros santamente;
Si alguna vez cual labradores diestros
Al parecer os tratan duramente,
Sabed, si tenéis juicio,
Que es sólo para haceros beneficio.

Sí, amado Teótimo, puedes estar siempre seguro de que la severidad de tus maestros no tiene otro móvil que el celo con que miran tus intereses. No se irritan contra tí sino contra tus defectos: desean precaver los daños que esta mala semilla puede causarte en adelante si se deja arraigar en tu alma. Llegará el día en que conozcas cuánta razón tenían para

Al principio resiste firmemente
Al dolor; mas después que hubo llegado
A cortar en lo vivo, se enfurece,
Y mirando con vista encarnizada
Al maestro, lo llena de baldones
Llamándole verdugo carnicero
Y asesino cruel, jura y ofrece
Tenerle odio mortal; la comenzada
Curación, despreciando sus razones,
Sigue el buen operario muy ligero.
Acaba en fin; le venda, y ordenado
El método á que debía arreglarse
Hasta estar totalmente mejorado,
Se despide: el enfermo brevemente
Cobra más fuerza, y al octavo día
Se ve en estado ya de levantarse;
Pónesele su bienhechor enfrente,
Y le dice: «Aquí tiene usted el tirano
Asesino que tanto aborrecía,
Y esta es la impía mano
Que á usted atormentó tan duramente:
Ahora puede vengarse fácilmente.»
«¡Qué venganza! Por mucho que yo hiciera,
Dice el convaleciente agradecido,
No sería posible correspondiera
Al singular favor que á usted he debido:
Usted es mi tierno amigo, y sólo siento
Los injustos baldones
Que dije en fuerza del dolor violento
Que delirar me hacía:

Si atendiendo á mis quejas infundadas
Se hubiera usted andado en compasiones,
En este instante ya pasado habría
De Aqueronte (1) las aguas enlutadas.
Debo á usted en fin mi vida,
Y esta deuda preciosa en mi memoria
Eternamente quedará esculpida.»
Le abraza al decir esto cariñoso,
Y premia sus fatigas generoso.

Jóvenes, aprended en esta historia
Lo que debéis vosotros á un celoso
Maestro; si cumpliendo con su oficio
Vuestros deseos corta y os maltrata,
Os llenáis de furor; mas algún día
Del prudente rigor con que ahora os trata,
Como el más insigne beneficio
Le daréis gracias llenos de alegría.

No creas, amado Teótimo, que te engaño
con suposiciones. La experiencia demuestra
todos los días lo que te acabo de decir. Vemos
regularmente que aquellos que han sido tra-
tados con más rigor durante su niñez, son los
que manifiestan más agradecimiento á sus
maestros, porque conocen que les deben tanto
más amor, cuanto con más severidad han co-

(1) Aqueronte, río también del infierno, según los poetas. La expresión en que se nombra, quiere decir, que hubiera muerto, á no ser por la firmeza del médico.

rregido sus defectos. Preguntándole un día al joven duque de Borgoña á cuál de sus tres ayudas de cámara quería más, respondió: *A Fulano, porque nada me disimulaba durante mi niñez, é inmediatamente daba cuenta de cualquiera falta mía para que me corrigiesen.* Acostúmbrate, pues, al ejemplo de este príncipe, á amar á los que procuran tu enmienda, aunque algunas veces te incomoden. Por lo regular son más saludables las correcciones que las caricias y lisonjas. La condescendencia sólo sirve para fomentar y perpetuar defectos que una prudente severidad destruiría: es verdad que nos enseña la fábula siguiente.

FÁBULA VIII

EL NIÑO ENFERMO

Un chico de su madre idolatrado,
Y por tanto si es no es voluntarioso,
Con motivo de fiesta salió un día
Del encierro en que Apolo (1) le tenía,
Pasólo con su madre tan mimado,
Que al remolón se le hizo muy penoso
El volverse tan pronto á su colegio:
Faltábale pretexto; y al instante
Se halló en la faltriquera
Una de aquellas indisposiciones

(1) Apolo, según la fábula era el dios de las ciencias, y así quiere decir esta expresión que salió del colegio en que estudiaba.

Que suele padecer por privilegio
Para no trabajar Juan estudiante.
De marchar llega la hora lastimera:
Pierde el color; pondera desazones
En todo el cuerpo; muelas y costado
Le duelen; y aun se siente incomodado
Del brazo. ¿El brazo á más? ¡Ay pobrecito!
Aunque traga platos con la vista,
Se queja que ha perdido el apetito;
La pobre madre acongojada y lista
Sus lágrimas enjuga, y prontamente
Manda venir los médicos á pares:
Cada Galeno (1) acude diligente,
Armado de recetas singulares
Para el lance cruel; la madre tierna
Les hace una patética pintura
De aquella horrible enfermedad interna.
Le pulsán, y aunque no hallan calentura,
Fruncen las cejas: hílanse los sesos
Hablando largamente
Del mal, de sus principios y progresos:
Y después de un examen diligente
Conviene en que debe manejarse
Con cuidado, y que el enfermo ha de purgarse:
Nuestro tuno al oler la fastidiosa,
Diabólica poción que le revuelve
Las tripas, de otro lado se les vuelve.

(1) Galeno fué un famoso médico antiguo, y se da aquí por ironía su nombre á los médicos, cuya imprudente conducta y ninguna ciencia resultan del contexto de la fábula.

Grita, se desespera y se lamenta;
La madre á que la tome cuidadosa
Le persuade y alienta:
Mas viendo que el bribón se niega á todo,
Hace traer de dulces y bizcochos
Un azafate, á ver si de este modo
Puede vencerle; el pillo al ver los chochos
Se anima un poco, se los va zampando,
Y al paso que los come mejorando;
Dícelo así á su madre, que orgullosa
Al ver de esta receta prodigiosa
La eficacia divina,
Luego envía á escardar la medicina:
Arroja alegre la bebida amarga,
Y al chiquillo de dulces le rellena.
El pícaro se ríe á boca llena
De la buena mamá tan engañada,
Y la sabrosa enfermedad alarga:
Nunca hubiera llegado á ser curado,
Si el padre, que era un viejo marrullero
Y con sus hijos nada zalamero,
No hubiera por fortuna aparecido.
Ve, examina el paciente, y en la cara
Conoce luego la enfermedad rara,
Que en español se llama picardía.
De semejantes chanzas mal sufrido,
«Señorito, le dice, salga usía
De esa cama al instante, y á la escuela
Marche sin detenerse, si no quiere
Que le quede «seña mientras viviere.»»

El señorito calla y obedece,
Aunque allá dentro se condena y vuela
Al ver que á lo mejor se desvanece,
Su sistema tan bien imaginado.
No tardó mucho el holgazán taimado
En cansarse de temas y lecciones
Y en suspirar los dulces y roscones.
Vuelve á dar el accidente fiero;
Toma el padre el partido
De apartar á la madre de la cama
De nuestro enfermo, y en su lugar llama
Un preceptor austero,
Que haga dar á aquel hijo tan querido
No dulces sino caldo fastidioso
Y alguna lavativa,
Para que no ande el vientre perezoso.
En fin le hace guardar dieta severa:
Viendo el enfermo que de veras iba
La fiesta, hace mudanza, se remedia
El terrible accidente, salta fuera
De la cama molido y fastidiado
De verse muerto de hambre y jaropeado,
Y da fin renunciando á la comedia.
Quedó la madre muy bien enterada,
De que si la bondad es demasiada,
Del ánimo los males acrecienta,
Y que un rigor prudente los abuyenta.

* Habiendo tratado en los dos últimos capítulos de las obligaciones que tienen los niños con

sus padres y con aquellas personas encargadas de su educación, creo, amado Teótimo, muy oportuno hablarte en este lugar de las obligaciones que debemos á la patria y que contraemos desde que nacemos, para que puedas formar alguna idea del aprecio y amor que se merece. Seré muy breve. La patria, querido Teótimo, es aquella digna y amable madre común, que desde los primeros instantes de nuestra vitalidad nos recibe y acoge en su dulce seno, nos acaricia como á sus tiernos y queridos hijos, y nos protege, auxilia y socorre como á sus caros súbditos. ¿Cuáles, pues, deberán ser, los sentimientos de reconocimiento, aprecio, amor y gratitud con que debemos corresponderla? Desde que la Sabiduría infinita, por un efecto de los eternos é incomprensibles arcanos de su providencia, dispuso y decretó que naciésemos en un reino, más bien que en otro, quiso asimismo que el lugar de nuestro nacimiento fuese privilegiado en nuestro amor, y grabó este sentimiento de tal forma en nuestra alma, que no existe hombre alguno que no sea naturalmente patriota. Esta dulce impresión unida á nuestro corazón por el soberano Autor de la naturaleza y de la gracia, parece que se vigoriza y consolida más y más entre aquellos súbditos que profesan una misma religión, obedecen á un mismo gobierno, observan unas mismas leyes, conservan los mismos usos

y costumbres y tienen un propio lenguaje.

Esta preciosa investidura de ciudadanos que recibimos en nuestra primera existencia; este sublime y distinguido título grabado en nuestro corazón desde los primeros albores de su vitalidad; el honor nacional y cuanto hay de sagrado en el hombre, no sólo nos recuerda, sino que nos impone la más estrecha y rigurosa obligación de consagrar en servicio de la patria nuestros intereses, honores, comodidades, fortuna y cuanto valemos y podemos, para emplearlo todo en su socorro. Nos recuerda que la sangre misma que circula en nuestras venas es patrimonio de la patria, y tiene legítimo derecho para mandarla derramar. Sí, amado Teótimo; nuestra vida es muy inferior al honor de morir por la patria: esta suerte es una gloria que nos inmortaliza, y una luz que brilla y sobrevive á la oscuridad de los tiempos. *Indigno es, pues, hasta de respirar el que falta á los deberes de ciudadano.*

CAPÍTULO VIII

DE LA DOCILIDAD

No basta, oh amado Teótimo, tener respeto, amor y reconocimiento á los que trabajan en tu educación, es preciso además ser dócil á sus

consejos é instrucciones; la docilidad debe considerarse como la principal obligación de los discípulos para con sus maestros; estos son tus guías, y así te has de dejar gobernar por ellos. Sus luces son superiores á las tuyas, por lo que te tiene cuenta preferir sus consejos á tus propias ideas. Cuando tus padres te han entregado á su cuidado, ha sido para que les obedezcas en todo, y así faltarías á la sumisión que debes á aquellos, si resistieses á la voluntad de los que hacen sus veces.

Todas estas razones deben darte á conocer cuán justa y razonable es tu docilidad para los que están encargados de tu enseñanza. El joven duque de Borgoña estaba bien persuadido de esta verdad, aunque elevado por su nacimiento á una clase que parece le dispensaba de la regular docilidad que deben tener los demás niños con sus maestros. Sucedió un día que en el calor de una disputa contradijo á su ayo, y aun se le escapó el decirle: *Veremos quién de los dos tendrá razón*, pero reflexionando en el instante que esta expresión era contraria á la obediencia y docilidad que le debía, añadió inmediatamente: *Sin duda será usted, porque tiene usted más raciocinio que yo.*

Los discípulos de Pitágoras no se preciaban menos de su docilidad. Miraban todas sus palabras como oráculos de que no les era lícito dudar, y cuando alguno quería oponerse á sus

máximas, no le daban otra respuesta que ésta: *El Maestro lo ha dicho: Magister dixit.* Sería de desear que todos los niños usasen en el día de la misma expresión; pero están muy lejos de tal docilidad para con sus maestros. En lugar de este racional obsequio, no se observa en la mayor parte de ellos sino murmuraciones, desobediencias y rebeldías. Basta muchas veces que se les mande una cosa para que se empeñen en no hacerla. ¿Y nos admiraremos después de que adelanten tan poco en las ciencias y en la virtud?

¿Qué dirías de un caminante que tomando un guía para dirigirle en su viaje, se obstinase en no tomar el camino que le señalara, y se metiese siguiendo su propio capricho por sendas desconocidas? Sin duda le tendrías por un insensato, que precisamente se había de perder, sin poder llegar jamás al término que se proponía. Pues este caminante es viva imagen de un niño indócil, que sin atender á los prudentes consejos de sus maestros, quiere guiarse sólo por su capricho, y seguir en todo su propia voluntad. ¿Y se podrá esperar de tales antecedentes que consiga una buena educación? El por sí no es capaz de gobernarse á sí mismo; por otra parte no quiere dejarse dirigir por los que tienen más conocimientos y experiencia que él, con que precisamente se ha de perder, y ha de experimentar la funesta suerte de una

mariposa joven cuyo suceso te servirá de instrucción, y te dará á conocer las tristes consecuencias de la indocilidad.

FÁBULA IX.

LA MARIPOSA JOVEN Y VIEJA

Una mariposa vieja
En el mundo muy curtida,
Porque no muriese asada
A su hija le repetía:
«Huye esa engañosa llama
Que parece que convida
Con su belleza y destruye
A todo el que se le arrima:
Yo misma por ser curiosa,
Acercándome atrevida,
Saqué y aun fué gran fortuna,
Éstas alas consumidas.
Y si como otras sin juicio
Me descuidara en huirla,
Seguramente como ellas
Perdido hubiera la vida.»
Obedecer la promete
Amedrantada la niña;
Mas dentro de poco rato
Hablando consigo misma
Decía: «¿Por qué mi madre
De tal modo me intimida
Para que esa luz no vea,

Cuyo brillo al mundo hechiza?
¡Qué resplandor tan hermoso!
¡Vaya que es cosa muy linda!
¡En verdad que son los viejos
Extremos de cobardía!
Les parece un elefante
Cualquier mosca pequeñita,
Y un gigante todo enano
Si fiamos en su vista.
¿Qué mal puede resultarme,
Por más que cante la tía,
De acercarme con cautela?
¿Que soy yo alguna bobilla?
Con eso daré razón
A todas las demas chicas,
Sin aventurarme mucho,
De esas luces tan bonitas.»
Decir esto y acercarse
Fué toda una cosa misma;
Al rededor de la luz
La tonta mariposilla
Comenzó á revolotear;
Al principio no sentía
Más que un calor agradable;
Esto mismo la incita
A que se fie, y gozosa
Cada vez más se aproxima;
Hasta que al fin deslumbrada,
Al dar una vuelta lista
De aquella pérvida llama

Al centro se precipita,
Y sin poderse valer
Acaba su triste vida.

Tal pena el desobediente
Tiene muy bien merecida.

Acuérdate bien de esta lección, amado Teótimo, y jamás dudes de que la indocilidad es siempre funesta á los niños que se niegan á las luces de sus guías para arreglar su conducta. Si no les arrastra en todas ocasiones á los mayores desórdenes, les impide cuando menos adelantar en las ciencias y cultivar su ingenio. Porque un niño que se está educando é instruyendo, es como un fogoso potro que se está domando. Aunque se ponga un animal de esta especie en manos del más hábil picador, si se obstina en sacudir el freno, en empinarse, en retirarse y negarse á andar á la cuerda, y hacer las demás evoluciones á que se le quiere sujetar, á pesar de todos los sudores del picador, jamás servirá para cosa alguna. Espárzase la mejor simiente en un campo fértil; si la tierra no la recibe en su interior, si no se pone cuidado en cubrirla para que fermente y nazca, será enteramente inútil, y el campo no producirá fruto alguno. Puede, pues, aplicarse lo que digo de este campo á cualquier niño indócil. En vano se esparcen en su ánimo las semillas de las ciencias y de la virtud, en vano

se le dan las más saludables instrucciones; si no coopera con su docilidad á los cuidados de sus maestros, serán vanas é inútiles sus fatigas, y totalmente infructuosa su enseñanza. ¿Quieres ver otro símil que te dé á conocer mejor la importancia de la docilidad? Toma un pedazo de hierro, mira si lo puedes ablandar y verás como no lo consigues: su dureza, superior á tus esfuerzos, opondrá un obstáculo invencible á tus deseos. Toma al contrario un poco de barro ó de cera; verás con qué facilidad lo ablandas y formas cualquier figura. Y ¿en qué consiste esta diferencia? ¿En qué ha de consistir, sino en que la cera es dócil á todas las impresiones que se le dan, y el hierro, al contrario, inflexible? Por esta razón con este metal nada podrás hacer, y con la cera harás todo lo que te ocurra. Es tan clara la explicación de este símil, que no necesita indicarse. Ya conocerás que el hierro representa al muchacho indócil, y la cera al que es obediente. De esta misma comparación se valió en otro tiempo un prudente maestro para reprender la desobediencia de su discípulo. Hé aquí el suceso:

FÁBULA X

EL MAESTRO Y EL DISCÍPULO

Cierto chiquillo indócil y travieso
Del griego y del latín poco cuidaba,
Pero sí de enredar cuando se hallaba
En el aula, en lugar de estar atento
A la lección, formando con gran seso,
Para no estar ocioso,
Mil figuras, mil títeres con cera;
Nota el divertimento
El maestro, que en la escuela un Argos (1) era,
Le riñe ásperamente: él con reposo
Oye el sermón, que entra por un oído,
Y por el otro sale en el instante;
Vuelve á su cera el inmediato día,
Su fábrica de monos proseguía
A pesar de castigos y sermones:
Viendo el maestro que se llevaba el viento
Sus zurras y razones,
De otro modo pensó tomar el tiento
Al tozudo muchacho; unas barritas
De hierro recogió, y cierta mañana
Cuando el tuno labraba con más gana
De cera las famosas figuritas,
«Vaya, le dice, que eres industrial;
Lástima es que no seas más juicioso.

(1) Expresión mitológica; se alude aquí al dios Argos, que tenía cien ojos.

Siquiera si esos títeres hicieras
Con este hierro, en mi concepto fueras
Hombre útil, y jamás te reñiría
Por malgastar el tiempo inútilmente,
Como la cera, que eso es niñería.»
«¿No vé usted, le responde prontamente,
Que eso me es imposible?
La cera es blanda y á las manos cede,
Cuando al contrario el hierro es inflexible;
Ablándemelo usted si acaso puede
Como la cera, y quedará servido.»
«Muy bien te explicas, replicó el maestro,
Hablas como hombre en la materia diestro:
Pues con todo, á pesar de su dureza
Que el hierro tiene por naturaleza,
Se labra, más no hay fuerza que consiga
Dar forma alguna al ánimo obstinado
De un niño á sus violentos
Caprichos entregado;
Y así, si quieres que útilmente siga
En pulir tus costumbres y talentos,
En adelante sé para conmigo
Blando como la cera lo es contigo.»

No menos que al tal niño se dirige á tí esta
lección, oh amado Teótimo: aprovéchate de
ella y guárdate de imitar la conducta de aque-
llos muchachos indóciles, que parece que no
tienen mayor gusto que el de oponerse en to-
do á la voluntad de sus maestros, sin que las

amonestaciones y castigos puedan hacerles ceder. No hay cosa más odiosa que esta especie de rebeldía, pues es señal característica de un entendimiento zurdo, de un mal corazón y de un carácter obstinado é inflexible. Debe perdonarse fácilmente una inadvertencia, un ímpetu, un primer movimiento; pero no una indocilidad continua. Cualquier niño que persevera en su rebeldía, es reputado por indigno de toda consideración, y abandonado á su perverso carácter: cuando al contrario nadie puede dejar de querer á un niño dócil, todo el mundo se deleita en instruirle y se esmera en atenderle, porque vé que las lecciones que se le dan, semejantes á la simiente que cae en buena tierra, producirán ciento por uno.

Mira, pues, como una de tus principales obligaciones es acomodarse al dictamen de tus maestros en todo lo tocante á tus estudios y conducta. Ponte en sus manos como barro en las del artífice, que le hace tomar la figura que quiere. Al principio te costará dificultad; pero quedarás bien pagado de la violencia que te hagas, por las ventajas que sacarás de tu docilidad, esto es, por el amor y la estimación de tus maestros, por la satisfacción de tus padres y por los progresos que harás en las ciencias y en el camino de la virtud; además que esta sujeción no ha de durar siempre. Llegará tiempo en que gozarás de la libertad sin estar

expuesto á ella. Pero por ahora es absolutamente preciso que estés sujeto á la autoridad de las sabias personas que están encargadas de tu educación. Si estuvieses entregado á tí mismo, te dejarías arrastrar infaliblemente por tus deseos y llegarías á conocer, aunque tarde, que la libertad era para tí mil veces más funesta que la suave sujeción en que vives. Te daré á conocer mejor esta verdad por medio de la siguiente fábula que dará fin al capítulo.

FÁBULA XI

EL CANARIO

Prisionero se hallaba
Un canario pulido,
Y aunque en dorada cárcel
Lloraba el pobrecito
 Su libertad perdida,
Sin servirle de alivio
De su ama enamorada
Los halagos y mimos.
 En vano le repite
Que en aquel dulce nido
Está libre del fiero
Gavilán enemigo;
 Le fastidia el azúcar,
Le cansa el organillo
Destinado á enseñarle,
Emulo de sus trinos;

Las olorosas flores,
Romeros y tomillos
Con que su jaula adornan
Por verle divertido,
Sirven sólo de cebo
A su corazoncito
Para tener del campo
Deseos más vivos.

En su lengua decía
El simple pajarillo:
¿Qué aprovechan adornos
A un infeliz cautivo?

La libertad deseo,
La realidad suspiro,
No apariencias que sirven
Sólo á dorar los grillos.

Cuando así discurría,
Le trae un bizcochito
Su cariñosa dueña:
Mas por fatal olvido

De la prisión la puerta
Deja sin el pestillo:
Apenas la vé ausente
El pájaro atrevido,

Cuando sin acordarse
De los tiernos cariños
Y regalos de su ama
Ni de sus beneficios,

Sin despedirse vuela
Por los aires muy listo,

Muy gozoso de verse,
Dueño de su albedrío.

Sobre un tejado forma
Proyectos los más lindos,
Cuenta vivir dichoso
Lleno de regocijo.

Mas cuenta sin un gato
Que le acecha escondido,
Y con uñas crueles
Dá fin á sus delirios.

Desconfiemos siempre
Del grato atractivo
Con que suele una falsa
Libertad seducirnos:

La sujeción prudente,
Lejos de hacer perjuicio
Al hombre, le liberta
De riesgos infinitos.

Creo, amado Teótimo, que no se puede desear una instrucción más expresiva que la apreciable que se contiene en este capítulo. En él se ha demostrado con doctrinas sólidas, y con repetidos ejemplos, la necesidad de que los discípulos sean dóciles á los consejos de sus maestros, y se dejen conducir por aquellas superiores luces que han adquirido con la aplicación y la experiencia, abandonando los caprichos y todas aquellas ideas desordenadas que les arrastrarían al precipicio, y produci-

rían en su tierno corazón las más funestas consecuencias. Desgraciado el discípulo que se olvida de estas importantes verdades, porque entonces recaerá sobre él aquella terrible sentencia del Espíritu Santo: *Tendrá muerte repentina, y nunca será sano aquel que con dura cerviz desprecia al que le corrige. La vara y la corrección dan sabiduría; mas el niño que se abandona á su propia voluntad será el oprobio de su madre. Al soberbio sigue la humillación; al dócil y humilde de corazón la verdadera gloria.*

CAPÍTULO IX

DE LAS OBLIGACIONES DE LOS NIÑOS PARA CON SUS IGUALES

Después de tus padres y maestros, tus compañeros é iguales son los que tienen más relaciones contigo, y te importa mucho lograr su estimación, pues de esto depende tu quietud y la felicidad de tu vida. Es cosa muy desagradable el verse continuamente expuesto á las burlas y desprecio de aquellos con quienes tenemos precisión de vivir, y esto te sucedería si no tuvieses cuidado de arreglar tu conducta para con tus iguales y de evitar ciertos defectos que te atraerían su aborrecimiento

y desprecio. Todos estos defectos pueden reducirse á tres puntos principales, que son, por decirlo así, las fuentes de donde nacen todas las enemistades y disensiones que reinan entre los niños.

El primero es la soberbia, que hace que nos estimemos más que á los otros, y que los miremos con desprecio; y por lo regular se funda en atribuirnos ó más talento, ó más ilustre cuna: no puedo ponderarte, amado Teótimo, cuán contrario es semejante modo de pensar á los principios de nuestra sagrada religión, que no nos encarga otra cosa con más cuidado que el que nos miremos todos como hermanos, y no puedes concebir cuán aborrecibles nos hace para con nuestros compañeros. Yo mismo fuí testigo de un lance bien extraordinario acaecido por esta causa en un colegio en que me hallaba. Entre los demás niños había allí uno tanpreciado de su noble nacimiento, que no sabía hablar de otra cosa. Esta vanidad empezó á indisponer contra él á todos los que le trataban; con todo, al principio se atribuía á atolondramiento y á tontería más que á soberbia y no se le hacía caso; pero llegó á explicarse en cierta ocasión con tanta altanería, que alborotó contra él todos los compañeros. Estando en hora de recreo con uno de sus condiscípulos, de nacimiento inferior, contándose éste por igual suyo, cuando menos en la calidad de colegial,

que les era á todos común, le habló y le trató con la misma familiaridad que á los demás, pero nuestro altivo niño, creyendo que le faltaba al respeto debido, se puso muy serio, y en tono soberbio é imperioso se volvió á él, y le dijo: *¿Cómo te atreves á hablarme así, no sabes que soy marqués?* No fué menester más para hacerle la fábula del colegio. Inmediatamente le rodearon todos, y haciéndole por burla las más profundas cortesías, le molieron con los títulos de noble y de Marqués. No acabó en esto la escena. Cualquiera de ellos que le encontraba, repetía á cada paso la misma ceremonia. No le trataban sino de señor Marqués. Llegó en fin la cosa á tal extremo, que no pudiendo sufrir ya las malignas y picantes bur-las que llovían sobre él, se vió obligado á salir del colegio y á aprender á costa suya que la soberbia y la vanidad, al paso que nos hacen desear más la estimación, nos atraen el desprecio y el vilipendio.

Huye, pues, cuidadosamente de insultar á los demás con la menor apariencia de vanidad ó de desprecio. Por más que les seas superior en nacimiento y en talento, jamás des á conocer en tus conversaciones ni en tus modales que te prefieres á ellos. Sé con todos afable, humano y amigo de complacer. Esmérate en servirles cuando llegue la ocasión, y evita cuidadosamente cualquiera cosa que pueda darles

que sentir. Por este medio conseguirás su estimación y afecto; por el contrario, si no ven en tí otra cosa que indiferencia y desprecio, te pagarán infaliblemente con la misma moneda, y no tendrán otro gusto que el de abultar malignamente tus faltas, y humillar tu vanidad con las más amargas burlas.

FÁBULA XII

LA ABEJA Y LA MARIPOSA

La vanidad en todos es odiosa,
Pero principalmente
En el humano trato es enfadosa;
Cierta especie de gente,
Aunque de humildes padres procreada,
Viéndose con carrozas y dineros
Miran á todos con ceño y con desprecio,
Y en la calle no cabe de puro hinchada.
El mundo malicioso al ver tal necio
Se acuerda que algún tiempo anduvo en cueros,
Y á carcajadas se ríe
A las barbas del mismo que se engríe;
Así le sucedió á una mariposa
De un oscuro capullo prisionera,
Que apenas se vió fuera
Y el mundo nuevo examinó curiosa,
Cuando todos los otros animales
Que á su vista se ofrecen,
En gracia y en belleza le parecen

A su linda persona desiguales:
Y así pondera ufana sus primores:
«¿No siendo ciego quién compararía
Su hermosura á la mía?
¡Estos vivos colores!
¡Estas alas soberbias felpadas,
De azul celeste y oro matizadas!
¡Vaya que soy prodigio de belleza!
A esta abeja preciada de industriosa
¿Qué adorno concedió naturaleza?
Pues la mosca tan negra y asquerosa...
Y ese animal tan lánguido y tan fiero,
Ese mosquito... ¿pueden compararse
De cien leguas á mí? ¡Talle grosero,
Mal color, estrambótica figura!
Vaya, grima me dan, fuera locura
Que conmigo pensasen igualarse:
Las flores mismas quedan muy distantes
De mis colores vivos y brillantes:
Y si á ellas llego, llenas de alegría,
Sus perfumes me ofrecen á porfía.»
Así hablaba madama ventolera,
Cuando una buena abeja
Le dice estas razones á la oreja:
«Todos reconocemos, señorita,
Que es usted la primera
En belleza: mas deje usted ese vano
Orgullo: acuérdesse que era un gusano
Poco hace, y no tendrá tanta pepita.
Antes de tomar el vuelo,

Al meterse en el sucio cucurucho
Era usted un avechucho
Como este que ahora arrastra por el suelo.»

FÁBULA XIII

EL NIÑO SOBERBIO

Sobre una torre elevada
De pie estaba un rapazuelo,
Y á la caterva de abajo
Menospreciaba soberbio.
El simplecillo creía
Por verse alzado del suelo,
Ser uno de aquellos hombres
Que gigantes llama el pueblo.
«¡Qué pequeñas me parecen
Esas gentes, dice el necio!
¡Qué cuerpecillos! ¿No son
Todos, menos yo, pigmeos?»
Uno que lo oyó responde:
«Pues baje usted, compañero,
Y abajo verá que es
De todos el más pequeño.»
El que á los otros desprecia
Por verse en más alto puesto,
Aprenda esta fabulita
Y mírese en este espejo.

El segundo defecto que debes evitar, es el

de hacer el oficio de delator y soplón de las faltas de conducta de tus condiscípulos. Acostumbra á pintarse la discordia bajo el emblema de una furia con un tizón encendido en la mano, y la cabeza poblada, en lugar de cabellos, de una multitud de culebras que vomitan á todos lados el veneno del odio. No hay retrato más propio de un soplón. Sólo sirve para sembrar en todos los corazones la disensión y la enemistad. Sus delaciones son un abundante manantial de desazones y quimeras; y lo más particular es, que dañando á los otros se daña á sí mismo; porque no hay cosa que haga más odioso á un niño que semejante oficio. Todos los demás le miran como un embrollón, y á porfía huyen de él y le desprecian. No quiero decir con esto que cuando los que tienen autoridad sobre tí te interroguen secretamente acerca de algunas faltas que puedas haber observado en los otros y sean capaces de contagiar el aula ó el colegio, dejes de manifestarles la verdad; pues en tal caso estás obligado á hablar aun antes que se te pregunte, para precaver en cuanto esté de tu parte el daño; pero aun en estas mismas ocasiones has de ser sumamente circunspecto, y no has de decir más de lo que sepas con entera certidumbre. Evita cuidadosamente el escudriñar los defectos ajenos, contentándote con conocer y corregir los tuyos.

Como al prójimo nunca nos miramos,
Dos alforjas nos dió naturaleza
A todos los que de hombres nos preciamos;
Y es tal nuestra destreza,
Que las faltas del prójimo llevamos
A la vista en la alforja delantera,
Pero las nuestras siempre en la trasera.

Esto es, que muchas veces notamos y re-
prendemos en los otros faltas que no vemos
en nosotros mismos, aunque nos afeen igual-
mente que á ellos. El pasaje siguiente, de
que me acuerdo, servirá de confirmación á
esta verdad.

FÁBULA XIV

LOS DOS HOMBRES FEOS

Cierto día en un corrillo
Con tesón se disputaba
Sobre prendas corporales,
Sobre presencia bizarra.
Allí por casualidad
Dos hombres feos se hallaban
Cuyas faltas la historia
Nos ha legado archivadas:
Color tabaco de hoja,
Narices grandes y chatas;
El pelo rojo y muy claro,
Las bocas desaforadas;

A estos rasgos de belleza
Ojos de gato agregaban
Y unas barbillas de vieja:
Tales eran las dos fachas.
Reconocía sus faltas
Buenamente, mas el otro
De buen mozo se preciaba;
Por hermoso se tenía,
(En nuestros tiempos no es rara
Esta escasez de razón)
Aunque un Esopo ⁽¹⁾ en la traza;
Pero era lo más gracioso,
Que á su pobre camarada,
Como si fuera un Adonis,
Sin cesar se le burlaba:
«¡Qué semblante tan gracioso!
Le decía. ¡Qué gallarda
Presencia! Es lástima, cierto,
Que no le lleven en andas;
Si alguno le recogiera,
Y al público le enseñara
Por dinero, como el oso,
Presto se hiciera de plata.»
Así sin vergüenza alguna
Nuestro buen fisgón zumbaba
Al otro, que sin decirle
La más mínima palabra,

(1) Esopo fué un hombre muy feo, pero muy entendido y discreto que escribió varias fabulas muy ingeniosas, muchos siglos antes de la venida de Cristo.

Marcha á traerle un espejo
Y delante se lo planta
Obligándole á mirarse
Aquella espantosa cara,
Diciendo: «Aquí tiene usted
Respuesta á todas sus chanzas;
Mírese usted sin pasión
Y sabrá esta verdad clara:
Que si sus propios defectos
Viera usted al poner tachas
A los demás, para siempre
De conversación mudara.

El tercer defecto de que debo precaverte es el de la impaciencia y la cólera. A cada paso se hallan niños que nada pueden sufrir. La menor palabra les irrita, y les hace prorrumpir en quejas y exclamaciones. Semejantes al pedernal, al menor choque, á la menor disputa se encienden, y en lugar de chispas, despiden injurias y desvergüenzas. El que se porta de este modo, no conoce bien su propio interés. Esta conducta daña más á todo muchacho, que cualquier otra cosa que pudiese hacerse ó decirse contra él. Con ella desacredita su genio, ó induce más y más á sus compañeros para que le mortifiquen. Ya habrás reparado que por lo regular todo el mundo se divierte en burlarse con más empeño de aquellos que tienen poca cordura, como suele decirse, poca

flema, y hasta muchas veces basta que un niño se resienta de algunos motes ó zumbas, para que los otros le hostiguen continuamente con ellos. Ten, pues, mucho cuidado, amado Teótimo, en este particular, aguanta las zumbas y chocarrerías de los demás con semblante risueño, que dé á conocer que entiende sus chanzas. Si lo haces así, en breve impondrás silencio á los burlones, y serás el objeto de su estimación y cariño, y por el contrario, si te impacientas y enfadas, les darás pie para que te persigan de muerte.

FÁBULA XV

EL PERRITO Y SUS COMPAÑEROS

Un perrito de lanas adornado,
Blancas y negras, fino, acariciado
De un amo noble y sabio, en quien se unía
El trato amable á la filosofía,
De tamaña fortuna envanecido,
Turquito, que así el perro se llamaba
Según cuenta el autor de nuestra historia,
Un día que hizo cierta escapatoria,
Se presentó en la calle tan erguido
Y tan hueco que todo lo ocupaba.
Los otros perros viendo á aquel ufano
Forastero que andaba á lo prusiano,
Se empiezan á burlar de su figura;
Poco á poco la turba le rodea:

Uno de ellos con gran descompostura
La pata alza y encima se le mea;
Otro muy grave se le pone al lado,
Le huele y le registra lentamente:
Aquel le empuja y gruñe; este le ladra;
Alguno más audaz le clava el diente.
A nuestro Turco, poco acostumbrado
A esas chanzas, ninguna de ellas cuadra,
Y en lugar de soltar la carcajada
Les pone una carilla renegada:
Hace en fin el trémulo desatino
De querer resistir, mas al pobrete
Entre todos le ponen en un brete.
Sabe Dios cómo escapa, y á su casa
A toda prisa vuelve muy mohino:
Reflexiona después lo que le pasa;
Vé que ha estado imprudente,
Y que entre aquella gente
Era el mejor remedio acomodarse
A las burlas y nunca impacientarse.
Lo hace así: La primera vez que sale
Los insultos aguanta con paciencia,
Se ríe y no les hace resistencia.
Esta conducta á los burlones todos
Les pone de su parte; esto le vale.
Dice Almanzor, que á todos gobernaba,
Y en perruna prudencia aventajaba
Cual digno presidente: «Buenos modos
Son los que aquí le sacarán ileso;
Pero si nos viniese á hacer el tieso

De esas ligeras chanzas mal sufrido,
Saldría gravemente corregido.»
Esta lección confirma la experiencia:
Se han de llevar las burlas con paciencia:
El que hace lo contrario es despreciado,
Y del racional trato desterrado.

Lo que se acaba de decir es más importante de lo que parece, no solamente por ahora, sino para lo sucesivo. Te hallarás en mil ocasiones en que, sea para divertirse, sea para experimentar tu genio, te harán zumba sobre algunos defectos reales ó supuestos: si no correspondes á estas chanzas con aquel tono risueño y aquella política que exige la buena crianza, te mirarán todos como un hombre mal educado, habrás de sufrir mil desaires en la sociedad, y quizá tu descortesía tendrá consecuencias más funestas. No serás tú el primer joven que se ha precipitado en las mayores desgracias, por no haber sabido llevar una inocente chanza. Así se perdió un joven ilustre recién llegado á un regimiento. Euvanecido de su nobleza y satisfecho de su pretendido mérito, no podía sufrir que se riesen de él y creía que todo el mundo debía respetarle. Esto mismo alborotó más y más á los otros oficiales jóvenes contra él; cuanto más sensible le veían á las zumbas, tanto más le apretaban. El recién llegado no pudo contenerse: rompió al fin, sa-

có la espada y fué muerto en un desafío, que ciertamente se hubiera ahorrado, si hubiese sabido dominar su genio inflexible y divertirse con los que le zumbaban. Este ejemplo te dará á conocer cuánto importa acostumbrarse con tiempo á reprimir los ímpetus de la impaciencia y á llevar sin resentimiento cualquiera chanza inocente.

CAPÍTULO X

DE LA CIENCIA

Son pocos los niños que conocen la importancia de la ciencia, y son pocos por consiguiente los que se aplican á adquirirla, porque si todos supiesen las grandes ventajas que trae consigo, no podrían menos de anhelarla con el mayor ardor.

La ciencia es para nuestra alma lo que la luz para nuestros ojos. Nos ilumina y dirige en todos nuestros pasos. Nos dá á conocer los atractivos de la verdad, la hermosura de la naturaleza y la grandeza de su Creador. Cualquier hombre rodeado de oscuridad, no distinguirá objeto alguno, no sabrá de dónde viene ni á dónde vá, y estará continuamente expuesto á dar las más crueles caídas. Lo mismo sucede á un ignorante. Semejante en algún modo á aquellos ídolos sin alma, de los que dice un profeta que tienen ojos y no ven, oídos y no oyen, ignora los cosas más sencillas, que para él son oscurísimos enigmas. Su ignorancia, como una espesa nube, ofusca y apaga todas las luces de su entendimiento, dejándole al nivel de los brutos, que se

gobiernan por un ciego instinto. Tal es, á lo menos, la idea que han tenido de la ignorancia la mayor parte de los filósofos.

Vino cierto día un padre de familia á verse con Aristipo, que era uno de los mejores filósofos de la Grecia, y le suplicó que admitiese á un hijo suyo en el número de sus discípulos y le enseñase la filosofía y las letras humanas; condescendió el filósofo, pero con la circunstancia de que le diesen por su trabajo cien talentos. El buen padre, espantado de semejante suma, y demasiado avariento para pagar á tal precio la educación de su hijo, cuya importancia no conocía como debiera, le respondió: *Menos me costaría de comprar un esclavo. Pues cómpralo*, le respondió Aristipo, *y con esto tendrás dos.*

Otro sugeto que se hallaba en igual caso, preguntó al mismo filósofo, qué ventajas conseguiría su hijo del estudio de las ciencias. *El fruto que sacará*, respondió Aristipo, *será que cuando asista á los juegos públicos, no se verá en el punto que ocupa una piedra sentada sobre otra piedra.* ¿Y qué te parece que pretendió darnos á entender con estas dos respuestas el sabio filósofo? Quiso darnos á conocer que un ignorante debe compararse á un vil esclavo ó á una piedra. Hacía él mismo tanto aprecio de la ciencia, que habiéndole preguntado qué diferencia hallaba entre los sabios é ignorantes: *La misma*, respondió, *que entre los caballos domados y los indómitos.*

Del mismo dictamen era el famoso Diógenes. Diciéndole un día que los habitantes de Megara no ponían cuidado alguno en la educación de sus hijos, al paso que se esmeraban en la cria de sus ganados: *Si esto es cierto*, respondió sonriéndose, *más quisiera*

ser carnero de cualquier megareense que hijo suyo. Palabras expresivas, que dan á conocer que en el sentir de aquel filósofo, cualquier animal bien enseñado, merecía preferirse á un hombre ignorante. Esta idea no es sólo de Diógenes, sino de todos los hombres instruídos; lo que habrás conocido sin duda, si has reparado que los ignorantes son objeto del desprecio de las gentes y que se les señala con los más indecorosos apodos; pero al paso que la ignorancia ha sido en todos tiempos vilipendiada, la ciencia ha merecido siempre la estimación y el respeto de los hombres. Cualquier sugeto culto puede presentarse en todas partes, y en todas ellas es recibido con distinción. Todo el mundo anhela verle y gozar su conversación, colmándole de honores y de elogios. Pudiera citarte aquí el ejemplo de Platón, al cual Dionisio, tirano de Siracusa, salió á recibir hasta la orilla del mar, y haciéndole sentar á su lado en su carro, le condujo en triunfo á su palacio. Pudiera decirte también, que habiéndose apoderado Alejandro de la ciudad de Tebas y habiendo mandado incendiarla, dió orden de que no se tocase á la casa ni á la descendencia de Píndaro, para dar á entender la estimación y veneración que profesaba á este célebre poeta.

Pero para proponerte un ejemplo más adaptado á tu edad, te contaré los aplausos que consiguió un niño de ocho á nueve años, que poco há defendió unas conclusiones públicas de gramática, de geografía, de historia y de lengua latina. Me hubiera alegrado infinito que hubieses presenciado los honores que se le hicieron; ninguna cosa te hubiera dado mejor á conocer el valor de la ciencia y el aprecio que de ella se hace: apenas había satisfecho á una pregunta, cuando por

todas partes se oía un palmoteo general acompañado de estas exclamaciones: ¡Qué admiración! ¡Qué pasmo! ¡Dichoso el padre de tal hijo! Pero cuando todos se excedieron en manifestar su satisfacción, fué cuando se acabaron las conclusiones. Todos los concurrentes le rodean: se lo arrancan, digámoslo así, unos á otros para abrazarle, no se cansan de mirarle y llenarle de agasajos y enhorabuenas: de resultas de este suceso fué objeto de todas las conversaciones, y sus brillantes progresos, transmitidos por los periódicos, llenaron á toda la Francia de admiración.

El célebre Pico de la Mirándola había dado ya igual ejemplo al universo. Fueron tales sus progresos en el estudio desde sus primeros años, que algunas personas, asombradas de su prodigiosa ciencia, quisieron hacerle pasar por mago, pero se descubrió bien pronto que no debía su erudición sino á la vasta capacidad de su entendimiento y á su extraordinaria viveza. De edad de veinticuatro años, defendió conclusiones públicas sobre todas las ciencias sin excepción; y aunque murió muy joven, dejó varias obras que han admirado todos los sabios.

El joven Peirese, natural de Aix, en Provenza, no brilló menos por su ciencia desde la niñez. De edad de siete años reconoció en sí mismo la capacidad suficiente para encargarse de dirigir los estudios de un hermano menor que tenía. Su padre oyó la proposición que sobre ésto le hizo como una ocurrencia pueril; pero con todo condescendió por algunos días, más con deseo de satisfacerle, que con esperanza de que pudiese ejecutarlo: pero viendo con admiración suya que desempeñaba perfectamente su encargo, le dejó continuar, y se ahorró para siempre el preceptor. En efecto, el dicho Peirese

fué el Mentor de su hermano, cultivó sus talentos y dirigió su conducta como lo hubiera podido hacer el más hábil maestro.

No pretendo con esto, amado Teótimo, que iguales á estos extraordinarios modelos; quizá la naturaleza no te ha dotado de tan gran talento como á ellos: pero su ejemplo cuando menos debe animarte á que no omitas diligencia alguna para adornar tu alma con todos aquellos conocimientos de que es capaz, pues te da á conocer que no hay cosa que nos haga más estimables á los ojos de los hombres, que la ciencia.

Pero una de las cosas que deben moverte más á conseguirla, es que no hay estado alguno ni clase en que no sea de la mayor utilidad para los que la poseen. Un hombre instruído, en cualquier estado que se halle es como un caminante que conociendo perfectamente la senda que debe seguir, llega con seguridad al término que desea, al paso que el ignorante se asemeja á un ciego que anda á tientas, que tropieza á cada paso, y que se pierde continuamente. En vano se gloria cualquiera de ser rico y poderoso; las riquezas y honores sin mérito, no son más que un vano adorno.

*Si un juez es ignorante, el vulgo atento
hace á su toga debido acatamiento.*

El mismo aprecio se hace de un estúpido Creso que de una hermosa estatua que exteriormente agrada, pero que interiormente está privada de entendimiento y de sensación. Al contrario, siempre se respeta la ciencia aunque esté sumergida en la pobreza, y aun muchas veces es un recurso contra esta desgracia. La Fontaine demuestra bien esta verdad en la siguiente fábula:

FÁBULA XVI

LAS VENTAJAS DE LAS CIENCIAS

Armóse en tiempo antiguo una contienda
Entre dos ciudadanos que habitaban
El mismo pueblo: el uno era ignorante,
Pero provisto de copiosa hacienda:
El otro pobre, pero en él brillaban
Las ciencias á porfía:
El rico satisfecho y arrogante
Del pobre se reía,
Y si acaso de oírle se dignaba,
Pretendiendo ser siempre preferido,
En tono magistral así le hablaba:
«Buen hombre, no se canse, es muy debido
Que el rico sea del mundo respetado:
Cualquier hombre prudente
Tendrá á V. por un grande majadero:
¿Qué mérito se encierra en ser letrado?
Con leer cuatro sandeces, fácilmente
Cualquier pelón consigue
La borla. ¿Y qué provecho se le sigue
Al pueblo de su ciencia sin dinero?
Un pedante se encuentra á cada esquina;
Pero hombres como yo, cuya cocina
Mantiene medio pueblo, cuyo lujo
Al mercader, al sastre, al zapatero
Dá trabajo y doblones,
No se hallan, señor mío, á dos tirones.
Me dirá V. ¿qué influjo
En el público logra el que no cuenta
Cuatro cuartos de renta?

No tienes mesa, sale muy ufano
En invierno vestido de verano;
Vive siempre en guardilla:
Para acallar su estómago quejoso
Con librotes fastidia al poderoso,
Y no dá de comer ni á la polilla.»
¿Qué había de decir el literato?
Calló, más presto se encontró vengado.
Marte (1) destruyó el pueblo en que vivía;
Quedó el rico en la calle despreciado,
Al paso que hechizado de su trato
Al sabio todo el mundo le asistía.
Así se decidió la competencia:
Por más que sus riquezas exageren
Los tontos y su dicha nos ponderen,
Más sólido valor tiene la ciencia.

No te admires, pues, de que se ponga tanto cuidado en instruirte, y de que tantas veces se te exhorte á que estudies. En esto no se busca otra cosa que tu propio interés. No estás aun en estado de conocerlo, pero con el tiempo lo comprenderás, y darás mil gracias á tus padres por haberte dejado en herencia la sabiduría. Es la más preciosa alhaja que puedes recibir de su mano. Muchos ricos ignorantes hay, que darían la mitad de sus rentas por tener la ventaja de poseer mil conocimientos, cuya utilidad reconocen, y de que por desgracia suya se hallan privados; pero su intento es vano. Todo el dinero del mundo no es bastante para comprar la ciencia; serán siempre inútiles sus deseos, y llorarán toda su vida la irreparable pérdida que han

(1) Marte, dios de la guerra, según la fábula, que aquí quiere decir, en lenguaje figurado, la guerra misma.

sufrido, desdeñando instruirse durante su juventud.

Precave, oh amado Teótimo, precave con tiempo semejante arrepentimiento. Imita la prudente conducta de la hormiga, que hace sus provisiones durante el buen tiempo, para tener con qué alimentarse cuando los crueles fríos del invierno le impidan salir á buscarlas. Ahora estás tu también en buen tiempo, esto es, en la edad más propia para adquirir los conocimientos que has de menester en adelante. Si dejas pasar esta ocasión oportuna, jamás la verás volver; atareado en otras ocupaciones, te será imposible adquirir los primeros elementos de las ciencias, que siempre son espinosos, y quedarás toda tu vida sepultado en las tinieblas de la ignorancia; es menester, pues, esforzarte en la feliz primavera de la vida, para adquirir un bien, que más adelante buscarías inútilmente.

No puedes concebir ahora cuánto te alegrarás algún día de haber seguido mis consejos sobre este punto tan esencial.

Sí, amado Teótimo, sólo quiero recordarte por conclusión de este capítulo, aquellas divinas palabras contenidas en los Proverbios ó libros Sapienciales: *«El temor de Dios es el principio de la sabiduría. Los necios desprecian la sabiduría y la enseñanza. Si la sabiduría entra en tu corazón, y tu alma gusta de la ciencia, sus consejos te gustarán, tu prudencia te defenderá. Dichoso el que encuentra la sabiduría y tiene la verdadera prudencia. La sabiduría es árbol de la vida para aquellos que la abrazan, y bienaventurado el que la conserva.»*

CAPÍTULO XI

DE LA INSTRUCCIÓN QUE DEBEN ADQUIRIR LOS NIÑOS

La ciencia es un tesoro que no se adquiere sino poco á poco y por grados. Querer aprenderlo todo á un tiempo, es exponerse á no saber jamás cosa alguna. Es menester, pues, observar cierto orden en los estudios, y aplicarte lo primero á adornar tu entendimiento con aquellos conocimientos más adecuados á tu edad, y que pueden serte más ventajosos. Te diré brevemente cuáles son, y te demostraré su importancia, para que puedas gobernarte por este plan.

Es inútil decirte, que la religión debe ocupar el primer lugar en tus estudios. Ya sabes que no estás en el mundo sino para conocer y amar á Dios, y tampoco ignorarás que no podemos conocerle como corresponde, ni por consiguiente amarle, si no es por medio de la religión, que nos instruye de sus perfecciones, de sus misterios y de su voluntad. Nuestra razón es demasiado limitada para poder dirigirnos en este asunto; y así los que no se han valido de la luz de la religión, han incurrido en los más monstruosos errores: unos han adorado al sol, á la luna y á los demás astros, y otros han prostituido su culto á las plantas y á los animales teniéndolos por dioses. Todos ellos, en fin, han juzgado virtudes los vicios más vergonzosos, por haber forjado dioses á quienes atribuían los mismos excesos. Nosotros mismos hubiéramos caído como ellos en tan lamentables desórdenes si hubiésemos estado entregados á nuestra sola razón; pero por dicha nuestra, Dios mismo se ha dignado bajar á la tierra para alumbrarnos.

La doctrina que nos ha enseñado, es al mismo tiempo la luz que ha de guiar nuestros pasos y el camino que hemos de seguir para lograr la suprema felicidad. Estúdiala, pues, oh amado Teótimo, con la mayor aplicación que te sea posible. Las demás ciencias no son absolutamente necesarias; pero de ningún modo puedes omitir el estudio de las verdades de la religión, y sería delito el ignorarlas. Oye, pues, con la mayor atención, las instrucciones que te dan en este punto: procura aprenderlas por tí mismo, estudiando con la mayor aplicación el Catecismo y los demás libros piadosos que pongan en tus manos; y acuérdate que el niño que se descuida en enterarse de las verdades y de las obligaciones de la religión cristiana, precisamente ha de ser con el tiempo un mal cristiano.

Después del estudio de la religión, debes considerar el de la lengua latina como uno de los más útiles y más importantes. El latín es la llave de las ciencias. Las obras más excelentes que han salido á la luz están escritas en este idioma. Y así ¿cómo has de leerlas y comprenderlas si lo ignoras? Oirás hablar infinitas veces de Horacio, de Virgilio, de Cicerón y de otros muchos autores conocidos de todo el mundo; ¿podrás tú acaso hablar de ellos sin entender siquiera su lengua? ¿Qué avergonzado te verías si hubieras de confesar tu ignorancia, guardando un forzoso silencio, mientras los demás con quienes tratases diesen á conocer su erudición!

Además de esto, la lengua latina puede serte precisa en mil ocasiones. Supón, v. gr., que quisieras seguir la carrera eclesiástica ó la del foro. En tal caso ¿cómo has de conseguir tu deseo sin saberla? Ignorándola, ni puedes cumplir con las obligaciones anexas á estos es-

tados, ni aun introducirte en ellos: pues que la mayor parte de las cosas que deben saber los eclesiásticos y togados, están escritas en dicho idioma, y por esta razón el no aprenderlo sería cerrarte enteramente la puerta de esas dos carreras, para las cuales sucederá quizá que tengas vocación, además de verte privado de otras mil utilidades que puede producirte su posesión.

Por aquí conocerás, amado Teótimo, cuán útil, ó por mejor decir, cuán indispensable es muchas veces la lengua latina. Ya ves que si desean que te apliques á ella es por tu propio interés, al que perjudicarías infinito si no te aplicases. Hazlo, pues, con el mayor conato, mientras estás en la edad propia para aprenderla. Cuida sobre todo de saber muy bien sus elementos, sin los cuales jamás la poseerás perfectamente. Los que se descuidaron en estos primeros principios, dice un autor célebre, se parecen á aquellos niños que están siempre enfermos por no haber mamado buena leche.

No te fastidies de este estudio, aunque al principio lo halles árido y escabroso. Cuanto más adelantes lo encontrarás más fácil. Caminarás ahora entre espinas y abrojos; pero esta senda te llevará á un jardín delicioso, en donde encontrarás hermosas flores y frutas preciosas, que te recompensarán abundantemente de los trabajos que hubieres padecido para llegar á él. La siguiente fábula te hará ver palpablemente esto mismo.

FÁBULA XVII

FLORA ⁽¹⁾ Y EL NIÑO

Entró un niño en un jardín todo poblado
De las más bellas flores:

(1) Flora, diosa mitológica, que según suponen los poetas, cuidaba de los jardines.

Hallábanse de todos los colores;
Rosas, mirtos, claveles y azucenas;
Flora misma lo había cultivado.
El niño las ve apenas
Cuando á un tiempo las quiere coger todas,
Pero la diosa no le da licencia
Sino para elegir una á su antojo.
Corre el muchacho cual si fuera á bodas:
La rosa entre las otras le da enojo,
Decide en su favor la competencia;
Llega á cogerla ufano,
Y al simple se le clavan en la mano
Las punzas de que estaba resguardada.
De la traición llorando se lamenta:
«Queda, dice, en tu zarza, infame rosa,
Para siempre entre abrojos encerrada,
Jamás de tí haré cuenta,
Que otra hallaré sin punzas más hermosa.»
Bien registró, mas no encontró otra alguna
Que no estuviese de punzas erizada,
Aunque las fué mirando una por una.
Echa el tonto á llorar amargamente
De llevarse tal chasco resentido;
Flora se ríe al ver el inocente
Llanto y le dice: «No estás afligido,
Hijo mío: ¿No ves que desatinas
En querer hallar rosas sin espinas?
Si quieres fácilmente
Coger cualquiera rosa sin punzarte,
Las espinas primero vé con tiento
Quitando.» Ejecutolo, y sin más arte
Se salió á poco rato con su intento.
Lo mismo digo al niño que estudiando

Desmaya al ver que al paso que camina
En las ciencias, encuentra con la espina,
Algún trabajo. Aplíquese este cuento,
Vénzalo con valor y con paciencia
Y el fruto cogerá sin resistencia.

Además del estudio de la lengua latina te es preciso el de tu propia lengua; ambas deben, por decirlo así, darse las manos, de modo que al salir del colegio puedas usar igualmente de ellas, y aun me atreveré á decir, que debe en caso de duda ser preferida la propia lengua, porque todos los días te verás precisado á hablar ó escribir en ella. ¡Y qué vergüenza no sería para tí el ignorar después de siete ú ocho años de estudio tu propio idioma, de manera que no pudieses seguir una conversación, ó escribir correctamente una carta! No hace mucho tiempo que cayó en mis manos una, escrita por un estudiante á su padre con motivo de año nuevo. No puede darse cosa más ridícula. Parecía que el niño se había empeñado en acumular en ella todas las faltas de la gramática y ortografía. Su padre indignado quiso sacarle del colegio, persuadido de que era incapaz de adelantar, pues con tres años de estudio incurría en solecismos tan garrafales. Opúseme á su resolución, dando á entender que los disparates de que estaba sembrada la carta de su hijo, más procedían de su descuido en estudiar su propio idioma, que de falta de capacidad: y que no era menester más para corregirle, que hacerle leer durante algún tiempo la gramática de su idioma patrio y copiar exactamente algunos renglones de cualquier libro bien escrito, para que aprendiese la ortografía. Siguió mi consejo, y aprovechó tanto el muchacho con este método, que en menos de un año se vió

en estado de escribir con la mayor exactitud y corrección. Sigue tú este mismo método, amado Teótimo; no dudes que observándolo con cuidado, antes de que acabes los estudios sabrás perfectamente tu lengua, sin que te haya costado mucho aprenderla.

No te es menos necesario el estudio de la geografía, que el de los idiomas expresados. Como esta ciencia nos enseña la situación de las varias regiones de la tierra, que á cada paso se mencionan en la conversación, si no tuvieses algún conocimiento de ella, te verías continuamente expuesto á decir los mayores disparates. Colocarías en Europa las provincias de las Américas ó del Asia; cambiarías las situaciones del mar y tierra, y darías que reír á todos con tu ignorancia. Jamás olvidaré el apuro y la confusión en que poco hace se halló un joven en una tertulia en que yo asistía. Tratóse casualmente de un viajero que había llegado de Calais á Douvres en dos horas, aunque hay siete leguas de distancia de una ciudad á otra. Oyendo esto nuestro joven, y no sabiendo que semejante viaje no puede hacerse sino por mar, dijo al instante: *Buen caballo había de tener este sugeto para hacer tan fuerte jornada.*—*Nada de eso,* le respondió un fisgón, *no tenía más que un caballo de madera.*—*¿Cómo,* repitió el otro, *andar siete leguas en dos horas sobre un caballo de madera? Eso es imposible. Es un disparate.*—*Pues no dude V. que ha sido así,* respondió el otro muy serio, *aunque á la verdad, con la circunstancia de que el caballo tenía alas y andaba sobre el agua.* Comprendió entonces el joven que hablaba de un navío: se inmutó, se avergonzó, y se fué indignado consigo mismo por haberse hecho con su ignorancia el objeto de la risa de todos los concurrentes. Aprendió, pues, á costa suya, á no des-

cuidarse en saber una ciencia que á cada paso es necesaria. Podrás tener una idea suficiente de ella, leyendo la Geografía de los niños, y estudiando con cuidado los diferentes mapas que representan las cinco partes del mundo.

Al estudio de la geografía has de añadir el de la cronología, que nos enseña el orden de los tiempos que han pasado desde la creación del mundo hasta nuestros días.

Esta ciencia servirá para que no confundas los sucesos y para que no incurras en los desatinados anacronismos en que acostumbran caer los que la ignoran. Tal fué el de un muchacho, que en presencia de muchas gentes preguntó con gran serenidad á su padre, si Luis XIV había conseguido alguna victoria contra Alejandro Magno. *No le faltó valor para ello*, respondió su padre, *pero había de vencer una corta dificultad, esto es, era necesario para verificarse, que Alejandro Magno hubiese resucitado, porque había muerto muchos siglos antes que Luis XIV viniese al mundo.*

Pero el estudio á que debes aplicarte con más cuidado es el de la Historia, como el más propio para adornar tu entendimiento y formar tu corazón. Es la historia un espejo que nos pone á la vista los sucesos más notables que han acaecido sobre el teatro del mundo. En ella se ven brillar los rasgos de las virtudes más heroicas, y se aprenden las revoluciones de los imperios, y las costumbres de los diferentes pueblos que han habitado la tierra. El hombre que posee la historia, es hombre de todos los tiempos y de todos los países: al paso que el que la ignora, es como un estúpido bárbaro, que sólo conoce los objetos que le rodean y los que tiene delante los ojos. Pero como el campo de

la historia es inmenso. y necesita mucho tiempo para recorrerse, puedes ceñirte por ahora á la historia sagrada, á la de la patria y á la romana, que son las que más á menudo ocurren en la conversación, y no debe ignorar un muchacho bien educado. Si no tienes tiempo para leer los numerosos volúmenes que contienen estas historias, conténtate con leer sus compendios, en donde hallarás recogido todo lo más importante.

Y no creas, amado Teótimo, que sea este estudio difícil y fastidioso; antes no hay otro más divertido ni más agradable para el entendimiento. A cada paso vemos gentes que lo prefieren á cualquiera otro, y que llegan aun á privarse del sueño, para gozar del deleite que trae consigo. Haz tú mismo la experiencia, y hallarás seguramente el mismo atractivo. ¿Te gusta oír casos raros? Te deleitas mucho cuando te cuentan sucesos memorables? Pues nada en esta parte podrá satisfacer mejor tus deseos y curiosidad que la lectura de la historia. En ella encontrarás los sucesos más interesantes y más curiosos que han pasado entre todas las naciones del universo. Léela, pues, con atención. No puedes hacer mejor uso del tiempo que te queda después de haber satisfecho las obligaciones del aula, que son primero. Encontrarás junto en aquella ocupación el provecho y el deleite, y al paso que ilustrará tu entendimiento con los conocimientos que te dé, inclinará tu corazón al amor de la virtud con los admirables ejemplos que te presenta.

Sí, amado Teótimo, deseo no te olvides de estas importantes instrucciones; y á fin de que las conserves con más facilidad, te prevengo cuides de hacer la distribución de tus libros en las cuatro clases siguientes: primera, los libros de moral; segunda, los que sean

correspondientes á tu estado; tercera, los que más convengan para que puedas conocer el mundo físico y moral; y cuarta, los que puedan servir para una honesta diversión.

CAPÍTULO XII

DE LA APLICACIÓN AL TRABAJO

No pongo duda, amado Teótimo, que desearás con ansia adornar tu entendimiento con todos los conocimientos de que acabo de hablar; pero querrás quizás saber cuáles son los medios de que te has de valer para adquirirlos. No hay otros que el estudio y el trabajo. Porque así como el campo, por más fértil que sea, no produce fruto alguno sino á fuerza de cultivo, así el entendimiento más despejado queda estéril y enteramente inútil si no se le ayuda por medio del trabajo prolijo y constante. La siguiente fábula confirmará esta verdad.

FÁBULA XVIII

EL DIAMANTE Y EL LAPIDARIO

Cierto diamante que en bruto
De tierra aun cubierto estaba,
Resistía el pulimento,
Y daba quejas amargas
Al lapidario, que diestro
Le iba lavando la cara.
Y á proporción que sus cortes
Le cercenaban las barbas,
Desazonado y furioso .
De este modo le gritaba:

«¿Qué haces, hombre desalmado?
¿Acaso de obra ó palabra
Te he ofendido alguna vez?
¿Pues por qué así me maltratas?
Dicen los naturalistas
Que es mi dureza extremada,
Pero tú sin duda alguna
Más dura tienes el alma.
Librame, te lo suplico,
De esa rueda condenada
Que cada vez que dá vuelta
El cuerpo me despedaza.»
«Amigo, replica el hombre,
Es cierto que con tirana
Violencia te atormento:
Pero si no te se labra,
Si el arte en ti no se ocupa,
Serás siempre piedra basta,
Sin valor, llena de polvo
Y en un rincón olvidada:
Y así sólo por tu bien
Te doy esta fuerte carda.»
Prudente fué la respuesta,
Mas no le sirvió de nada.
Siguió el tozudo diamante
Sus quejas y su algazara
Hasta que en fin el artista
Con sus lamentos se ablanda,
Y en un rincón lo abandona
Al polvo y las telarañas.
Allí sin luz y sin moscas
Durmió nuestro camarada
Largo tiempo, y aun durmiera

Si su amo no se acordara
Un día de él, condolido
De ver allí despreciada
Alhaja de tal valor.
Me la vuelve á echar la garra,
Diciendo: «¿Piedra tan rica
Ha de estar abandonada?
No, señor.» La pone al punto,
A pesar de su matraca,
Al taller y sin piedad
A puros golpes la labra:
Cada vez se vé el diamante
Con figura más bizarra;
Conforme se va puliendo
Arroja luces más claras:
Queda al fin abrigantado,
Y deslumbra con las llamas
Que arroja á los que le miran:
Todos á una voz lo alaban;
La fama de su hermosura
Llega á oídos del monarca
Que ordena que á su presencia
Se lo traigan sin tardanza.
Apenas lo vé lo admira,
Y que lo coloquen manda
Sobre la corona real
Para darle nueva gracia.
Desde allí con su belleza
Y con sus fuegos encanta
El mismo diamante, que antes
Que su dueño lo labrara,
Sin dar resplandor alguno,
Cubierto de tierra y manchas,

A la vista parecía
La piedra más ordinaria.
En vano naturaleza
Nos dá las prendas más raras:
Jamás producirán fruto
Si el trabajo no las labra.

Aunque tuvieras el talento más sublime, de nada te serviría si no tuvieses cuidado de labrarlo, y por el contrario, aunque la naturaleza se hubiese contentado con darte una mediana disposición para la ciencia, podrías hacer en ella los mayores progresos, con tal que suplieses la parte que faltaba de talento, con una aplicación infatigable al estudio. Así vemos todos los días que los campos más estériles, á fuerza de cultivo producen abundantísimo fruto; porque el trabajo vence todas la dificultades, y sobrepuja todos los obstáculos.

Cuéntase que Demóstenes halló en su natural disposición tales impedimentos, que parecían imposibilitarle de poder hablar jamás en público. Tenía un defecto en la lengua que le estorbaba el pronunciar muchas palabras seguidas; su voz era desagradable y su pecho sumamente débil, pero sabiendo que con el trabajo se consigue todo, lejos de ceder á estas dificultades se animó más á vencerlas. Ya para corregir la torpeza de su lengua se llenaba la boca de piedrecitas y recitaba en alta voz muchos versos seguidos; ya para fortalecer su pecho declamaba violentamente; trepando al mismo tiempo á toda prisa por lugares escarpados. Aun hay quien dice que estuvo metido tres meses en un subterráneo, sin otra ocupación que la de arreglar su tono y sus movimientos, teniendo un espejo delante para corregir mejor sus faltas. No fueron inútiles es-

tas fatigas; pues á fuerza de luchar con su naturaleza, triunfó de ella con tal felicidad, que llegó á ser el mejor orador de la Grecia.

No te desanimes, pues, aunque no tengas uno de aquellos extraordinarios talentos, que tanto suele escasear la naturaleza; antes bien, á ejemplo de Demóstenes, procura, como te he dicho, suplir la esterilidad de tu talento con mayor aplicación al estudio. El famoso filósofo Cleanthro era de entendimiento muy limitado; pero durante su juventud asistió con tal empeño y atención á las lecciones de Zenón, su maestro, que en breve se adelantó á todos sus condiscípulos y llegó á ser la lumbrera de su siglo. No son por lo regular los entendimientos más vivos los que hacen más progresos en las ciencias, sino que los más se aplican al trabajo. Pretenden algunos autores, que Boileau no tenía más que un talento regular, pero nadie trabajó sus obras con más prolijidad que él. Gastaba á veces días enteros en pulir y limar un verso: y así no hay obras más exactas y más acabadas que las suyas.

Pero sean los que fueren tus talentos, tengas mucha ó poca facilidad en comprender, acuérdate siempre que el trabajo es absolutamente preciso para prosperar. Los mayores ingenios han tenido que echar mano de este medio para adquirir la ilustración y la ciencia que admiramos en sus obras. Plinio el Mayor tenía tanto cuidado en aprovechar el tiempo, que aun cuando salía á la calle, lo verificaba en litera para poder leer sin que le estorbasen las gentes. Mientras siguió la abogacía, jamás iba al tribunal sin llevar consigo un libro para poder emplear en leer el corto tiempo que pasaba desde su llegada hasta que comenzaba la sesión. Su sobrino Plinio el Menor había heredado su afición al estudio.

El mismo cuenta en una de sus cartas, que aun cuando iba á cazar llevaba consigo un libro de memorias, para poder traer á falta de caza alguna especie útil y nueva. Además de estos ejemplares, pudiera citarte el de un antiguo filósofo llamado Carneades, tan embebido en sus libros, que muchas veces se olvidaba que era hora de comer, de modo que su criada tenía que sacarle por fuerza de su estudio para hacerle tomar algún alimento. De Diógenes se cuenta también que desde su niñez fué aficionadísimo al estudio, y que habiendo ido un día á oír las lecciones de Antístenes, su maestro, éste le envió á pasear, diciéndole que no tenía que enseñarle. No bastó semejante desaire para desanimar á Diógenes, antes bien sirvió para que le importunase con ruegos y con instancias. Pero Antístenes, que quería desembarazarse de él ó quizá experimentar su constancia, le replicó con más dureza, y aun le amenazó con darle un golpe. Pégume usted, dijo Diógenes, todo lo que quiera, con tal que deje usted que le oiga.

Pero hé aquí otros dos casos tanto más extraordinarios, como sucedidos con dos niños de tu edad. El primero es de un muchacho griego llamado Euclides, que á pesar de la prohibición hecha á sus compatriotas los de Megara de tratar á los atenienses, iba todas las noches á Atenas, favorecido por la oscuridad, para tener la dicha de oír las lecciones de Sócrates; y volvía todas las mañanas á Megara, vistiéndose para esto de mujer con un manto de diferentes colores como se usaba, y cubierta la cara con un velo para no ser conocido. El segundo ejemplo es el del joven duque de Borgoña, que durante la grave enfermedad que privó de él á la Francia, no echaba de menos otra cosa que sus li-

bros. Sintiendo un día un poco aliviado, hizo las mayores instancias á su ayo para que se los trajese; y preguntándole éste la razón de una pasión tan extraordinaria por el estudio, respondió el niño: *Es que temo olvidar lo que se; y además hay mil cosas que deseo aprender.* Con tales disposiciones no hay que extrañar que antes de cumplir los nueve años, tuviese el entendimiento adornado de tantas noticias.

Ya te he dicho, amado Teótimo, y no me cansaré de repetirlo, que el amor al trabajo es la mejor disposición para adquirir las ciencias, y que ningún joven que se aplique con empeño, puede dejar de hacer en ellas progresos rápidos. Acostúmbrate, pues, con tiempo, á amar el trabajo: si no le cobras afición durante tu juventud, jamás se la tendrás y serás inútil para todo. Al principio quizá te costará alguna mortificación, pero luego que te habitúes se trocará en deleite. Además de que los frutos que consigas recompensarán sobradamente los malos ratos que te hubiese causado. ¿Qué mayor satisfacción puedes lograr que la de verte frente de una aula, aventajar todos tus émulos, ser el objeto de la complacencia de tus padres, y gozar la estimación y amistad de tus maestros? Pues todo esto conseguirás si te dedicas con esmero al estudio; pero si lo abandonas, quedarás entregado á la ignorancia y al desprecio, y tendrás que sufrir mil mortificaciones por parte de tus maestros, de tus padres y aun de tus discípulos. Esto mismo dió á entender un gusano de seda á un joven estudiante, en la siguiente fábula:

FÁBULA XIX

EL ESTUDIANTE Y EL GUSANO DE SEDA

En un colegio un estudiante había
A Nebrija ⁽¹⁾ muy poco aficionado
Y menos aun á estar tan encerrado.
Mirando como hilaba cierto día
Un gusano de seda que tenía
Por gusto, dijo: «¿A qué tan afanado
Trabajas por quedar encarcelado?»
Esta respuesta la sabiduría
Dictó al gusano; es claro su sentido:
«Si yo de encarcelarme estoy ansioso,
Después que esté algún tiempo recluso,
Mariposa saldré del tenebroso
Sepulcro; y si no estoy en él metido,
Seré siempre un gusano fastidioso.»

No creas, amado Teótimo, que el estudio es siempre agradable; puede compararse á la rosa que tiene belleza y hermosura, pero al mismo tiempo está por todas partes cercada y rodeada de espinas. Los principios de las ciencias y artes te molestarán; mas tu aplicación y aprovechamiento convertirán en dulzura todo el trabajo. Pero debes abstenerte de todos aquellos excesos que puedan comprometer tu vida, ó debilitar gravemente tu salud. El desarreglo é inmoderación en la lectura, extenua el cuerpo y fatiga el espíritu; y ten entendido, que sucede al alma lo mismo que al cuerpo; que el demasiado alimento, en vez de nutrirle, le entorpece y abruma.

(1) Sabio humanista español.

CAPÍTULO XIII

DE LA PEREZA Y LA OCIOSIDAD

La pereza ha sido siempre el defecto más común en los niños, por más que se les predique contra este vergonzoso vicio; como no preven aun sus funestas consecuencias, miran todas las advertencias que se les hacen como vanas declamaciones, y se entregan con la mayor facilidad á él; por lo mismo que se les presenta con apariencia agradable, parece prometerles la mayor felicidad. Quizá será esta la idea que tú mismo, oh amado Teótimo, tienes de la pereza. ¡No lo quiera Dios! Pero si lo es, desengáñate y aprende á conocerla mejor. Así la retrata uno de nuestros poetas latinos:

Al pie del monte Parnaso, dice, hay una profunda cueva, obra de la naturaleza sin el socorro del arte. Al frente de esta gruta informe, hay un campo dilatado y estéril, al cual jamás llegó el arado, ni surcó el labrador. En lugar de doradas espigas sólo produce espinas y abrojos. Reina al rededor de esta morada una quietud profunda. Jamás en ella se interrumpe el silencio, ni aun con el canto de las aves. Tan solamente se oye la voz del más vil de los cuadrúpedos, cuando con sus gruñidos anuncia á los habitantes de aquel lugar, sepultados en un profundo sueño, que ha llegado el sol á la mitad de su carrera. En lo interior de la cueva se descubre un lecho de grana rodeado de adormideras. En él descansa dulcemente una indolente diosa, á la que se ha dado el nombre de Pereza; diosa amada de los niños y de la juventud, y aun muchas veces de los más adelantados en edad. Esta indolente diosa sale algunas veces de su lóbrega mansión y se presenta á la

luz del día; pero aunque apoyada sobre un cómodo lacayo, apenas puede dar un paso. Semejante á la tortuga que en lugar de andar parece que arrastra, titubeando y tropezando á cada paso, inútilmente se esfuerza en abrir sus ojos á la luz; el sueño cierra inmediatamente sus párpados, y su cabeza, cayendo por su propio peso á cada instante, se une con su pecho. Apenas anda algunos pasos, cuando se detiene para descansar en una silla prevenida por la poltronería. Está siempre á su lado la ignorancia, su hija, que se dá á conocer por sus largas orejas, que sobrepujan en altura á su cabeza, y por la venda espesa que cubre sus ojos.

Tal es el fiel retrato de la pereza, ó por mejor decir, la imagen adecuada de un niño perezoso. El más perspicaz talento se inutiliza en sus manos y no produce fruto alguno. Ocupado únicamente en satisfacer sus sentidos, pasa sus días entregado á la desidia y á una especie de letargo. Cualquier libro es para él un peso intolerable. Si alguna vez lo toma, á pesar suyo, inmediatamente se le cae de la mano. Más quiere fastidiarse que ocuparse, y prefiere la ignorancia á todos los conocimientos que necesiten de trabajo para adquirirse; pero también le acompaña por todas partes el desprecio. En cualquier aula que esté, ocupa siempre el último lugar, y no experimenta otra cosa de sus maestros que reprecensiones y castigos.

Pero lo más deplorable es que á la pereza les siguen las más funestas consecuencias, y que de ella recibe mortales golpes la inocencia. Porque dejando á un lado la irreparable pérdida de la juventud, que por sí sola es un mal de la mayor consideración, la ociosidad, que es madre de todos los vicios, no puede menos de preci-

pitara al infeliz joven en toda clase de desórdenes. No empleando bien el tiempo, precisamente lo empleará mal; se unirá con otros que se le parezcan; gastará el tiempo del estudio en paseos peligrosos ó en conversaciones sospechosas; de aquí pasará regularmente, lo que Dios no quiera, á cosas peores. Esta no es una pintura imaginaria. La experiencia nos enseña, que rara vez habita la virtud en el corazón de un niño perezoso, y así puedo asegurarte que en general siempre sigue el vicio á la ociosidad. Por esta razón, siempre se ha considerado el trabajo como uno de los mejores preservativos contra el desorden de las costumbres. Cuéntase en las vidas de los Padres del desierto, que el superior de una de aquellas casas solitarias, después de haber tenido toda la mañana á sus súbditos ocupados en hacer cestos de mimbrés, les obligaba por la tarde á deshacerlos; de modo que nunca salían del principio de su trabajo. Entre dichos solitarios hubo uno que cansado de esta insulsa tarea, que le parecía enteramente inútil, se presentó á dicho superior y le dijo sencillamente que estaba admirado de que le hiciese malgastar el tiempo de aquel modo; que hacer y deshacer, era, en buenos términos, no hacer cosa alguna. *Te engañas, hermano,* replicó el abad, *vive persuadido de que no pierdes el tiempo; acuérdate que no debe tenerse en poco evitar la ociosidad.*

Esta idea no era privativa de aquel solitario. Todos los sabios igualmente han mirado la pereza y la ociosidad como el más pernicioso vicio; y no falta quien diga, que entre las leyes que dió Dracón á los atenienses, había una que condenaba á muerte á cualquiera que fuese convicto de haberse abandonado á dicho vicio. Sin duda te parecerá esta ley demasiado severa;

pero á lo menos te dará á conocer el concepto que se ha formado siempre del hombre perezoso.

Huye, pues, oh amado Teótimo, de la pereza como de un monstruo que no te halaga sino para sacrificarte á todos los vicios. La fábula nos cuenta que las sirenas con el sonido de sus voces melodiosas atraían á su isla los navegantes, y después de tenerlos en ella, los sumergían en la ociosidad y en el deleite, y los transformaban en brutos. Ulises, enterado de esto y viéndose obligado á pasar cerca de la isla de estas pérfidas ninfas, se hizo tapar los oídos por no percibir su canto, y con esta precaución evitó caer en sus manos. Haz cuenta que la pereza es para tí una de esas engañosas sirenas, que procura atraerte con sus hechizos para hacerte semejante á los animales, sumergiéndote en la ignorancia y en los vicios. Imita la conducta del prudente Ulises. Huye de sus funestos atractivos, y esmérate en consagrar tu juventud al trabajo. La ociosidad te gustaría al principio, pero causaría tu perdición; y el trabajo, aunque te cueste algún esfuerzo, será para tí el manantial de mil preciosos bienes. El labrador que cultiva y siembra su campo, tiene que pasar muchas fatigas que ahorra el que deja el suyo inculto; pero también recoge una abundante miés, y este otro se ve reducido á la mayor pobreza. Tal es la diferencia entre el trabajador y el perezoso. La fábula siguiente contribuirá á que juzgues de ambos como debes.

FÁBULA XX

EL PADRE DE FAMILIA Y SUS DOS HIJOS

Por el ameno campo
Paseaba cierto día

De fiesta, con dos hijos

Un padre de familia.

Ambos eran dotados

De comprensión muy viva,

Mas sus inclinaciones

En nada parecidas.

El uno era estudioso

Y dócil; prefería

El otro hermano el juego

A Vives ⁽¹⁾ y Nebrija.

Común entre estudiantes

Suele ser tal desidia;

Pero en grado el más alto

El nuestro la tenía.

Bien sus distintos genios

El padre conocía,

Y para el perozoso

Buscaba medicina.

Como esto le ocupaba,

En la hermosa campiña

Vió volar dos insectos

De prendas muy distintas;

La infatigable abeja

Y la mariposilla

Liviana: el padre, atento

A su prole querida,

El caso aprovechando

Esta lección le dicta,

Señalando los bichos

Que al aire discurrían:

«¿Veis estos dos insectos

Que entre las flores giran?

(1) Gramático eminente, oriundo de Valencia.

Pues son de vuestros genios
Imágenes cumplidas.

Tú que con tal cuidado
Al estudio te aplicas,
En la prudente abeja
Tu fiel retrato mira.

Como á ella su trabajo
Dá mieles exquisitas,
Así honor, ciencia y bienes
Te darán tus fatigas.

Mas, hijo, tú que ocioso
(Vuelto al otro decia)
El estudio abandonas
Y á jugar te dedicas,

En esta mariposa
Ligera y aturdida
Hallas bien retratada
Tu travesura y molicie.

De flor en flor volando
Corre á la pradería,
Mas sin que el vano juego
Fruto alguno consiga;

Y después de mil vueltas
Inútiles y listas,
Al fin sin hacer nada
Viene á acabar su vida.

¿Y esperas otra suerte
Si como ella deliras?
Lo mismo digo á todos
Los niños que la imitan.»

Sí, amado Teótimo, debes estar persuadido que una de las mayores desgracias que afligen más á la especie

humana, es el vergonzoso vicio de la pereza y ociosidad. La religión cristiana le tiene marcado entre los pecados capitales. Las leyes de todos los pueblos civilizados le han considerado como la escuela donde se aprende la profesión del latrocinio, y de los demás delitos que conducen á los hombres á la miseria y á los patibulos; y no es extraño que la sabia Roma despreciase en tan alto grado á los ociosos y holgazanes, que mejor quería dejarlos morir, que mantenerlos en este vicio. Atiende además á lo que se halla escrito en el libro de la Sabiduría: *«Pasé por el campo del perezoso, y hé aquí que las ortigas le habían llenado todo; las espinas habían cubierto la tierra, y la cerca de tierra estaba destruída; habiendo visto esto, reflexioné y escarmené en cabeza ajena. El perezoso esconde sus manos debajo los sobacos, y no las llevará á la boca. Perezoso, ve á la hormiga, reflexiona sus caminos, y aprende su sabiduría. Ella sin tener quien la enseñe, ni quien la gobierne, se previene de mantenimientó en el estío, y al tiempo de la siega hace provisión para comer después. No gustes de dormir mucho, para que no te persiga la pobreza; madruga, y tendrás abundancia de pan.»*

CAPÍTULO XIV

DE LAS DIVERSIONES Y JUEGOS

Aunque te he encargado con tanto empeño que huyas de la pereza y ociosidad, no pretendo con esto, amado Teótimo, que se extienda esta prohibición á privarte totalmente de las diversiones y juegos. El entendimiento no puede estar siempre ocupado; necesita descansar de cuando en cuando y tomar algún alimen-

to. De San Juan Evangelista se dice, que después de haber satisfecho las penosas obligaciones de su apostolado, se divertía en domesticar una perdiz; y que habiéndole manifestado alguno su admiración de verle con este entretenimiento, le respondió que del mismo modo que un arco no podía estar siempre tendido, no sufría la flaqueza del hombre que estuviese sin interrupción entregado al trabajo. En este supuesto, no desapruébo yo que te diviertas, ni que interpoles el trabajo con el descanso; lo que quiero únicamente, es darte algunos consejos, para que en las diversiones que disfrutes, evites todo lo que puede hacértelas funestas y volvértelas perniciosas.

Has de saber, pues, que no todos los entretenimientos son lícitos. Hay algunos peligrosos y culpables; por ejemplo, los espectáculos, las conversaciones libres, las lecturas sospechosas, etc., y por consiguiente debes totalmente privarte de ellos. Es cierto que divierten el corto tiempo que duran, pero á este deleite momentáneo se le siguen los remordimientos, la inquietud y los latidos de la conciencia, que causan mucho mayor dolor que lo que gustó la diversión precedente. Esaú se deleitó en comer el plato de lentejas que compró á su hermano Jacob; pero cuando después de haberlas comido comenzó á reflexionar que había cedido por ellas su primogenitura, se puso á rugir como un león, y no podía consolarse de haber sacrificado los más grandes bienes á un placer instantáneo. Esto mismo pasa á todos aquellos que por disfrutar una satisfacción transitoria, pierden su inocencia, que es el bien más precioso que poseemos. Quiera Dios, amado Teótimo, que jamás te suceda otro tanto. Bien te guardarías de beber un veneno, aunque estuviese mezclado con

miel; pues haz lo mismo con las diversiones ilícitas. Considéralas como un veneno sutil, que al paso que agrada al paladar, da muerte al alma. La Sagrada Escritura presenta una viva imagen de esta verdad en la persona de Jonatás.

Habiendo ido un día este joven príncipe acompañado de su escudero á acometer á los filisteos, infundió tal temor en su campo y tal confusión, que volvieron las armas unos contra otros y comenzaron á matarse entre sí. La noticia de este desorden llegó en breve al campo de los israelitas, y Saúl, enterado de la ausencia de Jonatás, conjeturando lo que había sucedido, resolvió marchar inmediatamente á perseguir á los enemigos para completar la victoria principiada con tanta felicidad por su hijo. Pero antes de ponerse en marcha, juró quitar la vida á cualquiera que tomase el menor alimento mientras no acabase el día. Observaron exactamente sus órdenes todos los soldados, aunque hallaron mucha miel en todo el camino; pero Jonatás, que ignoraba el juramento de su padre, viéndose desfallecido con la fatiga que había sufrido en el combate, cogió un poco de miel con la punta de la varita, y se la puso en la boca. En esto, llegada la noche, hizo alto el ejército para descansar un poco, y queriendo volver á marchar para continuar el alcance de los filisteos, consultó Saúl al Señor cual sería el éxito de esta nueva empresa. Pero viendo que Dios no le daba respuesta, sospechó que alguno de los individuos de su ejército le había irritado, desobedeciendo á la prohibición que había hecho, y juró que aunque fuese el mismo Jonatás, le haría pagar su desobediencia. Mandó en efecto que se echasen suertes para ver si el Señor descubría el culpado, y cayó sobre Jonatás. ¡Qué

has hecho? le dijo entonces Saúl su padre. ¡Ay de mí respondió el joven príncipe: yo, señor, me vi muerto de hambre, y tomé al pasar con la punta de la varita un poco de miel; ¿he de perder por esto la vida? Sí, replicó Saúl, morirás. Iba en efecto á cumplir su juramento; pero el pueblo, movido de compasión, desarmó su cólera, y consiguió, á fuerza de ruegos, que perdonase á Jonatás.

Hé aquí, amado hijo, un ligero bosquejo de lo que te sucedería, si á pesar de las órdenes de Dios, verdadero Padre y Rey tuyo, te atrevieses á probar alguno de estos deleites que te ha prohibido. Llámola un ligero bosquejo, porque Jonatás no murió realmente, y tú, amado Teótimo, padecerías una muerte aun más funesta que la que se destinaba á este príncipe, y podrías decir con más razón que él: he probado un poco de miel, esto es, un brevísimo deleite, y ha dado éste la muerte á mi alma. Para que comprendas aun mejor cuáles son las consecuencias de las diversiones peligrosas é ilícitas, lee la siguiente fábula:

FÁBULA XXI

LA MOSCA Y LA LECHE

Una mosca holgazana andando á caza
Como suelen de alguna golosina,
Rodando una cocina
Ve colmada de leche una gran taza.
«Bueno! dice, encontré lo que buscaba,
Dichosa soy: de esta hecha
Para seis meses quedo satisfecha.»
Así la tontorrón se engañaba,
Bien ajena de creer que una bebida

Tan dulce había de acabar su vida.
Se arroja, pues, muy lista y muy gozosa
En aquel mar de leche, se recrea,
Y se atraca á su gusto y sin cuidado.
Al fin se cansa de andar á nado:
Quiere salir, pero es fatiga ociosa;
Boga por todas partes y rodea
La taza, mas en vano,
De aquel vasto Oceano
Toda la costa está tan escarpada
Que no puede treparla; al fin cansada,
Va á beber de las aguas del Leteo. ⁽¹⁾

El joven que engañado del deseo
Se entrega á un deleite peligroso,
Tiene este paradero lastimoso.

Pero no todas las diversiones son de esta naturaleza. Hay muchas lícitas é inocentes, como las conversaciones honestas, el paseo y los juegos moderados; pero aunque éstas no son culpables y puedes usar de ellas, debes con todo observar ciertas reglas y condiciones, sin las cuales pudieran causarte perjuicio.

1.ª No debes dedicar al juego más tiempo que el que te sea permitido, porque si se alarga y nos ocupa demasiado rato, en lugar de servirnos de remedio, nos daña; desperdiciamos en él, sin necesidad, un tiempo cuyos instantes son de infinito precio. Perdemos la afición al estudio y nos inclinamos á la ociosidad, de modo que en lugar de renovar las fuerzas de nuestra alma, las relaja y debilita. San Agustín llora amargamente en sus Confesiones la demasiada afición que

(1) Leteo, río del infierno según la fábula. La expresión quiere decir que murió.

tenía al juego durante su niñez, y el tiempo que en él había malgastado, pudiendo emplearlo en adquirir conocimientos útiles.

2.^a Es menester que el juego sea desinteresado, porque apenas damos entrada al interés y á la codicia de ganar, cuando deja de ser diversión y se vuelve una ocupación seria que fatiga al ánimo, agita el corazón y revuelve las pasiones. De aquí viene que notemos en los jugadores aquel semblante inflamado, aquellos ojos encendidos y aquellos ímpetus de cólera que les hacen extender muchas veces su insensata venganza, aun á los mismos instrumentos del juego. Este es también el origen de aquellas expresiones picantes, y de aquellas violentas disputas que á cada paso se mueven entre ellos, y los precipitan algunas veces á los últimos excesos. Verás una imagen sensible de esta verdad en la fábula que te voy á relatar.

FÁBULA XXII

EL PERRO FALDERO Y EL GATO

Pichón, perro faldero, retozaba
Con fray Meloso, gato que había sido
Criado de pequeño en un convento,
Y habiendo apostatado se encontraba
En el siglo sirviendo á un caballero.
Con el perrito estrechamente unido,
Según relata el viejo autor del cuento,
Como hermanos, con juego placentero
Ambos á dos se holgaban, se corrian,
Ya las zarpas, ya el diente
Manejando siempre blandamente,
La unión reinaba entre ellos, florecía

La deleitable paz, pero envidiosa
La Discordia, arrojó la perniciosa
Manzana entre los dos. Sucede un día
Que el amo de sus gracias encantado,
Un sabroso bocado
Les echa. Pára el juego al momento;
Los que antes se querían como hermanos,
Tocan con sus gruñidos á rebato;
Con encono sangriento
Se muerden y se arañan inhumanos:
En fin proceden como perro y gato.
Y por coger la deseada presa
Sin duda hubieran á la orilla aciaga
De Aqueronte bajado, hechos pedazos
Si el amo al ver que su furor no cesa,
No coge una zurriaga,
Y á los guapos separa á latigazos.

Acace lo mismo en todo juego:
Si llega el interés á introducirse,
Cesó la diversión, se enciende el fuego
De la discordia, y viene á convertirse
En furor, en injurias, en quimeras,
Y á veces en desgracias lastimeras.

Pero aun cuando no tuvieras que temer inconveniente alguno de estos, siempre deberías huir de todo juego interesado. No porque sea malo que se atravesie algún dinero, siendo moderado, sino porque se hace costumbre de esto, se excede de los límites de la moderación, y vienen á atravesarse tales sumas, que causan gravísimo daño al que las pierde. ¿Pero en qué desórdenes no precipita esta furiosa pasión á la juventud? ¿Cuántos vemos sumergidos en la miseria, tristes víc-

timas de este vicio, el más tirano de todos? ¿Cuántos conocemos que han sacrificado en aras de esa cruel furia sus caudales, sus haciendas, sus esperanzas y aun el amor y la benevolencia de sus padres? Te causaría horror el juego, si supieras todas las desgracias que ha ocasionado aun á las familias más opulentas.

Desconfía, pues, de todo juego interesado; y jamás pierdas de vista estas juiciosas máximas de madama Deshoulières:

Amargos son los placeres
Siempre que se abusa de ellos:
Es bueno jugar un poco
Mas sólo por pasatiempo.
Que el que por oficio juega,
De común consentimiento,
De hombre no tiene otra cosa
Que la presencia y el gesto;
Ni es fácil como se piensa
Al jugar mucho dinero
Que conserve la honradez;
Pues de ganar el deseo
Día y noche le atormenta
Como un activo veneno:
Por ser el bobo comienza
Y acaba por ser fullero.

3.^a Es menester portarse siempre en el juego con igualdad y cortesía; lejos de tí todo ímpetu, toda impaciencia. No imites á aquellos que siguen con el semblante y los movimientos las mudanzas del juego, que se entregan á una excesiva alegría cuando les favorece y caen en una negra melancolía cuando les es contra-

rio. Evita aun con más cuidado todo movimiento de ira, y toda obstinación en sostener tus derechos. Siempre es mejor ceder al contrario, que ofenderle con palabras amargas. Juega, en una palabra, de tal manera que á nadie ofendas, y no dañes á tu conciencia con las faltas que son tan comunes en el juego.

Hay, amado Teótimo, recreaciones que autorizan la misma virtud, y que las encontrarás llenas de atractivos, cuando sólo te diviertas por necesidad: un juego por amistad, ó por cumplir con la sociedad, una conversación alegre y chistosa, un paseo, una lectura importante, un partido de pelota, un día de caza, comidas entre buenos amigos, etc., estas han de ser tus diversiones, y te parecerán muy deliciosas si conoces la naturaleza del verdadero placer, es decir, *aquel placer que no se compra con afán ni remordimiento, y que deja siempre el alma en un mismo grado de felicidad.*

CAPÍTULO XV

DE LA MENTIRA

La mentira es uno de los defectos más comunes en los niños. Cuando cometen alguna falta y temen la reprehensión ó el castigo, procuran ocultarla con el velo de la mentira para librarse de ambas cosas. No creo, amado Teótimo, que jamás hayas echado mano de tan indigna estratagema: pero como puedes hallarte en ocasión en que estés expuesto á usarla, es menester precaverte contra este vicio y hacértelo mirar con el debido horror.

No hay otra cosa, en efecto, más aborrecible que la mentira. Ultraja á Dios, engaña á los hombres, y nos

hace incurrir en la indignación de Aquel, y en el desprecio de estos. Los gentiles mismos han reconocido y condenado su indignidad. Unos la consideraron como una injusticia, y otros como la señal de un hombre ruín. Llegaron algunos de ellos á tal escrúpulo en este punto, que jamás quisieron mentir ni aun en chanza. Cornelio Nepote atribuye á Atico, y elogia en él esta delicadeza. Homero cuenta que Aquiles repetía muchas veces, que miraba con más horror á cualquier embustero, que á la misma muerte. Los persas consideraban la mentira como el vicio más vergonzoso, y desde que sus hijos llegaban á la edad de cinco años, no les recomendaban otra cosa con más ahinco que siempre dijese la verdad.

No puedo excederme, amado Teótimo, por más que te repita igual encargo, y quisiera grabar en tu corazón la máxima que un sabio príncipe escribió con él dedo sobre los labios de su hijo: *Antes morir que mentir*. Este es el único medio de conseguir la estimación y la confianza de aquellos con quienes vivas, porque nadie se fia de un embustero. Como se sabe que habla de un modo y muchas veces piensa de otro, todo el mundo sospecha de su sinceridad, y no se dá crédito alguno á sus palabras aun cuando diga verdad, por el justo temor de que mienta en aquel caso como en otros en que se le ha cogido en esta falta. Richer ha aclarado más y más esta verdad, con la siguiente fábula:

FÁBULA XXIII

LOS PASTORES

Pascualillo el pastor hacia el lobo,
Y el campo por reirse alborotaba

Gritando alguna vez: «al lobo, al lobo,»
Cuando en venir el lobo no soñaba.
Al oír de su voz el lastimero
Eco, los compañeros acudían;
Mas viendo ya la burla, al embustero
Dejaban que gritase, y le decían:
«Llegará el tiempo en que de veras llames,
Y entonces será en vano,
Pues que por más que clames
Nos estaremos mano sobre mano.»
Se cumplió, llegó un lobo carnicero,
Se metió en el redil, y en un instante,
A pesar del pastor, del incesante
Ladrado de los perros,
No perdonó ni á oveja ni á carnero.
Huyó Pascual, y por aquellos cerros
Mil voces dió las más desaforadas;
Sus compañeros todos se reían,
Y de lejos con voces y palmadas
Sin moverse ni un paso respondían:
De manera que el lobo, de mal año
Salió á costa del mísero rebaño.

Nunca se queje el que á otros ha mentido
Si aunque verdad les diga no es creído.

Acostúmbrate, pues, á mirar siempre con horror la mentira, y á considerarla como un vicio indigno de todo hombre honrado, y principalmente de un cristiano, porque no hay cosa en efecto más opuesta á la honradez y á la religión, que el decir lo contrario de lo que se piensa. No nos ha dado Dios la facultad de hablar sino para manifestar la verdad, y por consiguiente, usar de ella para mentir y engañar á los que trata-

mos, es abusar de los dones del Señor, y oponerse á sus intenciones.

Sin duda me replicarás: ¿por qué no ha de ser lícito el mentir, cuando la mentira á nadie daña y es útil para nosotros mismos, librándonos de algún mal que nos amenaza? Para responder á tu dificultad, me contentaré con citarte el ejemplo y las palabras de Telémaco.

Siendo joven este príncipe, llegó en compañía de Narbal, su amigo, á Tiro, en donde reinaba Pigmalión: habiendo sabido Narbal que el cruel monarca había dado orden de prender á Telémaco, y no ignorando que si llegaba á averiguar que era hijo de Ulises le quitaría la vida, corrió inmediatamente á encontrarle y le habló en estos términos: *Tengo precisión, Telémaco, de presentarte al rey: te hará mil preguntas acerca de quién eres, y has de responder que eres de Chipre; natural de la ciudad de Amatonta, é hijo de un estatuario de Venus. Declararé por mi parte que conocí en otro tiempo á tu padre, y quizá el rey sin más examen te dejará ir. No hallo otro medio de salvar tu vida y la mía. Abandona, respondió Telémaco, abandona á este infeliz contra quien está empeñada la suerte. Yo sé morir, oh Narbal, pero no sé resolverme á mentir. No soy cipriota; y soy incapaz de decirlo. Los dioses ven mi sinceridad. Poder tienen para conservar mi vida, y ellos dispondrán medios si quieren. Pero yo no me valdré de la mentira para salvarme. Esta mentira, replicó Narbal, es absolutamente inculpable, á nadie daña, salva la vida á dos inocentes, y aun al mismo rey no se le engaña sino para impedir que cometa un atroz delito. Tu eres demasiado nimio en el amor á la virtud y te excedes hasta el extremo con el temor de ofender la religión. Basta, replicó Telémaco, que la mentira*

sea mentira, para que sea indigna de un hombre que habla en presencia de los dioses, y que todo lo debe á la verdad. El que falta á ella ofende á los dioses, y se ofende á sí mismo, porque habla contra su conciencia. Cesa, pues, oh Narbal, de proponerme una cosa indigna de tí y de mí. Si los dioses nos miran con piedad, ya sabrán librarnos, y si quieren dejarnos morir, moriremos víctimas de la verdad, y dejaremos á los hombres un ejemplo que les enseñe que debe preferirse la pureza de la virtud á una larga vida.

Tal era el modo de pensar de este joven príncipe, que prefería la muerte á la mentira, y tales deben ser también las disposiciones de todo niño que aprecie la religión y la virtud. Jamás te hallarás por lo regular en un lance tan apurado como el de Telémaco; pero podrá suceder que te veas en la alternativa de mentir ó de confesar una falta de la que te resulte alguna reprobación ó castigo; en tal caso jamás prefieras su conveniencia á la verdad.

La mentira te dañaría más que el castigo más seguro. Ya está medio enmendada la falta cuando hay valor para confesarla, y sería acrecentarla hasta lo sumo el querer negarla. Jamás se gana cosa alguna con mentir, y siempre se pierde mucho. Además de ofender nuestra conciencia, incurrimos muchas veces en castigo más riguroso, porque nadie perdona la mentira. Al contrario, siempre es ventajoso decir la verdad. Damos á conocer con esto, que si hemos tenido la flaqueza de cometer aquella falta, también tenemos el valor de confesarla, y esta sinceridad basta muchas veces para conseguir el perdón. Me acuerdo de un pasaje sobre este propio asunto, que al mismo tiempo que te divierta, confirmará la verdad de cuanto he dicho.

FÁBULA XXIV

EL PRÍNCIPE Y LOS FORZADOS

Tenemos ciertas casas de madera,
En los puertos, que son el paradero
Regular donde todos los bribones
Con un remo en la mano
Hacen la penitencia más severa,
Bajo un director fuerte y austero,
De todas sus pasadas sinrazones.
De las galeras hablo en castellano:
En esta habitación tan miserable
Llegó á entrar cierto día
Un príncipe curioso que corría
El mundo: luego que entra, los forzados,
Viendo aquella ocasión tan favorable
De salir del colegio, se presentan
A su alteza, le imploran humillados,
Y sus causas le cuentan,
Cada cual sus razones alegando
Y la vida anterior santificando.
Ninguno entre ellos se halla delincuente:
El uno echa la culpa al escribano
O á una calumnia; el otro á la dureza
De su juez; éste culpa su pobreza;
El que menos, en fin, era inocente,
Y al parecer humano
Debía alguno ser canonizado.
Entre ellos llega un hombre, ya avanzado
En edad, y con rostro pesaroso
Dice: «Señor, yo he sido muy dichoso
De haber salido de las garras fieras

De la justicia sólo con galeras,
Pues que el mayor facineroso he sido,
Asesino, traidor y monedero,
Y mil veces la sogá he merecido,
Aunque se han contentado con el susto.»
El príncipe le mira muy severo,
Y vuelto á los demás dice: «No es justo
Que un sugeto tan vil y tan malvado,
Entre tanto hombre honrado
Habite; salga el picaro al instante
De la galera, porque tal tunante
Si entre esa buena gente residiese
Puede que su inocencia corrompiese.»
El se libró, y los otros embusteros
Como estaban quedaron prisioneros.
Logra ser perdonado
Quien sincero confiesa su pecado.

Si el hombre mentiroso y falso supiera lo que pierde cuando se conduce sin verdad ni rectitud, él mismo se juzgaría indigno de la sociedad. En ella nadie le mira con consideración ni amor: todos temen hablar en su presencia y confiarle un secreto; le tratan con desconfianza, y aunque alguna vez diga verdad, ninguno le cree. Sí, amado Teótimo, ten por cierto que aunque el mundo envejeciéndose se ha corrompido, sin embargo, la mentira es odiosa en sumo grado, y en el común concepto se tiene por desagrado y despreciado el hombre embustero. Así, pues, no dejaré de encargarte de nuevo y aun de suplicarte, con lo más íntimo de mi corazón, que si se presentase ocasión de adquirir ó comprar la fortuna por una sola mentira, debes sin vacilar quedarte en la mayor indigencia antes de acceder á ella.

CAPÍTULO XVI

DE LA CORTESÍA

Siempre se ha considerado la cortesía como prenda necesaria á todo niño bien educado. Ella es la que da al mérito aquel lustre y aquel atractivo que le hace agradable. Un hombre de mérito sin cortesía, es semejante á una figura bien delineada, pero que aun no tiene colorido, ó por mejor decir á un precioso diamante sin brillantar. Sus groseros modales eclipsan todas las otras prendas que posee. Su impolítica le hace perder toda la estimación que pudiera conseguir con sus talentos, y se le considera como á una de aquellas aves nocturnas, criadas precisamente para vivir en la oscuridad, que no pueden presentarse á la luz del día sin ofender la vista de los que las miran.

Del mismo modo á proporción se critica la impolítica de un niño que la de un adulto; si se presenta con cierta rusticidad, si es demasiado tímido ó sobrado atrevido, si no saluda, si no responde, si no da gracias cuando viene el caso, aunque en lo demás posea las más estimables prendas, todo el mundo dice: *¡Qué niño tan mal criado, parece que le han sacado de alguna choza ó de algún desierto!* Pero al contrario, si se presenta con gracia, si responde con prudencia y modestia á lo que se le pregunta, si trata con mucho respeto y atención á sus superiores, si habla ó calla á tiempo en la conversación, aunque no tenga por otra parte un mérito sobresaliente, es estimado y se le colma de las alabanzas más lisonjeras.

Esto mismo experimentarás, oh amado Teótimo,

á proporción de la cortesía que tengas. No juzgará el público de tu mérito y de tu educación sino por tu conducta exterior. Acostúmbrate, pues, á tratar con buen modo y cortesía á todo el mundo y en todas ocasiones; porque la cortesía debe extenderse á todo y manifestarse en todas partes. En el modo de presentarse, evitando toda postura dejada y desidiosa, no andando con precipitación, moderando y midiendo los movimientos del cuerpo; en el semblante, no dejando que se manifieste en él la vanidad ni el mal humor, la frialdad y la tristeza; en la conversación, guardándose de contradecir, disputar con tenacidad, interrumpir á los que hablan, y de usar ciertas palabras indecentes, propias del populacho; en las reuniones tomando siempre el último asiento, levantándose y saludando como es costumbre á los que llegan, teniendo siempre un semblante decente y risueño, y hablando sólo para responder; en el juego, manteniéndose de continuo con un humor igual, y perdiendo con galantería; en el paseo, cediendo la derecha y la acera á los superiores, y saludándolos con respeto antes que ellos saluden; en la mesa y en los convites, portándose con moderación, sobriedad y limpieza. ¿Pero á dónde voy á parar? Sería menester un tomo entero para explicar individualmente todos los preceptos de la buena crianza; tus maestros suplirán mi silencio en este punto. No tienes más que hacer que aprovecharte de sus lecciones y no mirar como fútiles las reglas y los modales que te dictaren para pulirte: aunque te parezcan poco importantes, son absolutamente necesarios, y ninguno puede presentarse al mundo con honor y con decencia sin ellos; porque, como antes dije, no hay en el mundo cosa más despreciable que un hombre sin crianza. Tenga en lo

demás todo el mérito que tuviere, desaparece en vista de su descortesía: es como un hombre rico, que no sabe honrarse con sus riquezas.

Cuando te exhorto á que seas atento, estoy muy lejos de pretender en que incurras en cierta afección que se ha llegado á introducir en los modales, en los movimientos, en el modo de presentarse y en el adorno de algunos jóvenes conocidos en el mundo con el nombre de *petimetres*. Los tales hacen el papel más despreciable que puede hacer un joven. Cualquiera que dá en esto, ocupado continuamente en su peinado, sus joyas y sus gestos, funda todo su mérito en esta vana exterioridad, se cree digno de estimación porque sabe algunas fórmulas de cumplimiento, porque habla en tono decisivo y borda una cortesía; pero la gente sensata, que no se deja alucinar por esta engañosa exterioridad, le aplica con razón lo que dijo la zorra á un busto.

No es más que un petimetre, que un farsante;
Su disfraz, su magnífica apariencia
Pasma al vulgo ignorante;
El burro siempre á lo exterior se atiende;
Pero el zorro sagaz siempre previene
El engaño y dilata la sentencia
Hasta dar dos mil vueltas al objeto
Y mirarle bajo de uno y otro aspecto.
Así cuando en él no halla lo que quiere,
Repite lo que dijo cierto día
A un busto hermoso y grande: «El que tuviere
Tal busto, tendrá, dijo, una preciosa
Alhaja, una cabeza primorosa,
Mas de seso totalmente vacía.»

¡A cuántos pisaverdes vendrá justo
Lo que dicho raposo aplicó al busto!

Se, pues, cortés en tus modales, pero jamás afectado; oculta el arte con que los arreglas, de modo que parezcan efecto sencillo de la naturaleza. Un hombre de mucho mérito decía un día de su hijo: *Me desesperaría si le viese petimetre*. Lo mismo te repito: más querría verte falto de crianza que afectado.

El excesivo cuidado de la exterioridad y el demasiado deseo de agradar, encamina casi siempre á los vicios.

Si por la sociedad, amado Teótimo, estamos destinados á vivir con los demás hombres, por la política y cortesía estamos también obligados á observar con exactitud aquellas reglas de urbanidad que nos inspiren amabilidad y agrado; que no hay cosa más enfadosa y cansada que tratar con personas impolíticas y groseras. Estas reglas reducidas, podrás conservarlas con más facilidad, y no olvidarte de la importancia de estas máximas: *Nunca hablar mal de nadie; contenerse en su propia clase y esfera; no entrometerse en negocios ajenos, intrigas y maquinaciones; no dar motivo á los elogios ni á las sátiras; no usar de altanerías, de soberbias, ni bajezas de adulación; conservar un semblante sereno; no hacer jamás vanidad de ingenio, y conducirse siempre con honradez, verdad, candor y sencillez.*

CAPÍTULO XVII

DE LA ELECCIÓN DE ESTADO

Aunque todavía no estás en edad de elegir estado, oh amado Teótimo, con todo, como dentro de algunos

años te verás precisado á determinarte en este punto, me parece preciso darte alguna instrucción acerca de él, para que desde ahora puedas tomar las precauciones necesarias á fin de no engañarte, cuando llegue el caso, en asunto tan importante.

No hay cosa, en efecto, que influya tanto en nuestra salvación como el acierto en la elección de estado. Si tenemos la prudencia necesaria para elegirle bien y abrazamos aquel á que el cielo nos llama, podemos esperar con más fundamento el feliz éxito, porque jamás abandona Dios á los que obedecen á su llamamiento. Los que no yerran en la elección de estado, son como árboles plantados en el terreno y clima que les conviene, que sin necesidad de mucho esmero en su cultivo, crecen con una rapidez increíble, extienden muy lejos sus pobladas ramas, y producen los frutos más exquisitos y abundantes. Cuando al contrario, los que infieles á la voz del cielo, abrazan distinta profesión de aquella á que les llamaba, se parecen á los árboles trasplantados á países y terrenos para los cuales no los hizo la naturaleza. Por más que los rieguen y cultiven, por más que cuiden de hacerlos crecer, siempre se mantienen endebles y estériles; y si alguna vez dan algunos frutos, son por lo regular muy pequeños y jamás llegan á madurar. En una palabra, el estado á que Dios nos llama, es el camino por donde quiere conducirnos al puerto de la salvación. Errar este camino y seguir otro, es exponerse á parar en un término enteramente opuesto al que debemos esperar.

Aplicate, pues, amado Teótimo, á discernir el estado á que Dios te llama. No hagas lo que la mayor parte de los jóvenes, que sin tomarse el trabajo de examinar la voluntad de Dios, forman un plan de vida aco-

modado á su capricho, y no miran á otra cosa en el estado que abrazan, que á lisonjear sus viciosas inclinaciones. Di ántes lo que un santo joven dijo, cuando para inclinarle á que se quedase en el mundo contra su voluntad, hacían brillar á su vista los honores y los grandes bienes que en él se le destinaban: *¿De qué le sirve al hombre, exclamó, ser dueño del universo, si al cabo pierde su alma?* Aunque estuvieses colocado sobre el primer trono del mundo, si estabas en él contra la voluntad de Dios, debieras lamentar tu suerte, y mirarla como el estado más deplorable.

Pero para que puedas conocer con más seguridad la voluntad de Dios, y para que no te engañes en paso tan importante, has de tomar las siguientes precauciones que nos sugieren la religión y la prudencia: 1.º Es necesario hacer una vida pura y arreglada, porque Dios regularmente no comunica sino con las almas santas é inocentes. 2.º Es menester recurrir á Dios por medio de la oración, y decirle á menudo como Samuel: *Hablad, Señor, y descubridme vos mismo vuestras intenciones acerca de mi persona;* ó repetir como David: *Enseñadme, Señor, el camino que debo seguir, pues he levantado mi alma hacia vos.* No dejará Dios de oír tus oraciones, principalmente si á ellas añades algunas particulares devociones y el uso de la sagrada Eucaristía. 3.º Es preciso consultar á los ministros del Señor, esto es, al director de tu conciencia, y á tus padres, pues ellos son los que Dios te ha dado por guías y conductores; no des, pues, paso alguno sin oír su dictamen, y sin exponerles tus razones. No hay cosa más justa que esta docilidad y este respeto.

Hé aquí lo que aconseja el gran filósofo Balmes sobre la materia de que tratamos:

«El Criador, que distribuye á los hombres las facultades en diferentes grados, les comunica un instinto precioso que les muestra su destino: la inclinación muy duradera y constante hacia una ocupación, es indicio bastante seguro de que nacimos con aptitud para ella; así como el desvío y repugnancia que no puede superarse con facilidad, es señal de que el Autor de la naturaleza no nos ha dotado de felices disposiciones para aquello que nos desagrade. Los alimentos que nos convienen se adaptan bien á un paladar y olfato no viciados por malos hábitos ó alterados por enfermedad; y el sabor y olor ingratos nos advierten cuáles son los manjares y bebidas que por su corrupción, ú otras calidades, podrían dañarnos. Dios no ha tenido menos cuidado del alma que del cuerpo.

«Los padres, los maestros, deben fijar mucho la atención en este punto, para precaver la pérdida de un talento, que bien empleado podría dar los más preciosos frutos, y evitar que no se le haga consumir en una tarea para la cual no ha nacido.

«El mismo interesado ha de ocuparse también en este examen; el niño de doce años tiene por lo común reflexión bastante para notar á qué se siente inclinado, qué es lo que le cuesta menos trabajo, cuáles son los estudios en que adelanta con más facilidad, cuáles las faenas en que experimenta más ingenio y destreza.

«Sería muy conveniente que se ofreciesen á la vista de los niños objetos muy variados, conduciéndolos á visitar establecimientos donde la disposición particular de cada uno pudiese ser excitada con la presencia de lo que mejor se le adaptase. Entonces, dejándolos abandonados á sus instintos, un observador inteligente formaría desde luego diferentes clasificaciones. Ex-

poned la máquina de un reloj á la vista de una reunión de niños de diez á doce años, y es bien seguro que si entre ellos hay alguno de genio mecánico muy aventajado, se dará á conocer desde luego por la curiosidad de examinar, por la discreción de las preguntas, y la facilidad en comprender la construcción que está contemplando. Leedles un trozo poético, y si hay entre ellos algún Garcilaso, Lope de Vega, Ercilla, Calderón ó Meléndez, veréis chispear sus ojos, conoceréis que su corazón late, que su mente se agita, que su fantasía se inflama bajo una impresión que él mismo no comprende.

«Cuidado con trocar los papeles; de dos niños extraordinarios es muy posible que forméis dos hombres muy comunes. La golondrina y el águila se distinguen por la fuerza y ligereza de sus alas; y sin embargo, jamás el águila pudiera volar á la manera de la golondrina, ni ésta imitar á la reina de las aves.»

Si la elección del estado, es, amado Teótimo, un asunto de la importancia que se ha demostrado en este capítulo, debe por lo mismo ser el que llame más la atención para que no se aventure nuestra felicidad. Sin embargo, esta elección no debe colocarse en la clase de las cosas imposibles, ni tampoco debe aterrarse el hombre, ni precipitarse en el caos de la desconfianza, porque aunque sea mucha su flaqueza, es incomparablemente mayor el anhelo y cuidado que emplea nuestro amoroso Padre celestial, para sostenerle y ayudarle. Considera, amado Teótimo, que este Señor de excelsa omnipotencia y de bondad infinita, que se dignó formarle á su imagen y semejanza, no le crió para que se condenase, sino para que se salvase; no para dejarle al abandono, sin providencia ni cuidado, sino para socorrerle, dirigirle, protegerle, enjugar su llanto, fortifi-

car su alma, comunicarle auxilios, inspiraciones y todas aquellas mociones interiores, que tantas veces experimentamos. Le dotó de una alma espiritual, inmortal, y le concedió la distinguida prerrogativa de la libertad para obrar, para que pudiera merecer y obtener una parte de la inmensidad de su gloria. Quiso por consiguiente la sabiduría infinita de nuestro Dios, que el hombre tuviese parte en su salvación, que la obtuviese porque la desease y pidiese, y que de este modo cooperase á su propia felicidad, y para ello no sólo le franquea los auxilios de su divina gracia, sino que cuando por flaqueza, ignorancia ó abuso de su libertad se acerca al peligro, no hay medio de que no se sirva, este amorosísimo Padre, para hacerle entender su situación, porque retroceda de ella y no se precipite; bien se vale de las inspiraciones, remordimientos, sermones, ejemplos, advertencias y buenos libros; ó bien de las enfermedades, infortunios, adversidades, contratiempos, tristezas y disgustos: de tal manera, que si llega á precipitarse, debe culparse á sí mismo, y acusar sólo á la obstinación é indocilidad de su corazón.

CONCLUSIÓN

Hasta ahora, amado Teótimo, me he esforzado en delinearte el camino que debes seguir para vivir estimado de los hombres y de Dios; pero serían vanas mis fatigas para aficionarte á la virtud, si no tuvieses por tu parte mayor cuidado en evitar los dos escollos en que regularmente zozobran las buenas máximas que se procura inspirar á los jóvenes. Estos dos escollos son las conversaciones y los ejemplos de los malvados. Hallarás quizá algunos de ellos, que procurarán inspirarte modos de pensar enteramente opuestos á los que he procurado imprimir en tu ánimo. Unos te dirán que la juventud es el tiempo de los placeres, y que es tontería emplearlos en estudios y trabajos. Otros te querrán persuadir que debes evitar la singularidad, y vivir como todos aquellos con quienes tratas, y no faltará quien llegue hasta á ridiculizar tu modestia y tu piedad. Ten seguro que encontrarás estas contradicciones por parte de muchos jóvenes viciosos, que parece que el infierno esparce sobre la tierra para tentar y seducir á los que quieren tener una vida pura y arreglada. Pero no hagas cuenta alguna de sus impías proposiciones; murmurarán de tí exteriormente, porque tu conducta condena sus desórdenes, pero en lo íntimo de su corazón te estimarán y envidiarán tu felicidad. Más llegará á sucederte: si observan en tí una virtud sólida que no se desmienta, vendrán al cabo á respetarte de tal modo, que no se atreverán á proferir indecen-

cias en tu presencia. Esto sucedió en su juventud á San Bernardino de Sena. En su vida, se cuenta que le tenían en tanta veneración sus discípulos, que si se presentaba delante de ellos cuando tenían alguna mala conversación, callaban inmediatamente, dando con su silencio un testimonio de respeto á su virtud. Pero aunque los jóvenes licenciosos te tratasen con el mayor desprecio, quedarías sobradamente recompensado con el testimonio de tu inocencia y con la estimación de los buenos. Más nos honra el voto de un hombre virtuoso, que puede perjudicarnos la censura de todos los viciosos.

El ejemplo de los malos es el segundo escollo de que debes guardarte; porque has de estar persuadido que no todos los jóvenes viven conforme á las prudentes reglas que te he enseñado. Verás muchos que siguen la sendas enteramente opuestas; pero su ejemplo no debe hacerte apartar del buen camino. Si vieras una multitud de insensatos que por capricho se arrojasen en un precipicio, lejos de imitarlos y seguirlos, ¿no lamentarías su ceguedad? Pues del mismo modo debes portarte cuando veas los desórdenes en que se precipitan los jóvenes viciosos. Piérdanse, hagan disparates, al fin son locos. Pero tú en lugar de imitar su locura, escarmienta con su ejemplo y hazte más prudente.

FÁBULA XXV

EL ZORRO Y EL BURRO

A la luz de la luna cierta noche
Un zorro viejo andaba
A pata, porque no tenía coche,

Buscando alguna suerte favorable
Para llenar su panza venerable.

Ansioso, campo y bosque registraba,
Cuando halló en su camino

Un barranco, un fatal desfiladero,

De la inocente caza esperadero,

Puesto propio para asesinato.

El tano, cuyo olfato era muy fino

Y que marchaba siempre con recato,

De lejos olió el queso.

«¡Oh qué pasmo! exclamó: seguramente

Aquí hay trampa. Quizá algún penitente

Que me escucha me aguarda aquí escondido;

Mas el chasco es que soy algo travieso

Y no me precio mucho de inocente;

Y así, si acaso espera el desayuno

A expensas del que pase, persuadido

Puede vivir que su hambre de esta hecha

No quedará á mi costa satisfecha.»

Decirlo y volver grupa fué todo uno.

Al ver esto un borrico que pacía

En un prado cercano le decía:

«¿Cómo es eso, señor doctor zorruno?

Usted que siempre ha sido tan valiente,

¿Por qué tiene á ese estrecho tanto miedo?

A cada instante con gentil denuedo

Lo pasa ya la liebre, ya el conejo:

No tiene usted honra verdaderamente.»

«Admiro su valor, dice el raposo:

Mas yo no soy de gloria codicioso,

Y como ya estoy viejo

Huyo á mil leguas de cualquier tramoya;

Guardo como reliquia mi pellejo;

No quiero que se diga aquí fué Troya.
Eso de hacer el guapo es muy ajeno
De un zorro como yo, de canas lleno.»
Habló como prudente,
Y paso atrás volvió inmediatamente.

Con efecto, nos debemos guardar de seguir sin discreción el ejemplo de los demás. Debemos imitarles cuando obran bien, pero guardarnos con el mayor cuidado de seguirlos cuando van por el camino del vicio. Tal fué la conducta de los dos santos jóvenes Gregorio y Basilio, de quienes ya te he hablado. Se hallaban rodeados de una multitud de mancebos sumergidos en los vicios y en los desórdenes, pero *teníamos*, dice San Gregorio, *la fortuna de experimentar en medio de la corrupción general de costumbres, una cosa semejante á la que cuentan los poetas de un río, que conserva la dulzura de sus aguas en medio de la amargura de las del mar; y de un animal que subsiste en medio del fuego sin padecer el menor daño. No teníamos trato alguno con aquellos cuyo ejemplo podía perjudicarnos. No conocíamos en Atenas más que dos caminos, es á saber: el que iba á la iglesia, y el que nos conducía á la escuela y á las casas de nuestros maestros de literatura. En cuanto á los que guiaban á las fiestas mundanas, á los espectáculos, á las reuniones y á los festines, los ignorábamos totalmente.*

Sólo con este esmero y cuidado en huir y resistir el ejemplo de los malos, podrás conservar la inocencia y el amor á la virtud. Jamás imites á aquellos jóvenes que cuando se les reprende por alguna cosa mal hecha, piensan justificarse diciendo: los demás lo hacen. Las faltas ajenas no excusan las nuestras. Nunca es lícito obrar mal, por muchos que sean los que lo hagan. Lo

malo siempre es malo, y por consiguiente siempre debemos aborrecerlo. Bien veía el joven Tobías, que todo el pueblo acudía á ofrecer incienso á los ídolos; con todo, no creyó que este ejemplo le autorizase á hacer lo mismo; y mientras los demás corrían á las alturas destinadas al culto del becerro de oro para adorarle, este fervoroso israelita iba sólo á presentar sus adoraciones al señor en el templo de Jerusalén. Imita, amado hijo, este excelente modelo. Resiste vigorosamente al impetuoso torrente que procura arrebatarte; y aunque veas á todos tus compañeros sepultados en el desorden, observa siempre con inviolable fidelidad las sabias máximas que he procurado inspirarte.

Y no creas que los consejos que yo te he dado sean impracticables. El plan de vida que te he delineado no es tan difícil como parece, y no hay en él cosa que no hayan ejecutado muchos niños de tu edad y circunstancias. Ya puedes haberte hecho cargo de esto, por los diferentes ejemplos que te he citado, además de los cuales están llenos los libros de otros infinitos, que podrán servirte de antídoto cuando los leas contra los ejemplos escandalosos de que seas testigo. Quiera Dios que á imitación de aquellos excelentes modelos, vivas de manera que pueda algún día decirse de tí lo que ahora se dice de ellos.

RESUMEN DE URBANIDAD

Como mi ánimo, amado Teótimo, es que adquieras también la educación necesaria para frecuentar la sociedad, donde estamos destinados á vivir y tratar con los demás hombres, me ha parecido oportuno hablarte en este lugar de la urbanidad y cortesía, compendiando aquellas reglas más esenciales que debes observar siempre que te presentes en las iglesias, paseos, visitas, etc., presentándote con aquella compostura, delicadeza y política que inspitan agrado y demuestran la buena educación de las personas que las ejercitan.

Así, pues, amado Teótimo, siendo preciso no ofender con la persona ó con el traje la vista de los demás, ni incomodarles con malos olores, procurarás al salir de casa llevar limpia la cara, la dentadura, la cabeza y las manos, cortadas las uñas, peinado el cabello, y el vestido sin mancha, rotura ni descosido.

Si te diriges á la iglesia, debes considerar que caminas á la casa de Dios, destinada á tributarle los cultos públicos que le son debidos y están prescritos por nuestra sagrada religión; por tanto debes al entrar descubrirte totalmente la cabeza, tomar agua bendita, santiguarte, hacer una reverencia y dirigirte al puesto que has de ocupar: en él estarás de rodillas con humildad, recogimiento, devoción y atención á los sa-

grados misterios: si por algún grave motivo te precisa levantarte ó sentarte alguna vez, no debes poner una pierna sobre otra, reclinarte ó echarte sobre el respaldo del asiento, volver la cara, escupir con estrépito, ni tomar postura alguna indecente: si dejas aquel primer puesto y ocupas otro, debes pasar por el altar mayor, por el en que se halla reservado el Santísimo Sacramento, ó se esté celebrando misa, poner en tierra la rodilla derecha y hacer una profunda inclinación; pero si el Santísimo estuviese patente, te arrodillarás enteramente; en este caso lo mismo ejecutarás al entrar y salir de la iglesia.

Si fueses á visitar alguna persona, debes al entrar en su casa dar aviso por medio de un criado si lo hubiese, y si no, tocar á la puerta sin estrépito, presentándote en seguida descubierta la cabeza con moderación y haciendo una cortesía: sentándote en el sitio inferior, cuando te lo insinúen, sin pasar al sofá ni á otro puesto principal, como no te obligue á ello el dueño de la casa, y á que dejes el sombrero y le coloques en un sitio cómodo: ya sentado, debes saludarle, en general á las demás personas que asistan allí, y si tuvieses algún conocido, podrás también saludarle en particular, y á todos con aquella dulzura y agrado que tanto reclama la urbanidad; pero sin afectar en los cumplimientos demasiada ceremonia, ni usar de adulación, zalamería, falsa humildad, ni de otras bajezas que tanto degradan y ridiculizan al hombre: debes conservar el cuerpo derecho y natural sin encogerte, ni recostarte; hacer contorsiones, ni apoyarte sobre los codos ó las manos, teniendo las piernas decentemente unidas; no extendidas ni cruzadas, ni una sobre otra, procurando no escupir al frente de las personas, ni distraerte con pa-

pel escrito que esté por allí, ni tocarle; no registrar ó reconocer los libros ni cosa alguna de las que existen en la sala ó aposento; manifestar el motivo de la visita sin interrumpir la conversación pendiente; y cuando llegue el caso de despedirte, debes repetir los cumplimientos, observando por regla general no dilatar demasiado las visitas, principalmente cuando se hacen á personas muy ocupadas: si al tiempo de marchar te acompaña el dueño de la casa, debes suplicarle no se tome tal incomodidad, repitiendo lo mismo en cada una de las puertas, si se empeña en seguirte.

Se te suplicase le acompañases á la mesa, precedidas aquellas excusas agradables y corteses que hacen tanto honor á las personas bien educadas, aceptarás con gusto y con aspecto que denote tu agradecimiento. En ella no deberás entrar el primero, desdoblar la servilleta, ni poner las manos en los platos hasta que el dueño de la casa y personas superiores que concurren lo ejecuten: enseguida colocarás el plato á una distancia moderada; el pan á la izquierda, el cuchillo y cubierto á la derecha, cuidando de no coger con los dedos cosa alguna sino con la cuchara si es líquido, ó con el tenedor si es sólido; sólo las cosas secas son las que pueden tomarse con los dedos; siendo muy indecente el lamerlos, limpiarlos con el pan y después comerlo ó fregar con él los platos del líquido que en ellos haya quedado: has de evitar comer con demasiada lentitud ó con demasiada precipitación; de tomar un bocado antes de tragar el otro, ni ha de ser tan grande que llenes enteramente la boca: ni con ella, labios ó lengua has de hacer ruido. Los huesos, las espinas, las cortezas y otras cosas de esta clase, las tomarás con los dedos y colocarás á un lado del plato: y te advier-

to que es impolítico oler las viandas, poner las narices sobre lo que han de comer los demás, dar á otro lo que está sobre nuestro plato y que ya hemos probado, el vaso que hemos llevado á la boca, el pan que hemos tocado ó el cubierto que hemos usado. No debes hacerte plato sin la insinuación del dueño de la casa, y entonces no usarás el cubierto que te haya servido para sacar la comida de la fuente que está para todos, sino de una cuchara ó tenedor limpios, procurando no excederte, y si el mismo dueño ú otra persona hiciesen el obsequio de servirte, deberás manifestar igual moderación. Sabido es que el dueño de la casa no debe alabar plato alguno por bueno que sea, ni forzar ó importunar á los convidados para que coman ó beban; pero estos tampoco deben manifestar repugnancia ó disgusto hacia manjar alguno, por malo que sea, sino abstenerse de él. No debes pedir de beber antes que las personas de más autoridad que estén en la mesa, llenar demasiado el vaso, beber con el bocado de modo que te atragantes el licor: antes y después de beber te has de limpiar los labios con la servilleta, y en la mesa debes abstenerte de rascarte la cabeza, roer las uñas con los dientes, hacer gestos, estar con la boca abierta, sacar la lengua, morderte los labios, recostarte contra el respaldo de la silla, estirar los brazos, dar castañetazos con los dedos, y cuando te sea preciso estornudar ó toser, debes volver la cabeza á un lado, poniéndote el pañuelo en la boca ó nariz para que no roeas á los demás: la servilleta debe servir para enjugarte los labios y los dedos; pero no para otro uso, ni limpiarte los ojos ni la cara, y procura no mancharla con caldo, saliva ó vino; no debes promover conversaciones melancólicas ni hablar de cosas que causen náusea, sino de asuntos

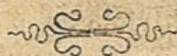
agradables sin mover disputas, y acabar de comer al tiempo de los demás, y aun será muy conveniente que no seas de los últimos.

Si concluida la comida quisiese le acompañases á paseo, has de procurar colocarle siempre al lado derecho, marchar con moderación, no codear ó empujarle; por las calles le darás la acera, que es el sitio más principal, y si se uniese á otro sugeto, debes colocarte en lugar más inferior: si se parase á hablar con alguno, te has de apartar un poco para no oír la conversación, y sólo te unirás cuando te manifieste ó insinúe que no te retires; si al paso te saludasen, debes corresponder con cortesía, y si es persona superior, adelantarte á saludarle antes que él lo haga: si alguno se pára á hablarte debes hacer lo mismo, quitándote el sombrero; y si es persona de respeto no te cubrirás hasta que se cubra ó te lo insinúe.

Si concluido el paseo te convidase á refrescar, debes portarte en los términos explicados con relación á la mesa, guardando la debida proporción y teniendo cuidado de no soplar las bebidas calientes que sirvan, porque este es un modo de enfriarlas muy grosero. Si de allí te condujese á alguna tertulia, al presentarte debes obrar en la forma dicha con relación á las visitas, y si al llegar se interrumpe la conversación debes suplicar se sirvan continuarla; pero sin manifestar curiosidad ni empeño en saber lo que se trataba: si tomas parte en la conversación has de procurar no hablar demasiado, ni usar un tono de voz que ofenda los oídos de los demás, cuidando de hacerte agradable y no proferir expresiones contrarias á la decencia y buenas costumbres, ni usar de dichos ó bufonadas, mucho menos de la sátira y murmuración. Si alguno de los concu-

rrentes hace proposición opuesta á tu dictamen, no has de empeñarte en contradecir, mas cuando sea preciso, debes hacerlo con agrado y buen modo; y sobre todo no has de desmentir á persona alguna, porque en el caso que se proponga algún hecho no cierto ó de diversas circunstancias, debes pedir la venia y decir modestamente: *me parece ó tengo entendido que es de este modo ó del otro*; si te contradijesen no te has de agraviar; responderás cortés y agradablemente, manifestando sin calor los motivos y razones que te asisten, cediendo cuando veas que se insiste en lo contrario, particularmente si adviertes que tus razones no hacen fuerza á los demás concurrentes: si refieres algún suceso debes arreglarlo y exponerlo con claridad y orden, haciendo aquellas reflexiones que puedan darle más hermosura, sin usar de digresiones y repeticiones inútiles, de cuentos insulsos y tontos que tanto incomodan, de narraciones funestas ó melancólicas, pues has de escoger con preferencia asuntos alegres y agradables; si otro alguno de los concurrentes habla de cualquier materia, no debes interrumpirle, llamar la atención de los demás, introducir otro discurso, ni decir que es *cosa ya sabida*, quitarle la palabra para continuarla, sugerirle conceptos ó palabras si adviertes que titubea, y en fin, debes no incomodarle de modo alguno con motes y chanzas, principalmente si conoces que se resiente, y si por el contrario sufrirlas con agrado, y corresponder con buen humor, sin resentimiento ni enfado. Tampoco debes en presencia de otros desnudarte, vestirme, estirarte las medias, limpiar los zapatos, cortarte las uñas ó roerlas con los dientes, hacer ruido al tiempo de sonarte, ni mirar luego el pañuelo, bostezar con estrépito, rociar con la saliva á la persona con quien

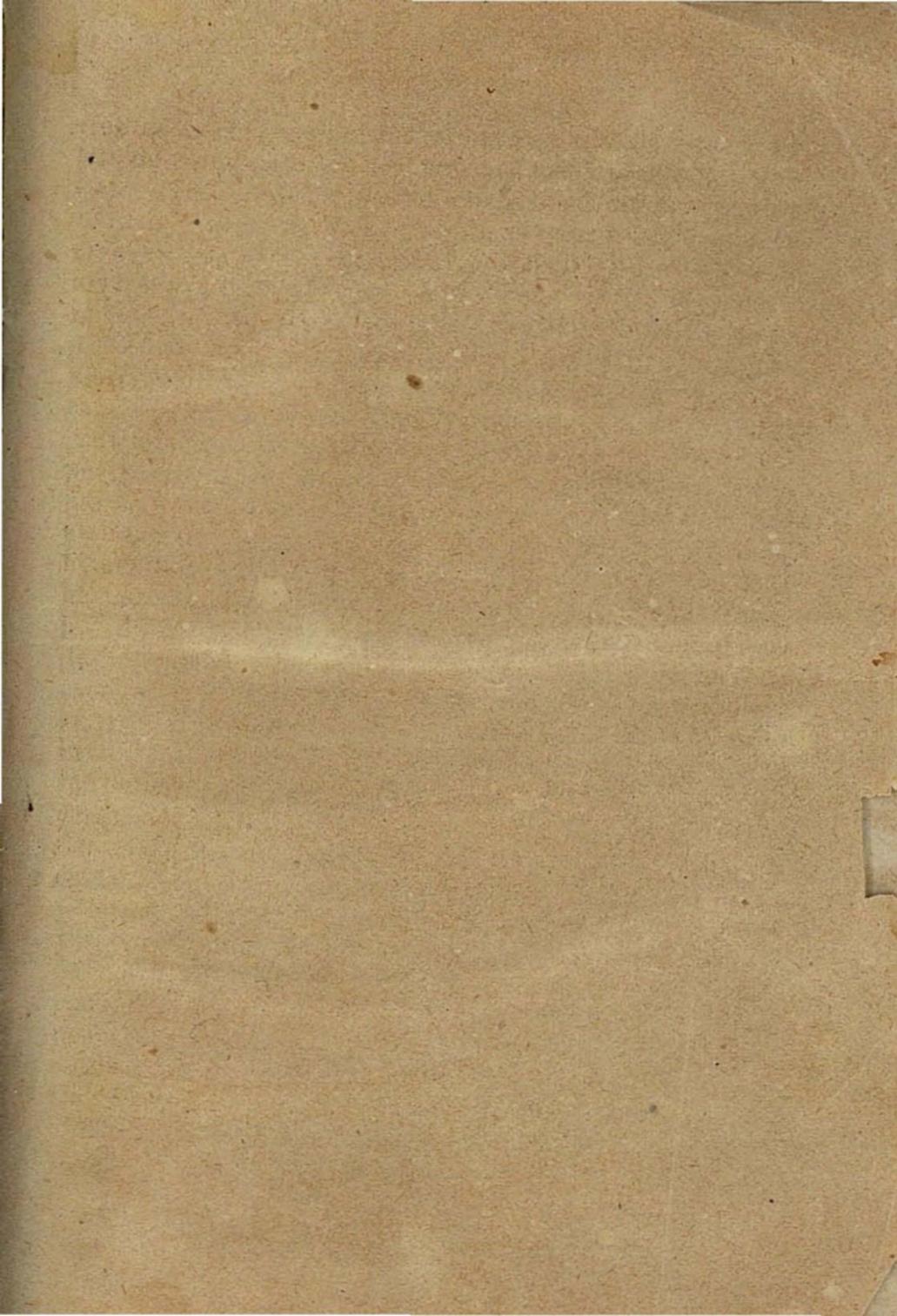
hables, escupir en el suelo frente de los concurrentes, rechinar los dientes, morder alguna cosa áspera ó fuerte, reir sin ton ni son, desperezarte, silbar, enredar con los pies ó manos, volver la espalda, apoyarte en los hombros de alguno, dar con la mano ó con el codo á las personas, con quien hablas, decir al oído y en secreto cosa alguna sin pedir antes la venia de los demás, alargar la mano por delante para recibir ó dar algo á otro, pues debe hacerse siempre por detrás de la persona intermedia; no pasar tampoco por delante; ponerte en pie si se acerca alguno á hablarte, y no sentarte hasta que él se siente; no responder *sí* ó *no* á secas si te hiciese alguna pregunta, sino contestarle *sí señor* ó *no señor*; no usar de tono imperativo cuando tú preguntes, sino de las expresiones *suplico*, *ruego á V.*, *tenga V. la bondad*, *dispénseme el favor*, ó *sérvase V. decir ó hacer tal cosa*: dando el título ó tratamiento que le corresponda; en fin, debes portarte en todo con aquella cortesía y delicadeza que hace á los hombres útiles, amables y simpáticos en la sociedad.



INDICE

	Págs.
PRÓLOGO DEL AUTOR	v
INVOCACIÓN	xi
INTRODUCCIÓN.—De cuánta importancia es el acostumb- rarse desde los primeros años á la virtud.	15
Fáb. i.—Los dos barqueros	17
Fáb. ii.—El hombre viejo y el arbolito.	23
CAP. I.—De la piedad y del culto de Dios.	25
CAP. II.—De los varios ejercicios de piedad	32
CAP. III.—De la inocencia	42
CAP. IV.—De las malas compañías	52
Fáb. iii.—Las naranjas.	56
Fáb. iv.—El ratón y el gato	60
CAP. V.—De los malos libros.	64
Fáb. v.—El labrador y el niño.	69
CAP. VI.—De las obligaciones de los niños para con sus padres.	72
CAP. VII.—De las obligaciones de los niños para con aquellos que están encargados de su educación	81
Fáb. vi.—La viña y el labrador	85
Fáb. vii.—El enfermo y el cirujano	87
Fáb. viii.—El niño enfermo	90
CAP. VIII.—De la docilidad	95
Fáb. ix.—La mariposa joven y la vieja	98
Fáb. x.—El maestro y el discípulo	102
Fáb. xi.—El canario	105
CAP. IX.—De las obligaciones de los niños para con sus iguales	108

Fáb. xii.—La abeja y la mariposa.	111
Fáb. xiii.—El niño soberbio.	113
Fáb. xiv.—Los dos hombres feos.	115
Fáb. xv.—El perrito y sus compañeros.	118
CAP. X.—De la ciencia.	121
Fáb. xvi.—Las ventajas de las ciencias.	126
CAP. XI.—De la instrucción que deben adquirir los niños.	129
Fáb. xvii.—Flora y el niño.	131
CAP. XII.—De la aplicación al trabajo.	137
Fáb. xviii.—El diamante y el lapidario.	137
Fáb. xix.—El estudiante y el gusano de seda.	144
CAP. XIII.—De la pereza y la ociosidad.	145
Fáb. xx.—El padre de familia y sus dos hijos.	148
CAP. XIV.—De las diversiones y juegos.	151
Fáb. xxi.—La mosca y la leche.	154
Fáb. xxii.—El perro faldero y el gato.	156
CAP. XV.—De la mentira.	159
Fáb. xxiii.—Los pastores.	160
Fáb. xxiv.—El príncipe y los forzados.	164
CAP. XVI.—De la cortesía.	166
CAP.—XVII.—De la elección de estado.	169
CONCLUSIÓN.	175
Fáb. xxv.—El zorro y el burro.	176
RESÚMEN DE URBANIDAD.	180



Libro para
uso de

Pedro Urpina
y

Francisco Gili

8460
6230

2230
8460

Payable

7

LIBROS PARA LA ENSEÑANZA ELEMENTAL
DE VENTA EN ESTA LIBRERÍA

	PESETAS
	Docena
<i>Catón. Método racional de lectura</i> , por D. Román Grau.	4'50
<i>Método de lectura</i> , por D. Antonio Sanche.	4'50
<i>Catón de la Doctrina cristiana</i> , por el P. Vives, edición con letra gruesa.	4'50
<i>Tratado de Urbanidad para niñas</i> , por V. P., aprobada de texto por el Gobierno.—3.ª edición.	2'00
<i>Tratado de Urbanidad para niños</i> , por E. P., aprobada como la anterior.	2'00
<i>Obligaciones del Hombre</i> , edición letra gruesa.	5'50
<i>La Provincia de Castellón</i> , lectura en verso, por D. G. P. de Sillan.	11'00
<i>La Poesía de los Niños</i> , lectura en verso, por D. Germain Salinas.	12'00
<i>El sistema métrico</i> . Reducción de kilogramos á arrobas valencianas de 36 y 30 libras para la provincia de Castellón.	Ejemplar 0'25
<i>Nomenclátor de primera enseñanza de la provincia de Castellón</i> , por D. Daniel Añó.	1'00